

Lecturas

Selectas

Director: *Hernando Jesus Barrera* (Francisco)

cano colombiano Obispo

en Guayaquil
Toma y lee, toma y lee.

(San Agustín)



PUBLICACION HECHA

POR LA

SOCIEDAD DE SEÑORAS «EL APOSTOLADO DE LA PRENSA».



GUAYAQUIL

IPM. MERCANTIL—104,318.



EL CIMIENTO DE LA DICHA

POR LA

Señorita Micaela Peñarande y Lima.



¿Caso concibes la vida sin ese astro hermoso que fecundiza, alegra é ilumina tus campos? ¿Qué triste sería el mundo sin sol!.....

Pues bien; infinitamente más triste es la vida de aquellos infelices que voluntariamente se han apartado del verdadero Sol de Justicia, Jesucristo, Señor nuestro, cuya doctrina y ejemplos alegran, fecundizan é ilumina los corazones todos.

I

El 17 de enero.

Las compañías de la ermita resonaban alegremente esforzándose en hacerse oír de los más cercanos, empresa ilusoria en que se había metido Martinillo, el hijo del santero, herido en su amor propio porque sus compañeros de juegos y aventuras le aseguraron la tarde antes que, por mucho que él tirara de la cuerda, no conseguiría cosa alguna mientras estuvieran repicando las de la torre parroquial.

Y era muy cierto. ¿Cómo habían de poder competir las dos pobrecitas esquilas con las cuatro potentes y sonoras campanas que, enseñoreadas del pueblo [digámoslo así] lanzaban á los cuatro vientos sus acordes sonos, llenando de satisfacción al vecindario, que aseguraba no haber en toda la provincia campanas como aquellas ni campanero que mejor supiese su obligación que Perico el Ciego? Ni debía esto serle enojoso, después de todo, al testarudo Martinillo, toda vez que aquel día las campanas de la parroquia se movían con el exclusivo objeto de contribuir á la gloria y esplendor del Santo de la ermita. Sí, era el 17 de enero, el día de San Antonio Abad, San Antón, como le llamamos familiarmente los españoles, y allí en su ermita había de celebrársele solemne función religiosa, con música y sermón; de allí había de partir la procesión; en sus alrededores celebrarse aquella tarde la tradicional *vuelta* y acostumbrada romería. No había, pues, competeucia entre unas y otras campanas; unidas estaban por la intención y el deseo, y era más natural que se unieran también confundándose los ecos de sus sonos; pero el terco Martinillo, firme en su idea, no dejaba de repetir á su primo Blas, que le ayudaba á tirar firme de la cuerda y hacer resonar ambas esquilas sin tomarse siquiera el más ligero descanso, sin casi atreverse á resollar para no pararse: «¡Tira, chico; tira fuerte! ¡Que teugan que confesar esòs que les hemos ganado!.....»

La gente, atraída por aquella inusitada algarrabía, iba acudiendo á la ermita, tan solitaria de ordinario y hoy remozada y alegre con su blanco vestido de cal que brillaba al sol, que aquel día se ostentaba hermoso, y las listas azules que adornaban el minárete ó pequeño campanario, rematado por la aguda veleta, y formaban también una cornisa bajo el tejado, cayendo después, anchas é iguales, á ambos lados de la puerta y formándole un vistoso arco.

¿Y por dentro?..... ¡Qué hermosa estaba!..... Las viejas y los muchachos, primeros en acudir para coger sitio y enterarse de todo, quedábanse extasiados contemplando los adornos que Facó, el enjalbegador, había hecho en el decorado de la ermita. ¡Qué simétricas y vistosas aquellas franjas alternadas, azules y amarillas, que subían por la pequeña media naranja hasta reunirse en lo más alto, en el rosetón pintado de vivo color de rosa que sostenía la cuerda de que pendía la araña, adornada de flores de papel, que corrían grandísimo peligro de arder cuando empezara el santero la ardua operación de encender sus ocho velas! Pero ahora estaba ocupadísimo arreglando las del altar, que no acababan de satisfacer del todo al exquisito y depurado gusto artístico de Juan de la Cruz, el mayordomo de la Cofradía.

¡Pues no digo nada del zócalo imitando mármol gris!..... Era una verdadera obra de arte, al sentir de las viejas comadres, que entretenían su larga

espera alternando los *Padrenuestros* y *Avemarías* con los comentarios hechos á más alto tono del conveniente en aquel sagrado recinto; pero indispensable si habían de poder ser escuchados por los ya torpes oídos de sus vecinas y contemporáneas.

En el lado izquierdo, delante de la grada que daba paso al altar mayor, destacábase el *puesto* del Santo, en cuyo adorno se habían esmerado por modo extraordinario las hijas y hermanas de los más celosos cofrades.

El paño que lo cubría, de damasco encarnado, ostentaba al frente, en letras bordadas con oro y seda y adornadas de flores fantásticas, la indispensable inscripción: *San Antonio Abad*. Finísimo era el encaje de tul bordado que adornaba la sabanilla; de raso azul las anchas cintas que en las esquinas formaban simétricas y rígidas lazadas. Y luego ¡vaya un arco de flores blancas y azules con simientes y hojas doradas que formaba dosel al gloriosísimo Abad! ¡Qué corona de frescas rosas guarnecía su aureola, semejando de lejos un sombrero de flores, no enteramente en armonía (hay que confesarlo) con el austero semblante y el penitente hábito del Santo. Pero el deseo de sus devotos era el mejor, y él les había impulsado, también á convertir en florido ramo el báculo que en sus manos ostentaba y hasta á adornar con un lindo collar de terciopelo, bordado de lentejuelas, del que pendía una campanilla de plata, el cuello del cochinillo, indispensable compañero de la imagen de San Antón.

La gente acudía; las esquilas volteaban á más y mejor; el santero tenía ya encendidas las velas todas del retablo y las de la araña. Hizo lo mismo con las que se elevaban delante del Santo; apagó su caña; cesaron las esquilas de sonar; asomaron por la puerta de la sacristía los ciriales de los monaguillos y el incensario movido por las incansables manos de Martinillo, que no parecían hechas para otra cosa que para *voltear* algo entre ellas; acomodáronse unos y otros, los concurrentes, de rodillas, quien sobre el duro suelo, quien, presumiendo de señorío, sobre el asiento de una silla á guisa de reclinatorio, al ver dirigirse al altar á los tres sacerdotes revestidos para la misa, y ésta empezó, grave y solemne, entre los sones no muy acordados y bastante chillones del órgano de la ermita y las voces de dos ó tres cantores que se esforzaban un tanto más de lo que permitían sus facultades vocales.

El sermón, á cargo del parroco, si no fué modelo de arrebatadora y profana elocuencia, tuvo el innegable mérito de conmover al piadoso y sencillo auditorio, que al escuchar las brillantes victorias alcanzadas por el Santo sobre el enemigo de nuestras almas, se propuso en el fondo de sus corazones tratar de imitarlo y ponerse bajo la protección de quien tanto podía alcanzar de Dios. ¡Fruto envidiable de la buena semilla!

Terminada la misa, cuatro robustos mozos, vestidos de gran fiesta, cogieron las andas con aire

de triunfo; delante iban los ciriales y la cruz, precedidos en la calle por dos ó tres cofrades cargados de cohetes, que soltaban entre los gritos y entusiasmo de los muchachos; detrás los sacerdotes y sacristanes; la música, y luego las mujeres todas que había en la ermita. ¿Todas?... No; allí se quedó la buena Ana María, postrada de rodillas ante el altar, tan extática, que no parecía siquiera haberse enterado que se habían llevado al Santo.

—Sí, Dios mío; sí Virgen mía; murmuraba. No tengo duda; esto es hecho.....¿Será para bien?.. ¡Ay!..... Hacedlo, Señora; hacedlo así, que bastantes desgracias hemos tenido ya en este mundo..... ¡Que no tenga yo que sentir ahora!.....

Y, sin embargo, ya lo sentía. Sentía, sí, el convencerse de que el corazón de su hija no era solamente de sus padres; sentía el pensar que un día ú otro habían de separarla de su lado..... Ella no le había dicho nada aún; pero.....¿qué no alcanzan los perspicaces ojos de una madre? ¿Cómo no notar que entre todos los amigos y compañeros de su hijo no había otro que tanto mirara á Antonia, que tanto se turbara al verla, como Tomás?... Y ella, por su parte..... sí; sí..... no lo podía disimular..... Y Tomás era un buen muchacho; muy bien criado por su madre, viuda, y por su tío el buen don Pascual, el anciano teniente de la parroquia... Como bueno..... no cabía mejor; pero..... no era rico, ni pensarlo, y además..... ¿qué madre no siente pena al conceptuarse insuficiente para llenar el co-

razón de su hija?... — ¡En fin, Santo bendito; vuestro nombre lleva y en vuestras manos la pongol.... ¡Jesús!.... ¡Qué cabeza!.... ¡Si ya no está aquí!.... Pero el Santo me escucha desde el cielo.

Y la buena mujer echó á andar hacia la calle, después de hacer algunas genuflexiones ante el altar y de haberse santiguado devotamente. Era jóven todavía; no tenía aún cincuenta años; pero su rostro, de facciones finas y correctas, estaba pálido y ajado con una expresión de paz; pero también de melancolía que acusaba antiguas luchas, pasadas penas, frecuentes llantos.

Sí, pasadas eran ya; pero en verdad que no le habían faltado penas á la buena Ana María. ¡Cuántas enfermedades vió sufrir á sus hijos para por fin perderlos á casi todos ellos en bien temprana edad! Sólo dos les restaban: Antonia, la mayor, robusta y frescachona muchacha, y José Vicente, un mozo ya que daba envidia el verlo, según afirmaban las viejas comadres del barrio, y no creo las desmintieran las mozas. Pero hasta verlos así, ¡cuántas angustias y zozobras costaron al corazón amante y pusilánime de su pobre madre, que al ver morir á los otros temblaba por éstos también!..... Y luego, su marido..... ¡Cuánto sufrieron con aquella fatal caída que hizo le pasaran por encima las mulas y el carro! Cierto que fué un verdadero milagro de la Virgen Santísima el que no muriera entonces; más... ¡cuántos años estuvo inútil para todo trabajo, y aun ahora, sin

poder hacer fuerza! Y las mulas y los cuatro terrones heredados de sus padres, en manos ajenas ¡qué caros salen!... Júntense á esto los malos años, los pedriscos y heladas, que parecían haberse dado cita para destruir sus viñas, y se tendrá una pálida idea de aquellos años angustiosos.

En fin: todo parecía acabado al presente. Dios aprieta, pero no ahoga. José Vicente llevaba por sí la labor; su padre le ayudaba con su experiencia y consejos; los años venían mejores... ¡Ay... que no se olvide esta tarde el aceite para el bendito San Antón, que no les pase nada á nuestras mulas, ahora tan lozanas y arrogantes!..... ¡Poquito que lucirá con ellas, en la *vuelta*, mi José Vicente!..... ¡Si no hay otro!.....

Y acordándose de súbito que debía ser ya muy tarde y aún no tenía hechas las *gachas de arroyo*, indispensables en aquel clásico día, aceleró su paso para llegar cuanto antes á casa y que no hubiera retraso en la comida por falta suya.

II

De cómo la alegría de un sobrino quita el sueño de una madre.

¡Qué animación; qué alegría había aquella tarde en la *vuelata* de San Antón! Sin duda aquel año había querido el Santo desmentir el adagio que tan mal parado lo deja en parangón con San Sebastián.

Antigua y sabida es la coplilla que dice:

San Antón,
viejo y gruñón
mete á las damas en un rincón.
San Sebastián,
mozo y galán,
saca á las damas á pasear.

El bienaventurado Abad debió sentir deseos de que, ya que lo llamaran con razón *viejo*, no tuvieran la misma para tacharlo de *gruñón*, enemigo del paseo de las muchachas, y envió un hermoso día, un espléndido sol de invierno que á todas animó á salir de sus casillas, sacando á relucir los hermosos pañuelos de Manila bordados, con anchísimo fleco; los de crespón de seda, de vivos colores, y cuando esto no había, de merino negro con alegres pájaros y ramos.

Iban, pues, y venían cogidos del brazo las muchachas más amigas; cruzaban la ancha calle los mozos, montados en las mulas lujosamente enjaezadas; vestidos ellos de fiesta y con un puro en la boca, como es de rigor en ese día; aquí y allá ofrecían su mercancía los vendedores de naranjas, avellanas, castañas pilongas y garbanzos tostados, y en la puerta de la ermita, cerca del Santo colocado allí para que por delante de él desfilaran las caballería conduciendo á sus jinetes y al que acompañaban los cofrades de Junta que recibían los donativos de aceite para la lámpara del Santo, dando en retorno un puñado de cebada bendita, que se guardaba cuidadosamente para los terribles casos de una enfermedad en las bestias, lanzaba al aire sus sones la música del pueblo tocando alegres pasacalles, polkas y valeses, que hacían bailar de gusto á los chiquillos de ambos sexos allí agrupados, mientras los vecinos de la calle, sentados ante la puerta ó asomados con sus amigos á las ventanas y balcones, disfrutaban del espectáculo sin miedo de apreturas ni pisotones.

—Hoy son tus días, Antonia; nos tienes que convidar —dijeron sus amigas á la rozagante hija de nuestra conocida Ana María.

—Desde luego que sí; en cuanto se acabe la *enlata* os venís con migo á mi casa.

—¿Y armaremos baile?—preguntó Domitila, á quién ya bullía la sargre.



—¡Cá!.....baile, no lo esperes. A mi madre la gusta poco eso!.....

—¡Pues no sé por qué!...—¿Qué tiene de malo el baile?

—No sé; pero yo no lo digo allí.

—Bueno, y ¿qué más da?...Echaremos juegos de prendas—objetó Basilia—una de las más ardientes admiradoras del buen garbo de José Vicente.

—Sí; eso.....los que queráis.

Y allá se fueron todas al terminar la fiesta callejera, lo que no tardaron en notar José Vicente y sus amigos, que las siguieron como las moscas á la miel, y primero en el patio y luego en la ancha cocina, porque ya hacía fresco, jugaron á las prendas; comieron mantecados y rosquillas, prevenidos por Antonia y su madre para aquel día, y castañas y garbanzos comprados por los muchachos; bebiéronse unos cuantos jarros de *zurra* de naranja; charlaron y rieron grandemente y, en un momento de descuido de los demás, que creyó oportuno al caso, dijo Tomás, poniéndose muy colorado y sintiéndose de pronto tartamudo y sin ideas, á la protagonista de la fiesta:

—¡Ay!..Antonia.....¡Si tú quisieras!.....

—¿El que?.....—preguntó ella mientras su rostro se encendía como la grana, por presentir lo que iba á oír.

—Pues.....pues.....si me quisieras.....escuchar.....

—¿Acaso no te escucho ya?.....

—Es que..... aquí..... hay tanta gente..... y yo no sé cómo decirte..... ¡Si salieras á la reja esta noche!....—añadió él haciendo una heroico esfuerzo para echar el resto.

—¿A la reja?.....¡A la reja salen las novias!.....

—¿No quisieras tú serlo mía?....—preguntó él con voz temblona; casi con lágrimas.

¿Yo?....No sé.....na había pensado.....

—¿Me lo dirás en la reja?.....—preguntó el mozo, aún no tranquilo.

—Veremos.....si me deja mi madre.....—contestó ella, que no quería soltar del todo prendas.

—Pero.....¿dime que sí!.....—insistió él.

Y al cabo debió obtener feliz respuesta su demanda, pues cuando, ya de noche, volvió á su casa, su tío el sacerdote le dijo mirándole con fijeza:

—¡Muchacho!.....¡Qué ojos tan alegres traes! ¿Te has divertido?.....

A lo que él contestó con sincero acento:

—¡Vaya!.....Sí, señor; ¡estoy más contento!.....

Aquella noche suspiraba tanto la buena Ana María, tantas vueltas daba en la cama, que su marido no pudo menos de decirle:

—¿Qué te pasa, mujer; estás mala?.... Es que no te puedes dormir?....

—Algo desvelada estoy—contestó ella suspirando de nuevo.

—¿Llamo á la chica para que te cueza una taza de alguna cosa?

—No, hombre, no. Esto se pasará.

En efecto: no volvió á moverse ni chistar, con lo que el hombre la creyó dormida; más no me atrevería yo á asegurar otro tanto.

III

Donde un buen tío propone y Dios dispone.

Franco, sencillo y educado como estaba en el amor y la confianza de su madre y su tío, no era Tomás muchacho capaz de guardar reservado para ellos lo que pasaba en su corazón; así no tardó en comunicar á la excelente Dolores el motivo de su alegría, sus proyectos para el porvenir, pidiéndole quisiese ser ella quien los dijera á su respetable tío, pues á él le daba su mijaica de vergüenza el hablarle de tal cosa.

—Bueno, hijo, pues yo se lo diré; no te apures. Eso quiero yo, que te franquees con tu madre, y me hubieras dado un grandísimo disgusto callándome lo que tanto me interesa. La Antania es buena muchacha, muy bien criada y tiene á quien parecerse, porque lo que es su madre, no la hay mejor en el pueblo. Yo se lo diré al *hermano*.

El *hermano* era el tío, el bueno de don Pascual, á cuya sombra vivían madre é hijo desde que se quedaron en el mundo solos y sin más amparo que el de Dios.

Don Pascual era tío de Dolores; primo hermano de su madre y, aunque no contaba con más recursos que su modesta asignación de teniente de la parroquia, al ver la triste situación de la pobre viuda, que después de haber consumido los poquitos bienes de sus padres y de su marido en la larga y costosa enfermedad de éste acababa de perderlo, quedándose con un niño de cuatro años, le dijo con su habitual bondad:

— ¡Vaya, muchacha, no te apures, que Dios es misericordioso y te abrirá camino! Por de pronto, te vienes á mi casa. Yo, de todos modos, necesito quien me cuide; pues contigo y el chiquillo ya tengo compañía y unos á otros nos consolaremos. Las deudas . . . ¡ya se irán pagando, mujer! . . . Dios aprieta, pero no ahoga. Nada, nada; eso es lo mejor. Llora á tu marido, reza por él cuanto quieras; pero no te acobardes y piensa que á este angelito has de criarlo cristianamente y como hombre recto y tienes obligación de vivir para él. No te olvides de esto.

Dolores era una mujer valerosa y entera; comprendió bien la grandeza del beneficio que Dios le hacía en medio de su desgracia, y supo agradecerlo. Crió á su hijo con el mayor cariño; pero sin tontos mimos, inculcando desde bien temprano en su tierno corazón dos cultos que allí crecieron unidos como uno solo: el amor y respeto á Dios sobre todas las cosas y el cariño y obediencia á don Pascual, *al hermano*, que lo fué todo para él: padre, maestro, consejero y protector. Y no pocas veces hubo de interve-

nir la madre para rogar al cariñoso anciano no *mimara* demasiado al muchacho.

—No, hermano; no le compre usted eso ó aquello. Cuando él lo gane. A los muchachos no conviene acostumbrarlos mal.

—Tienes razón, mujer, tienes razón; pero ... ¿qué quieres?... Me da lástima negarle un gusto... ¡Es tan monillo el chico!.....

—Cuando él sea mayor de edad se lo agradecerá á usted. La buena crianza ha de entrar desde la cuna.

—Sí; tienes razón que te sobra.... Pero, yo no se lo digo.... Me voy por no verlo.

—Bueno, váyase usted; que yo, aunque mucho me duela, sé negarme á lo que pueda hacerle perjuicio. Porque le quiero, quiero su bien.

—¡Cuidado que saben estas pícaras de mujeres!—pensaba el buen anciano mientras se alejaba.— ¡Más que les han enseñado!.... Y ¡qué fortaleza de espíritu.... Sí; ella es una santa Mónica y yo..... un cobardón de primera que todo lo echaría á perder. Vaya, bien hago en marcharme.....

Tomás se crió, pues, alrededor de su tío, y desde que sus piernecillas tuvieron resistencia para ello fué su asiduo acompañante en el paseo; desde que su memoria pudo retenerlas y su lengua pronunciarlas, el ayudante de sus oraciones y más adelante de su misa. Pero su ciencia no avanzó más. Gran gusto hubiera sido para don Pascual el darle estudios mayores. Mil veces soñó con que el chico llegara á ser no un cura de «misa y olla» como él, sino un doctorazo en Sagrados Cánones y Teología y aun también en Derecho, que dejera absorto á su pueblo con su ciencia y sus sermones y tamañitos á los más famosos oradores del orbe, lo que reportaría no floja gloria á su villa natal; pero el hombre propone..... y Dios dispone. Tomás era bueno y sinceramente virtuoso; era capaz y de buen sentido; pero las letras estaban muy lejos de ser su fuerte. Acudía puntual á la escuela y escuchaba además

con notable atención y buen deseo las explicaciones de su tío. Aprendió, no sin esfuerzo, á leer y escribir y las más rudimentarias operaciones aritméticas, sumar y restar..... más no pase usted de allí. La multiplicación se le atascó; la Geografía ... jamás llegó á comprenderla, y del Latín no pudo pescar otra cosa que, como ya dijimos, lo indispensable para ayunar á misa á fuerza de oirlo repetir desde la cuna. Hubo, pues, que renunciar desde temprano á la idea de más estudios, y como el muchacho estaba deseando á trabajar para ayudar á la madre y dejar de ser gravoso á su buen tío, determinó coger la azada y echar mano al arado y ponerse á servir en alguna casa de labor, sin desconsuelo alguno por su parte por su carencia de letras, que á bien á bien que no son éstas indispensables para ganar el reino de los cielos, pues, sin ir más lejos, ahí está el glorioso San Isidro, que no tuvo otra ciencia que la de la labranza unida al santo temor de Dios, y hoy le tenemos en los altares, y hasta los reyes de España se postran humildes y rendidos ante sus reliquias.

Con esta idea y el buen comportamiento del muchacho se consoló el anciano sacerdote de la pérdida de sus ilusiones, y hasta empezó á pensar, andando el tiempo, en quien sería la muchacha cabal, la más á propósito para fiel compañera y esposa; para nueva santa María de la Cabeza de aquel por quién él pedía llegara á ser un segundo San Isidro. Y como ya estaba dando vueltas al asunto desde hacía algún tiempo, no se extrañará el que se impusiera á escape en lo que significaban los rodeos parlamentarios de su sobrina y que, sin darle tiempo á explanar del todo su relación, se la atajera diciendo:

—Vamos; eso es que el chico tiene ya novia..... Y ¿quién es?.....

—Pues mire usted, la Antonia de Martiniano,.... la de la Ana María!.....

—¡Ah!... sí ¡buena chica!... ¡Me gusta me gusta!... Sale á su madre, que es una bendita.....Martiniano es el

que.....desde que con la enfermedad dejó de poder trabajar y se dió á leerlo todo..... cerdea; cerdea..... En fin; son honrrados á carta cabal, y con lo trabajador que es José Vicente, si los años siguen viniendo buenos levantarán de nuevo su casa. ¿Te ha dicho el chico si allí lo saben?

—Sí, señor; la muchacha se lo dijo desde luego á su madre; pero el padre..... no sé si lo sabrá..... Ahora, que yo no creo que han de ponerle malas cara á mi Tomás, porque..... ¿qué le parece á usted?

—Mujer; por qué habían de ponérsela? Claro está que no es rico; pero á honrado y trabajador no hay quién le gane, y ¿que más se puede pedir?..... Puede que también pidan dineros; pero lo que es eso... ¡poco puede darle su tío!—exclamó el buen anciano soltando una alegre carcajada al pensar en sus poquísimos haberes; carcajada que se cortó de repente ante la idea de si esto perjudicaría al muchacho en sus pretensiones.

—¡Bah! Más cuenta le tiene un pobre trabajador que con sus manos levante lo que tienen, que un ricacho vicioso que destruyera lo suyo y lo ajeno; pensó por fin. ¿Y qué van hacer? preguntó de nuevo á su sobrino. ¿Piensan andar mucho tiempo de parloteo por la reja.

—Mire usted que yo no quisiera; que hace ahora mucho frío y se puede pillar un pasmo ó un dolor de costado que den que sentir..... Ni creo yo que á la Ana María le guste mucho que ande su hija así, como de tapada. Y que, al fin, y al cabo, el padre lo ha de notar, porque aunque uno ó dos días lo echen á cualquier achaque, lo que es todos ... vamos; no puede ser. Pues para saberlo todos y consentirlo ¿no sería mejor que entrara en la casa y hablara con ella con licencia y á vista de sus padres?

—Claro está que sí; eso es lo derecho y lo que deben hacer, pero..... en fin, nosotros no hemos de intervenir aún en esto. Ellos allá que decidan y Dios nos ilumine á todos.

IV

**Un padre que niega, una madre que sufre
y una hija que suspira y llora.**

No; no esperaba ciertamente la pobre Ana María, cuando se desdició á comunicar á su marido los planes y deseos de su hija, que aquél los recibiera con tan seca y fría repulsa.

—¿Tomás?..... ¡Pues vaya un partido brillante!..... ¿Eso es todo lo que tú buscas para nuestra hija?...

—Hombre, yo . . . no le he buscado..... —balbuceó la tímida mujer que, en parte movida por el amor que le tenía, en parte por la íntima persuasión en que estaba de su indiscutible superioridad y saber, se había acostumbrado á mirar á su marido como un verdadero oráculo. Cosa que él afirmara no tenía, en concepto de su sencilla mujer, vuelta de hoja; ni había quien entendiera tanto en toda clase de asuntos como su Martiniano.

Así lo creía él también y, convencido plenamente de ello, se arrogaba con frecuencia atribuciones superiores de «quiero, mando y aconsejo» entre sus vecinos y parientes más cortos de genio ó menos leídos que él. Pero á nadie impresionaban tanto sus decisiones, nadie estaba tan dispuesto á dejarse arrastrar por sus teorías como su fiel compañera, á quien bastaba que él aprobase ó rechazase la menor cosa para inmediatamente juzgarla ella como excelente ó inaceptable. Así que todas las simpatías que Tomás le mereciera hasta entonces, toda la benevolencia con que se había predispuesto á aceptarlo, bambaleó y flaqueó de súbito al oír el tono desdenoso, despreciativo con que Martiniano acogía su nombre y la noticia de sus aspiraciones. Pasada, no obstante, la primera y brusca impresión que aquello le produjera, el recuerdo de su hija y el entu-

sísmo que hacia su galán mostraba la hizo añadir, aunque con notable timidez:

—¿Qué es lo que no te gusta en Tomás? Es muy buen muchacho.

—Si; no lo he negado nunca; bueno y simple, hasta dejarlo de sobra. Pero...¿te parece á tí que eso hasta para que le entregues á la chica?... ¡Uu hombre que no cuenta con nada más que el día y la noche, y para postre tiene una madre á quien mantener!.....

—Es verdad, hombre; pero..... ¡como vive con su tío!.....

—¿Y cuánto les puede vivir?..... Y aunque viviera cien años, ¿crees tú que don Pascual ha de poder seguir mucho tiempo de teniente?El no lo ha dejado ya por la mucha falta que les hace; pero no puede con sus huesos, mujer, y el día menos pensado tiené que pedir el retiro ó se le darán por la fuerza, y entonces ¿qué?...Una boca más que sostenerse á costa del sobrino. Ya sabes lo que da de sí una *soldada* y.... ¡por mucho más que diera!.....

—¿De modo que tú no lo quieres?—preguntó Ana María, sintiendo de antemano el rudo golpe que los amores de su hija habían de sufrir.

Nó, no lo quiero; y se lo adviertes así á la chica. Y le dices que yo sé clavar las ventanas cuando me conviene y no quiero que junto á mi casa haya bultos sospechosos. No han de faltarle mejores novios que ese, como ella no se empestille en salirse con sus trece. Ahora que ya vamos hacia arri-

ba no hay por qué echarnos peso para volver á bajar. Bien joven es, y no le corre tanta prisa el casarse, no siendo que le saliera una conveniencia; pero eso.....está á mil leguas de serlo.

Ana María suspiró con la misma melancolía que cuando se acordaba de todos sus hijos muertos y de las vicisitudes pasadas.

— ¡Pobre hija mía! — penso. — ¿Y si le ha tomado cariño?.... ¡No haberseme á mí ocurrido que su padre no quisiera!..... ¡Jesús! ¡Jesús!.....¿Y cómo le digo yo ahora?

En verdad que era un tormento indecible para su corazón de madre tierna, apasionada, que nunca supo negar á sus hijos cosa alguna, el tener que ser ella misma quien clavara el puñal en el alma de su Antonia. La pobre mujer iba y venía; tomaba la costura y la dejaba en seguida so pretexto de arreglar la lumbre ó correr una cortina, y aunque en tan crudo invierno, un sudor se le iba y otro se le venía, sin saber cómo empezar, de qué manera dulcificar el amargo trago que sin remedio, había de propinar á su amada hija. Pero ésta, bien ajena de lo que la aguardaba, se lo facilitó diciéndole de repente.

— Madre; Tomás me ha dicho que vendrá á hablar con padre para que le permita entrar en casa como.... novio.

Ana María palideció aun más, si cabe, que lo que estaba de ordinario; luego sintió que sus mejillas y sienas se encendían y abrasaban y, clavando en el rostro de la inocente muchacha una

mirada de sobresalto y angustia, exclamó con viveza:

— ¡Ay!..... No; no. ¡Que no venga!..... ¡Que no venga!.....

— ¿Que no venga?.....—repitió Antonia sorprendida y mirando á su madre sin comprender una palabra; pero..... ¿por qué?.... ¿Qué le pasa á usted?.... ¿Por qué lo dice usted así?.... —añadió realmente alarmada.

— ¡Hija!...es que tu padre.... ¡No quiere á Tomás!—exclamó la pobre mujer, que no logró encontrar ningún rodeo que dulcificara un poco la noticia.

Antonia abrió los ojos como espantada. No podía creer á sus oídos; jamás se le hubiera ocurrido pensar en tal cosa.

—No lo quiere...¿Y por qué?—preguntó al fin.

—Porque....porque es pobre.... y para vivir se necesitan dineros, hija mia.

—Ya los gana él trabajando—contestó Antonia con la espontánea generosidad de los pocos años.

—Sí; pero... dice tu padre que no es solo, que ha de mantener á su madre y...

— ¡Bueno!—observó la muchacha.— También la mantiene ahora.

—Peró....es que....al casaros....son ya más gastos....tendréis familia....¿Sabes tú lo que se necesita para sacar adelante una casa?....—añadió Ana-María, abrumada ante el súbito recuerdo de sus malos años, de las enfermedades y atrazos de la suya.



—Sí, señora; lo sé...pero tampoco es un disparate lo nuestro, porque Tomás es ya *ayudador* (1) en la casa en que está, y bien sabe usted que portándose bien, como él se porta, no es persona don Juan de Salcedo que despida fácilmente á sus criados. Prometido le tiene hacerle *mayoral* (2), en cuanto Juan Antonio Olmedo se retire...y... ya ve usted... Padre no habrá pensado en eso.

—Padre dice que eres joven y ninguna prisa te corre el casarte, y que ahora que, gracias á Dios, van las cosas de casa para arriba, no debemos meternos en lo que pueda ser...un atolladero.

—Y bien....si es que ustedes no quieren hacer ahora gastos....nos sabremos aguardar.

—Pero....—balbuceó la infeliz madre, pesada de dar nuevo disgusto á su hija, tan ajena de la magnitud de la repulsa—es que tu padre... no quiere que salgas á la reja... ni que... ni que él te ronde...

—¿Y por qué?... preguntó la muchacha sin poder dar crédito á lo que oía y con los ojos llenos de lágrimas.

—Porque....por....lo que te he dicho...—contestó su madre con voz insegura.

—Pero....si sólo le pone la tacha de ser pobre....¿no hemos de poder aguardar?...¡Pregúnteselo usted, madre!...

Y la muchacha, no pudiendo resistir más, soltó la llave de sus lágrimas, que corrieron

(1) El segundo de los criados en una casa de labor.

(2) El primero, ó la cabeza de toda la labor.

abundantes por sus frescas mejillas, al mismo tiempo que los sollozos levantaban su oprimido pecho, lo que dió ocasión á que la madre, ya prédispuesta á ello, echara también á llorar con el mayor desconsuelo.

No bastaron, sin embargo, lágrimas ni suspiros, ni aun la perspectiva, brillante en su clase, que el porvenir de Tomás parecía ofrecer, para cambiar ni en un ápice la resolución de Martiniano. ¿Había dicho que *no*?... Pues no daba su brazo á torcer. ¡No faltaba más sino que se creyera que él no sabía lo que se hacía y necesitaba de que otros le advirtiesen el *pro* ó el *contra* de las cosas!... Al objetarle, tímidamente, su mujer, por encargo expreso de la muchacha, con la esperanza bien fundada que Tomás tenía de que su amo le hiciera *mayoral* de su labor, contestó con aspereza:

—De que eso sea, hablaremos. Ahora no hay que decir nada, más que *no quiero*, y se acabó!... No quiero comprometerme á lo que luego me puede meter en gastos; que hartos hemos tenido hasta ahora.

Quería él convencerse á sí mismo de que, al obrar así, sólo estaba impulsado por la cordura, por la obligación de padre prudente que desea para su hija el mayor bien posible. Sin embargo en el fondo de su conciencia, si él no se hubiera apresurado á acallarla con especiosas razones, se habría alzado una voz íntima y acusadora que le recordara, no sólo que su terque-

dad rehusaba como un agravio el desdecirse de una decisión tomada con demasiada ligereza, fundamentándose tan sólo en el desden sentido hacia el muchacho modesto y sin pretensiones; sino también que él no hubiera de fijo tomado con el mismo empeño la negativa á no mediar la circunstancia de desear ansiosamente poseer una fortuna, para llegar á ser rico, poderoso, si posible fuese, para tener el gusto de que el día de mañana su hijo sobresaliera entre sus convecinos y más tarde, los nietos que llevaran su apellido, pudieran ostentarlo acompañado de un *don*, con el que soñaba su soberbia.

¿Acaso la mitad de los señores que en el día lucían y se daban tono en el pueblo, no tenían su mismo origen?...¿Por qué habían de figurar entre las gentes principales los nietos del tío Lucas el *Sargento* ó los sobrinos de don Juan el Cura, hijos, después de todo, de un albañil y un zapatero? ¿Que habían estudiado y seguido su carrera ó aprendido á ganar dinero en eso que llaman la Bolsa!... Pues los míos lo tendrán también, que todos somos iguales y yo no he de ser menos que nadie teniendo conocimientos, y con una poca de picardía se va adelante en este mundo!—¡Ah!... si aquel pobre é infelizote de Tomás hubiera tenido *picardía!*.. Entonces no hubiera encontrado, no, tan severa repulsa por parte del ambicioso Martiniano; pero...¿para qué servía aquel muchacho, después de todo? ¿Para ganarse el pan honra-

damente con el sudor de su frente y poder ir conllevando, bien que mal, los trabajos y las penas que cada día se ofrecen en este pícaro mundo?...Pues eso todos sabemos hacerlo. Lo que falta es encontrar quien sepa conquistar un puesto en el *festín de la vida* (que á todo esto alcanzaba ya la ilustración del gran Martiniano), alguien que, ya que no tenga *mando*, tenga dinero ó lo que lo valga, que eso es después de todo, lo que puede aprovecharnos para los cuatro días que hemos de vivir.

Muy bien; prescindiendo de la falsedad que algunas de las anteriores afirmaciones encierran, ya que ni todos saben ganar honradamente su pan, ni llevar como es debido los trabajos de este mundo, ni...pare usted de contar; pero...dirán algunos...¿Y cómo el bueno de Martiniano, profesando tan brillantes teorías dejó que su hijo se agarrara á la azada y al arado y no lo puso en una aula donde llegara á estar en condiciones de brillar algún día como astro refulgente y hasta regir los destinos de media humanidad?...Pues la cosa es muy sencilla....Ya sabemos los apuros sufridos hasta allí por aquella familia, y desde bien temprano tuvo necesidad José Vicente de ponerse á trabajar sin pensar en letras ni ciencias, so pena de ver su casa derrumbarse del todo por el suelo.

No le pesaba á él, mozo gallardo, el trabajo, y á su empuje parecía irse todo levantando,

cobrando nueva vida; con lo que, así lo esperaba firmemente el autor de sus días, no sólo se había de reponer el mal pasado, sino que se aumentaría notablemente el caudal. Y si á esto se agrega que su padre *politiqueaba* y aspiraba á ser alcalde, con lo que siempre sería fácil procurarse mil ventajas y gangas y la buena presencia del muchacho, ¿qué tendría de extraño el que se casara con alguna de las más ricachas del pueblo, la nieta del señor Juan Sánchez, por ejemplo, que, aunque vestía á lo labriego, tenía más terrazgo que un marqués y más oro que pesaba?... ¿Y quién le quitaría entonces ser de lo primerito del lugar?... Pero si ahora empezábamos con gastos inoportunos y, aun con el mal ejemplo y precedente de admitir como futuro yerno á un pobretón de siete suelas ¿no podría esto originar dos males: el desmembrar en parte lo ya adquirido y el que al muchacho se le ocurriera también enamorarse de cualquiera?... No, no, y mil veces no. ¡Para eso estoy yo aquí, y no lo consentiré en mis días!.. Y afirmándose más y más en su enérgica resolución, cerró por completo la entrada á toda suerte de esperanzas en el corazón de su hija, que si lo suficientemente dócil para no atreverse á obrar contra las órdenes de su padre, no se halló, sin embargo, dispuesta á disimular su tristeza y sentimiento por aquella negativa.

Abstúvose, pues, mal de su grado, la cua-

morada Antonia de salir á la reja y de hablar con su galán; pero sus ojos perdieron la alegría y sus mejillas aquellos rosados colores que eran uno de sus mayores encantos. No se la volvió á oír cantar ni reír, mientras que, con el aire de una autómeta, se entregaba á sus caseras ocupaciones y, con la menor ocasión, llenábanse sus ojos de lágrimas y su boca de suspiros, que hallaban inmediato eco en el corazón y el rostro de su angustiada madre.

José Vicente, enterado del asunto, trató de mediar en él; quería á su hermana y á su amigo, y á su edad, felizmente, no se suelen formar cálculos interesados. ¿Porqué no se avenía su padre á consentir siquiera en que pudieran esperar más adelante su licencia?

Pero su padre, siempre dispuesto á darle gusto, echó en aquella ocasión severamente mano á su autoridad y á todos advirtió, de una vez para siempre, que con instancias no conseguirían otra cosa que irritarlo más.

—No te aflijas—dijo el muchacho á su apenada hermana.—Joven eres y puedes aguantarte, y Tomás también. Si os seguís queriendo, día llegará en que padre ceda y os podáis casar.

—¡Quiéralo Dios!...—suspiró ella, que no ansiaba otra cosa que encontrar fundamentos á sus ya muy débiles esperanzas.

V

Compasión y crítica.

Pasado había el riguroso invierno; las aguas de abril, regando copiosamente el campo, lo habían preparado para que los calientes rayos del sol alegre de la primavera hicieran brotar en él toda suerte de flores y hierbas. Entre la verde siembra asomaban rientes las encarnadas amapolas, las blancas margaritas, los pajizos «zapaticos de la Virgen», los gamones, que pronostican una abundante cosecha.

Año de gamones
año de montones;

los nazarenos y «Sangre de Cristo», y mil y mil otras más. Flores sencillas que brotan espontáneas; flores destinadas á muy corta vida, pues que los jugos que ellas gastan son robados á la siembra que las rodea y han de perecer, necesariamente, arrancadas por diligentes manos que ponen en práctica el cuerdo aviso de preferir lo útil á lo hermoso, Flores y cardos; cuanto pueda estorbar al desarrollo de la sementera, hay que arrancar sin pérdida de tiempo, aprovechando los hermosos días del mes de mayo, naciente ahora, y á esa tarea se dedican, alegres y presurosas, cuadrillas enteras de muchachas, *escardaeras*, bajo la vigilan-

cia inmediata de un hombre por cuadrilla, el *caporal*, que las precede y marca lo que han de hacer

Lánguida y triste, como ahora era en ella habitual, se hallaba nuestra amiga Antonia, recostada en el marco de la puerta de su casa, donde aguardaba se acercara el cabrero con su *hato* para tomarle medio cuartillo de leche para su madre, no muy fuerte aquellos días. Miraba distraída dos ó tres ligeras nubes que velaban por Poniente la transparencia del azul cielo, diáfano y brillante, no oscurecido aun por las sombras de la noche, que no tardarían, no obstante, en llegar, cuando sintió alegres voces que cariñosamente la llamaban.

—¡Adios Antonia!... ¿En qué piensas, mujer?

Estremeciósela ligeramente la aludida, arrancada así á sus melancólicos pensamientos, y volviendo la cabeza se halló de manos á boca con sus antiguas amigas Domitila, Basilia y dos ó tres más que sonrientes la miraban.

—No os había visto—dijo.— ¿A dónde vais por aquí?

—Pues á hablar con el *caporal* para ponernos de acuerdo, que nos vamos á *escardar* mañana mismo. Es el tío de ésta, ¿sabes?... ¿Por qué no te vienes tú tambien con nosotros?

—¿Yo?... ¡Ay hijas!... No estoy para nada, ni....

—Pues por lo mismo te deberías venir—observó Basilia.—Ahí estás paliducha y ojerosa

que pareces una desenterrada. ¡Vente al campo, mujer, y verás como comes y te vuelven los colores que da envidia! Ahora está el tiempo muy hermoso; pero....¡aquí encerrada siempre, que no parece sino que estas *emparedáa*!

—No consiste en eso mi desgana—contestó la pobre muchacha, cuyos ojos se llenaron de lágrimas—ni á mí me quita los colores el no salir.

—¿Pues qué te pasa, mujer?

—¡Que ha de pasarle!...—saltó Domitila apresurada.—¡*Paeces* tonta, muchacha! ¿Pues no sabes que su padre no la deja que quiera á Tomás, ni que se hablen, ni se vean?

—¡Anda!...¿Qué; aún dura eso?... —preguntó la otra, asombrada,

—Me durará siempre—dijo la pobre Antonia secando sus ojos con la punta del delantal.

—No; si yo digo el no querer tu padre.

—También, hija, también. Lo ha tomado entre ojos, yo no sé por qué. Dice que es pobre... ¡Como si fuera yo una *princesa*!...—agregó con un suspiro.

—Y tu madre, ¿que dice?

—¿Qué ha de decir?... Callar; lo que *los* toca siempre á las mujeres.

—¡Y aún nos acusan de hablar de más observó enérgicamente Ramona—otra de las muchachas, algo parienta de Tomás. No, ¡pues lo que es si fuera yo!...

—¿Te íbas tú á poner contra de un padre?.. —preguntó Antonia gravemente.

—No sé; pero es lo cierto que á nosotras todo el mundo ha de mandarnos: los padres, los maridos y.... ¿Ni aun siquiera ha de dejarse que, ya que así sea; lo escoja una á su gusto?... ¡Pues eso es tiranía!....

—¿Y qué se le ha de hacer?... Más de mil veces parece que se me acaba el sufrimiento; pero ¿cómo no aguantarse y callar cuando siempre me dice el señor cura que: «más padeció Cristo por nosotros y que se hizo obediente hasta la Cruz»?

¡Ah!...padres, que no queréis que vuestras hijas sean *beatas*; á quienes disgusta verlas ir á menudo á la iglesia y á confesar ¿en qué escuela, fuera de esa, aprenden á obedeceros sumisas y resignadas? ¿Dónde, si les quitáis ese Modelo, si las apartáis de quien en nombre suyo las enseña, podrán hallar consuelo y resistencia para sobrellevar las penas todas de este mundo miserable?

—¡Cuidado con el hombre!... —iba diciendo Ramona á sus amigas con la mayor indignación—ya que del lado de Antonia se apartaron. ¿Pues no es para irritar la *tema* de ese *tío* duro y sin entrañas?... ¡Mira tú que falta le podrá poner á Tomás!... ¡Pobre!... ¡Cómo si él fuera algún marqués!... Y, á la postre, si ella lo quiere, pobre y todo ¿qué más le da á su padre?

—Mujer—observó Domitila juiciosamente —no querrá tener que mantenerlos.

—¡Qué mantenerlos!... ¿Pues no tiene él, acaso, brazos?... ¡Y poquito trabajador y honrado que es!... No por que sea mi primo; pero... vamos, que me irritan esas cosas!... ¡Pues para el hijo puede que quiera á la hija del señor conde!...

—No—exclamó riendo Carmen—que hasta entonces poco hablara; dicen que quiere casarlo con la nieta de Juan Sánchez.

—¿Y qué sabes tú?—interpeló un si es no es airada su amiga Basilia, á quien, como ya sabemos, no parecía costal de paja la arrogante persona de José Vicente.

—¡Y tanto que lo sé! Como que somos vecinos y en toda la calle se habla de eso. Y que Martiniano no deja la ida por la venida á hacerle la *rosca* al abuelo de Teresa, y que muchas veces se lleva con él á José Vicente con cualquier achaque.

—Pero él no la querrá—observó no muy segura de ello la pobre Basilia, que á toda costa quería conservar un rayo de esperanza.

—¿El?... ¿Y por qué no la querría?... ¡Tonto fuera si no!... ¡Una muchacha tan rica como esa!... Más *me* se figura á mí que la Teresa no ha de tener prisa por novio. Sin duda como puede estar segura de que no han de faltarle!...

—José Vicente es muy muchacho—observó Domitila, que, cosa rara en ella, sentíase aquella tarde la más juiciosa de todas;—no pensarán en casarlo aún y siempre habrían de aguar-

dar á la *quinta*...

—El no tendrá que ver en eso—dijo Carmen—
pues que su padre se halla enfermo y pasarán por
pobres.

—Pero no podíá casarse antes de tiempo.....
¿Quién sabe á cual querrá?

—¿El?.....El las quiere á todas y á ninguna—
dijo Ramona muy segura.—Se sabe demasiado que
es buen mozo y cree que todo se lo merece. Hay
veces que se pone insoportable..... En fin: «De tal
palo, tal astilla».

—Vaya, tú no le perdonas al padre el que no
quiera á tu primo—objetó Basilia, aún dispuesta á
defender á quien le interesaba.

—No señor, es la verdad; pero..... en fin.....allá
él. En mí no ha de fijarse, á buen seguro. Novio
tengo, y nada se me da de otros. Pero si que os di-
go que el que tiene tanta ansia como va sacando
Martiniano, temer debe el castigo del Señor; si no
es aquí, allá.

—¡Mujer!.....El lo hará á buen fin!.....-con-
testaron sus amigas, impresionadas por el tono
trágico de la muchacha.

VI

Quien bien quiere nunca olvida.

Salía don Pascual de la sacristía, depuestos ya los ornamentos sagrados, con ánimo de rezar tranquilamente en la solitaria y silenciosa ermita donde aquel día, por especial encargo, celebró su misa, y buscaba con la vista el sitio más cómodo y adecuado de algún banco, para sentarse en él, cuando tropezaron sus ojos con la figura de una mujer, arrodillada ante el altar del glorioso San Antón y que entre suspiros y oraciones parecía darle quejas, pues á oídos del respetable anciano llegaron claramente estas palabras:

—¡Ay, Santo bendito!... ¿De qué me ha servido el aceite que te envié para tu lámpara?

Acercóse á ella don Pascual, movido por el hábito inveterado de enterarse de las penas y preocupaciones de todos los hijos de aquel pueblo en el que ejercía desde treinta y tantos años antes las funciones de segundo padre y Pastor; pero quedó indeciso y como cortado al reconocer en ella á la buena Ana María, la mujer de Martiniano.

Después de los desprecios hechos á su amado sobrino se habían enfriado notablemente, como es de suponer, las buenas relaciones existentes entre ambas familias. Sin embargo, no era el corazón de don Pascual capaz de abrigar contra nadie, no digo ya odio, sino tan siquiera enojo. ¿Aquella mujer sufría? ¿Estaba apenada? Pues obligación suya era procurarle algún consuelo.

Temió, esto no obstante, fuera indiscreto por su parte el interrumpir las oraciones de la, al parecer, tan afligida mujer, y decidió empezar las suyas sin perjuicio de preguntarle, en acabando ella, la causa de su melancolía. Prolongóse uno y otro rezo durante bastante tiempo; al fin, don Pascual terminó, santiguóse gravemente y echó á andar con su sombrero de téja y sus libros en la mano izquierda; pero cuando metía la derecha en la pila del agua bendita, vió llegar á su lado á la buena Ana María, aún con el rostro compungido y pesadoso, que denotaba no haber ido allí á pedir favores, sino más bien á llorar cuitas ya pasadas ante el Santo protector de los animales domésticos. Dióle el respetable anciano el agua santa que purifica nuestras almas de culpas leves y, saliendo con ella al pequeño cancel ó atrio de la ermita, se apresuró á preguntarle con interés no fingido:

—¿Qué te pasa, mujer?... ¡Creo que andas quejosilla de San Antón glorioso!...

—Ay, don Pascual!... ¿Qué quiere usted que yo le haga?... ¡Tanto pedirle y clamarle al Santo bendito, y anoche se nos murió la mejor mula que teníamos!...

—¿De veras?... ¡Válgame Dios!, mujer, valgame Dios!... ¿Conque eso os sucede? ..

—Si, señor. ¿No ve usted que desgracia la nuestra?... ¡Ahora que ya empezábamos á vivir como quien dice!.. ¡Cal... si á nosotros nada nos puede suceder bien!... ¡Será nuestro sino!...

—¿Qué *sino?*—preguntó el venerable sacerdote frunciendo las ásperas cejas y aun todo su, de ordinario, abierto y campechano rostro.—Todos los hombres venimos al mundo á pasar penas y contradicciones; que á bien á bien, que por eso se le llama “Valle de Lágrimas”.

—Si, señor; pero no á todos les ocurre lo mismo. Gentes hay que suben como la espuma y no se sabe como juntan los dineros que es un portento; pero,...lo que es por nuestra casa, no aportan esas gangas. ¡Mire usted que la mula negra...la mejor...morírsenos así, tan de pronto!...¡Cal!...si parece imposible, Señor!...

—¿Y de qué ha sido?

—Pues un dolor; un cólico cerrado. ¿Usted sabe las cosas, los remedios que se le han hecho?...Ni el veterinario ni nosotros podíamos ya más... ¡Animalico!...Daba pena verlo, con unas ansias que parecía propiamente una persona. ¡Cómo nos miraba; como pidiendo la aliviásemos!...Yo, al verla así, me acordé de la cebada bendita y quise dársela; pero me dijo el veterinario que ya no la podría comer, y Martiniano...tan desesperanzado...dijo: “Sí; para lo que le ha hecho el Santo”!...Ya ve usted...los hombres!...

—Si, si; por eso sin duda venías con aire de quien ajusta cuentas ¿eh?... ¿Y que te ha dicho el Santo; qué lo dispenses?...

—Don Pascual; no tengo yo humor de bromas, bien lo sabe usted. Ya sé que ni Dios ni el Santo tienen obligación de hacerme á mi favores; pero...ello es que todas las penas se pierden por mi casa.

—Según, según; de todo hay, hija mia; ¡También llegan algunas á la casa del vecino!—dijo el pobre anciano, acordándose de súbito de las que á su familia había originado la repulsa recibida por Tomás.—Es menester —añadió gravemente, pero con el indulgente tono del antiguo padre de almas—que no pensemos solamente en nuestros males, puesto que, si miramos á los otros sin pasión, veremos que también andan cargados con la cruz. Ya que el Señor quiso llevarla por nosotros, necesario nos es andar con ella.

—Sí, señor, lo sé....En fin....Dios se dé por contento.....Menos sufriría yo por estas pérdidas, si en mi casa hubiera contento y alegría de otras cosas; pero...¿Sabe usted, don Pascual, lo que yo peno mirando á mi Antonia...y no poder?...

—Hija, sí; no hablemos de eso!... ¡Válgame Dios!... ¡Válgame Dios!... Mira, Ana María... dile á la chica que procure animarse.... consolar-se....que no hay bien ni mal que cien años dure....y....y....

Y don Pascual, sintiendo que un sollozo venía á terminar su frase y que dos gruesas lágrimas corrían ya por sus mejillas, las secó con

el revés de su abultada mano y echó á andar hacia su casa, procurando hacerse fuerte contra la emoción que le embargaba, mientras su interlocutora, limpiándose los ojos con el pañuelo, echaba por otro lado, no menos emocionada.

El calor apretaba; se había *echado encima* de repente aquel año, y aun era de temer se aproximara alguna fuerte tormenta, á juzgar por la atmósfera pesada, caliente hasta lo abrasador, que hacía se buscara con ansia el consuelo de alguna ráfaga de viento, no más fresco sin embargo.

—¿Por qué no te sales un poco á la calle?— dijo la pobre Ana Maria á su hija, viéndola ya al anochecer sentarse triste y silenciosa en una sillita baja, como buscando el fresco allí en el patio.

—¿Yo?... No señora. Deje usted, que aqui estoy bien....

—No, mujer; salte un rato—insistió su madre cariñosamente, deseando procurarle un rato de expansión.— Allí corre un poco de aire. Anda, ve, que yo me quedo aquí con padre.

—Lo que usted mande—dijo la muchacha— y salió, en efecto, sentándose junto á la puerta.

Un alegre grupo de niñas de la vecindad jugaban gozosamente, cantando á voz en grito con no muy acordes, aunque si chillonas y atipladas voces:

Juan y soldado
que vino de la guerra
tan, tan,
tira del batán.

A que otras contestaban con no menos ruido
y algazara:

Tulesía, tulesía
el perdón de la Basilisa;
qué, qué,
que yo no se qué.....

Por más disparatados que resulten los infantiles cantos, nacidos algunas veces, indudablemente, de sus tiernas imaginaciones y, por lo tanto, incoherentes y sin sentido; brotados otras de la Musa popular y las antiguas tradiciones que dieron lugar á los cuentos y romances; pero corrompidos por el transcurso del tiempo y la ignorancia y mala pronunciación de sus intérpretes, ello es que interesan siempre esos *corros* ó *rondes* de niñas, símbolos de la alegría transitoria de esta vida en que, como en veloz rueda, pasan los días alegres dejándonos tan sólo un eco de lo que en ellos gozamos.

Antonia, indiferente al principio, concluyó por interesarse en las peripecias del juego, que fué cambiando rápidamente hasta convertirse en el «Milano» y por último llegar á las «Cuatro esquinas», en las que, con desaforados gritos, se per-

seguían unas á otras para alcanzar el anhelado puesto y dejar burlada á la compañera, dando alguna que otra su tropezón y caída, aunque sin consecuencias. Las chiquillas notaron pronto que Antonia las atendía y, muy pagadas de ello, pues á las criaturas les agrada siempre que los mayores les hagan caso, quisieron recompensar delicadamente su atención.

—Ahora—dijo—una chatilla, morena, con cara de traviesa, que se había erigido de su propia autoridad en ama del cotarro, ahora vamos á cantarle *los Mayos* á la Antonia.

—¡Si no lo sabemos!...—contestaron las otras á coro.

—Sí, señora, yo los *sabo* y los cantaré y vosotras... vosotras hacéis el *bombo* y las guitarras.

—¿Pero cómo? preguntaba una, más tímida que sus compañeras.

—Pues con la boca ¡tonta!... Se dice: *Riqui rri qui rri ... y tan tan tarán tantán*.

—¡Claro!...—exclamaron las otras animadas súbitamente por las seguridades de su compañera.

Y con el mayor entusiasmo se formaron enfrente de la muchacha que, á pesar de su melancolía, no pudo menos de sonreirse viendo á las niñas menear á compás sus manos como si tocaran, efectivamente, los instrumentos indicados, mientras sus in'antiles voces, cada una en distinto tono,

imitaban sus sonidos según el sencillo sistema indicado por la pequeña directora, la que, con el mayor aplomo y con la mayor cantidad de voz posible, empezó á cantar:

Ya ha venido mayo;
bien venido se-e-e-a,
para las casa-a-a-a-a-das,
(*Tan-ta-ran-tan-tan-tan*)
viudas y-i-i-donce-e-llas.

Pero cuando mejor iba la serenata, hubieron de suspenderla y echarla á correr dando agudos chillidos. La cosa no era para menos; como sábado por la tarde, empezaba el desfile de los mozos de labranza que volvían de sus faenas, y los carros y mulas sobre que venían amenazaban atropellar á las muchachuelas desprevenidas y olvidadas de todo con su canto.

—¡Adios, Antonia—dijo uno de ellos á la joven—¿Te gustan los Mayos, eh?...

—Un poco—contestó ella algo turbada, al reconocer en él al *sagal chico* de la labor de don Juan Salcedo.

—Ya se lo diré yo á quien le importa—prosiguió, riendo, el muchacho, que ya se alejaba.

—Tras él iban otras mulas; la noche cerraba ya, pero demasiado conocía Antonia á quien venía montado en una de ellas; su corazón se oprimió dolorosamente y miró con angustia hacia su casa.

—¡Adios, Antonia!..—dijo una voz grave y varonil, con dejo melancólico.

—¡Buenas noches, Tomás!—murmuró ella á media voz, pero en la que halló el mancebo promesas de ternura.

Y él siguió, con la cabeza vuelta hacia la joven, hasta trasponer la esquina, mientras ella tardaba en darse cuenta de que á su alrededor bullían nuevamente las chicuelas, ansiosas de reanudar sus juegos.

Serían las doce de aquella noche cuando Antonia despertó sobresaltada de su no muy tranquilo sueño. A su oídos llegaba clara y distintamente el ritmo de una serenata callejera. Sin duda los mozos que iban de *ronda* habíanse detenido no muy lejos de la ventana de su alcoba. Dos guitarras, acompañadas de unas conchas ó tablillas que, diestramente manejadas, imitaban el sonido de las clásicas *castañuelas* ó *palillos* preludivieron una conocida música, y luego, una voz bien amada, destacándose clara y sentida en el silencio de la noche, dejóse oír con la obligada letra:

Ya ha venido mayo;
bien venido sea,
para las casadas.
viudas y doncellas.

¡Qué bien sonaba á los oídos de la muchacha la antigua y siempre nueva melodía de *los Mayos!*.... ¡Qué inspirado debió parecerle el desconocido poeta que, Dios sabe cuántos años hace supo decir con tan ingenua y sublime sencillez, hablan-

do á la señora de sus pensamientos, á quien pretendía celebrar:

«Para retratarte
me faltan pinceles,

Y lágrimas de gratitud y amor corrieron por sus mejillas cuando la voz, tras del sin número de alabanzas prodigadas á las perfecciones de su dama, descorrió el incógnito diciendo con entereza:

«Antonia se llama
de esta calle aurora».

A que se siguió la tierna y galante despedida:

«Adiós, alhelí,
Adiós azucena,
Adiós lirio hermoso,
Adiós rosa bella».

¿Cómo resistir á la tentación de asomarse, siquiera un minuto, á la hasta allí cerrada reja?... Ya la muchacha, sin darse bien cuenta de lo que hacía, se había echado un vestido; sus manos trémulas corrieron la falleba y abrieron los cristales y, sin poder contenerse, exclamó con acento apasionado:—¡Tomás!.....

—¡Antonia!..... —murmuró él separándose de sus amigos y corriendo hacia la reja.

—Tomás, sé que no hago bien en asomarme, contra el mandato de mi padre; pero.... sabe Dios cuando ya vuelva á verte.... y puede.... puede que á la postre..... te canses de aguardar..... y me olvides.....

—¿Yo?.....—dijo el muchacho con entereza.—
¡Primero me moriré, Antonia!

—¿Lo dices de veras?... —preguntó ella, que deseaba oírlo de nuevo.

—¡Tan de veras!..... ¡Yo no sé mentir! Si tú tienes paciencia y no te cambias, día ha de llegar en que tu padre no tenga más remedio que aceptarme.

—¡Ay..... la Virgen Santísima lo haga como se lo pido!.... Y ahora.... adiós, no sea que nos oigan.....

Y la muchacha, aunque de mala gana, se arrancó de allí temerosa del enojo de su padre y cerró aquella ventana, testigo mudo de sus tiernas entrevistas de otras veces.

VII

«Papeles y coplas».

El día 1.º de junio había amanecido hermoso y radiante. Antonia barría cuidadosamente el patio de su casa, á que daba sombra una frondosa parra que ya prometía rica provisión de uvas si no se apresuraban las traidoras avispas, como acontecía todos los años, á ser ellas las que en el futuro agosto disfrutaran casi exclusivamente de sus mieles, y por la á la sazón entreabierta puerta colóse un muchachuelo encargado de repartir el periódico, que indefectiblemente compraba el ilustrado Martiniano.

—Buenos días, Antonia; ahí tienes el suplemento extraordinario, que hoy lo traen casi todos los papeles..... ¿No sabes lo que ha pasado en Madrid?.....

¿—Y cómo quieres que yo lo sepa? —preguntó ella, aguardando con interés sus noticias.

—¡Pues *náa!*....—prosiguió el muchacho.— Fíjate que ayer, cuando volvían de casarse el rey y su novia, les han tirado una bomba..... de esas tan malas..... ¡Yo no sé la gente y los soldados que ha matado!.....

—¿Y á los reyes?.....— preguntó ansiosamente Antonia.

—A los reyes no. ¡Por casualidad!

—Por un milagro, querrás decir—observó la cristiana muchacha.—¡Ay Jesús! Madre!....¡Mentira parece que haya gentes tan sin entrañas! ¿Y quién ha sido?.....

—Pues uno que estaba en un balcón, y cuando todos echaban ramos de flores va él y echa también el suyo.... sí: no te dé Dios mal ramo.... ¡Y se ha escapado!.....

—¿Qué se ha escapado? ¿Pues cómo?.... ¿Y no saben quién es?

—Creo que sí; pero.... ¡vete á averiguar!.... Cada periódico dice su cosa. No falta quien diga que ha sido un cura..... ó un fraile....

—¡Quita allá!.....— observó la moza indignada.—¿Quién había de creer tal cosa?

—¿Qué no?..... Pues mira que lo dice en algún

periódico. ¡Yo no digo que sea! — prosiguió el muchacho.

— Pues claro está que no es creíble ¡Ay Señor! Qué mal le han hecho á nadie los reyes para que así los traten?..... ¡Y tan guapa como es ella, según cuentan!....

— Mira que se llevarían un susto!—continuó el chico.— ¡Y todos los que allí estuvieran!.... Y tantos muertos!.... Soldados, mujeres, chicos.... unos sin cabeza, otros hechos pedazos.... ¡Que se estremezcan las carnes de leerlo!...

— ¡Jesús!.... ¡Jesús!.... ¡Válgame Dios!... ¡Qué entrañas!..... —esclamó la buena Antonia horrorizada.— ¡Madre; ¿está usted ahí?.....¿Oye usted lo que dice Perico?...

Ana María salió, euterándose á su vez de los horrores que el muchacho relataba; cogió el periódico, y con él en la mano fué á buscar á su marido.

— ¿Sabes lo que pasa, Martiniano? ¡Válgame Dios!... ¡Y qué trabajo tan grande es ser reyes!...

¿Trabajo?..... Sí..... ¡Pues trabajos de esos quisiera yo, mujer! Comer, triunfar, mandar, mandar en todos y vivir á costa del país sin hacer nada! Los que tenemos trabajo y no flojo, somos los contribuyentes.

— Sí, hombre; pero....en fin, á nosotros nadie trata de asesinarlos, gracias á Dios. ¡Mira, mira aquí, en el *papel*, lo que ha ocurrido en Madrid!... ¡Ay Jesús!, Sólo de oirlo me ha entrado una temblucia.... ¡Cómo temblará el que lo ha hecho!...

—¿El que lo ha hecho?... ¡Pues tan tranquilo, mujer! . Digo . . según . . ¡Vaya, vaya una trapisonda! . ¡Y muchos de los muertos serían de los forasteros que han ido allá para las fiestas! Oye . . ¿No fue también con sus tíos la Téresa de Juan Sánchez?

—¡Ay! Sí . . ¡Díos mío; cómo estarán en su casa! Me llegaré por allí . . ¡Jesús! ¡Jesús!... ¡Qué malas ideas que corren por allí . . Mentira parece. Señor, que haya cristianos que tal hagan! . . Pero . . ¡ca! . . no lo sería; puede que algún pícaro judío . . ó un morazo! . .

—No digas disparates, mujer. ¿Qué les importa á ellos? . .

—Pues quién habrá sido? . .

—Déjame que lo lea y te lo diré.

—¡Cal!....si dice Perico que cada papel cuenta su cosa . . Ya vez, hasta que hay alguno que dice que ha sido un fraile! . .

—Puede que sea verdad; ya sabes que á ellos no les gustaba esa reina. Como era *protestanta*.

—¡Pero si la han bautizado!...—observó la huena mujer, mirando con espanto á su marido.—¡Ni cómo quieres tú que ellos hicieran!....

· Tanto puedén ser ellos como otros—afirmó muy en sí, el *ilustrado*; —pero las mujeres os creis que en decir *frailes*, se dice *Dios*, ó poco menos.

—Siempre es sabido que ellos estudian para ser santos—balbuceó Ana María, no atre-

viéndose, no obstante, á contradecir del todo á Martiniano. —En fin, que Dios le dé arrepentimiento, sea el que sea, concluyó cristianamente.

Los días transcurrieron, y con ansia se buscaban las noticias del triste suceso que causó duelo á toda España. Unos á otros dábanse las que trasmitían sus distintos periódicos y las cartas recibidas de los amigos y deudos que de ordinario ó transitoriamente se encontraban en Madrid, y así llegó á saberse en casa de Martiniano que el autor de la horrible felonía no fué un *atrasado y fanático* fraile, sino un *ilustrado* profesor de una escuela sin Dios ni religión, un aspirante á participar sin tasa del *festín de la vida*.

No; no era Martiniano de ideas anarquistas. —¿Cómo había de pensar en contra de la propiedad y la autoridad quien aspiraba á aumentar las suyas prodigiosamente?

—Esas cosas son barbaridades — decía convencido. —Otro es que nos gusten ciertas leyes, y se quiera la igualdad y la libertad....de modo y manera que convenga...porque....en fin, que...iguales somos todos, y no se yo por qué nos han de mandar reyes.... ni nadie.

—Pero hombre— replicaba algún vecino— si nadie tuviera mando... ¡Pues bueno andaría el mundo!...

—¡Hombre!.... mando.... entíendame usted á mí! Claro está que en mi casa mando yo, y to-

dos han de hacer lo que yo quiera; pero.... pero en los pueblos....

—Si en el pueblo *denguno* nos mandase; y á mí *me* se antojaba, *verbo y gracia*, echar por este lado la carretera porque me venía bien y usted, pongo por caso, la quería por allí....¿Qué habíamos de hacer más que andar siempre á la greña?... Y quien dice aquí dice en todas partes.

—Sí, autoridad hace falta; pero....ya ve usted, los reyes.... tantas contribuciones....

—¿Tuvimos ménos de que los quitaron, compadre?... Desengáñese usted, que muchos vociferan y escriben... lo que quieren...

Y á la postre, ni que mande Juan ni Pedro ¿nos tocará á nosotros otra cosa que, como el burro de la historia, cargar con nuestra albarda, aunque sea mala comparanza?....

—¡Toma!.... Si yo fuera el que más mandara, no me había de pesar.

—¡Pues ahí nos duele á todos-compañero!- ¿Qué es lo que quiere usted y queremos todos?.. Tener muchos dineros y pasar *ricamente* los tragos más amargos de aquí abajo. Ahora, que no siempre se pueden arreglar las cosas de modo y manera que se consiga, y que á lo mejor llega la muerte cuando está uno más descuidado. Eso es lo peor..., ¡y es lo más cierto!....

En fin: los días se pasaban y la gente regresaba de Madrid, mucho más pronto que lo hubiera hecho sin aquel horrible crimen. Ya se sabía que á Teresa, la nieta del señor Juan Sán-

chez, no la había ocurrido nada en aquel infausto día. Ya se sabía también que habían vuelto al pueblo ella y sus acompañantes; menester era que José-Vicente fuese á verla cuanto antes. Pero, con gran asombro de su padre, el muchacho se negó rotundamente á ir.

—¿Y por qué no irás, vamos á ver?

—Porque ninguna falta le hacen á ella mis visitas, ni á mí él hacérselas—contestó el mozo muy en sí.

—Eso no tiene que ver, ni viene al caso, pacumplir como Dios manda.

Sí, señor; si viene al caso. Que usted sin duda está creído de que á mí me están allí mirando con la baba caída y el agua por delante; pues yo me sé que no, y antes que *naide* pueda hacerme un *feo*, lo doy yo si es preciso, y muy á gusto.

—¡Pero muchacho!...

—Usted vaya siquiere, muy dueño es; pero ... lo que es conmigo... ¡Vaya, que allí no voy ni atado!...

—¿Acaso te has adelantado tú á hacer algo? ¿Te han dado *calabazas*?—preguntó el padre, realmente alarmado.

¿*Calabazas*?... No ha nacido aún la que á mí pueda dármelas—contestó el vanidoso muchacho, herido en lo más vivo.

Y, sin embargo, de algo muy parecido se trataba. Ello había ocurrido un domingo que hubo baile en casa de un amigo de José Vicente. Allí se

habían reunido varias mozas risueñas y con ganas de pasar un rato alegre, y allí acudieron pronto los galanes. Dos ó tres guitarras y un acordeón... ya se armó la música, y con ella el baile. Las clásicas seguidillas... ¿quién las recuerda ya en estos tiempos.... ¡Algún viejo que otro!... Gustan más las habaneras y las mazurkas, aunque no muy bien bailadas; lo único que aún se conserva es la jota, si no la aragonesa, una derivación suya. Y aquella tarde se cantó de firme; las muchachas se inspiraron y no sintieron pelos en la lengua para, bien en la copla, bien al estribillo, manifestar á voces francamente su sentir y decir sus aficiones... Ó despegos, con esa chuscada manchega que se deja caer como quién no hace nada. José Vicente se significaba bastante con Teresa, más no ciertamente con el aire humilde y suplicante de quién pretende lo difícil, sino más bien con la arrogancia y seguridad del que juzga logrado, sin dudar, lo que desea. Ya sabemos que los humos de su padre y el verse alabado de buen mozo habían engendrado en él una dosis no pequeña de propia complacencia; más no era, ciertamente, menor la que Teresa tenía por su parte, y así le molestó bastante su actitud, mucho más cuando sus amigas, que tal vez trabajaran por cuenta propia aunque con disimulo, cuidaron de ponderarle el mal efecto que deberían hacerle los desplantes del galán. Dió pues, una excusa para no repetir con él un baile, lo que no fue parte á



impedir que él cantara, mirándola y con el mayor aplomo la siguiente copla:

Haré un hoyito en la arena
y en ella me enterraré;
dejaré la lengua fuera
publicando tu querer.

Las mulas de mi padre,
Dios las bendiga....
más corren cuesta abajo
que cuesta arriba.

La intención del cantor era, indudablemente *galante*; pero á la muchacha, ya recelosa, le pareció que encerraba otro sentido bien diferente. ¡Eran *sus favores* los que él deseaba *publicar!*...

—Pues... ¡chasco te llevas!...—pensó para sus adentros— y sin más encomendarse á Dios y á Santa María, en cuanto la guitarra preludeó otra copla, lanzó á los aires su voz, y poniendo toda su intención en el *estribillo*, por aquello sin duda de que en la cola está el veneno, cantó con desenfado:

A los hombres los comparo
con los platos del vasar;
que si alguno se me rompe,
otro pongo en su lugar.

Anda que no te quiero,
que tienes poco.....
entendimiento, digo,
que eres muy loco.

Todos rieron sin parecer dar importancia á la cosa; otras coplas de tanta y más intención se habían oído y se oyeron aún; pero como es muy cierto que á cada uno nos duele lo que más de cerca nos toca, así José-Vicente, como tan interesado en ello, creyó ver en aquel retintín manchego una sangrienta alusión á las pretensiones de su padre, que no dejaban de ser las suyas, y desde aquel punto y hora, herido en su orgullo, decidió cortejar á la que más caso le hiciera, por darse el gran tono de hacer ver á todo el mundo y especialmente á la engréida muchacha, que á él le bastaba insinuarse para al punto ser correspondido. ¡Pues pocas ganas tenían algunas de que él las mirara siquiera!... Y, en efecto, sin ir más lejos, allí estaba también aquella infeliz simplona de Basilia, bien apenada, por cierto, al creer ver confirmadas las habladurías de sus amigas, y cuyo ancho y colorido rostro se iluminó de súbito cuando el buen mozo la sacó á bailar y empalmó con ella la conversación, que ya no dejó en toda la tarde.

Más contenta que unas pascuas volvió á su casa. Verdad es que sus amigas se creyeron obligadas (pensemos que animadas por la caridad), á decirle unas tras otras:

«No te fíes, Basilia; mira que tú eres pobre y á Martiniano no le gusta emparentar más que con ricos»; y al oírlas, acudiendo á su memoria el recuerdo de Tomás y Antonia, sintió

súbitamente aguararse su entusiasmo; pero también se dijo que al fin y al cabo á un hombre no se le sujeta como á una muchacha, y si José-Vicente se empeña ¿qué tendrá que hacer su padre más que callar?

Reflexión tan lisonjera tapó completamente la puerta á todo prudente recelo, y con la más amplia confianza se entregó desde entonces la muchacha á sus risueñas esperanzas

VIII

Una esperanza que muere y un ateo que nace.

La siega adelantaba, era preciso darse prisa, no se podían perder días, podía venir una nube, un pedrisco que todo lo arrasara, y allá iban todos, hombres y mujeres, mozos y muchachas, á segar y á arrancar la mies, resistiendo valerosamente las ardientes caricias del sol abrasador de julio que tostaba los rostros, aun defendidos con los sombreros de palma, bajo los cuales conservaban las mujeres sus blancos pañuelos de algodón. Algunos, los que trabajaban muy cerca, volvían al pueblo los sábados, atronando las calles con el ronco sonido de las *caracolas*, obligado instrumento de los días de siega; pero los más allá se estaban, de *quintería*, refugiándose para dormir en alguna casa ó *cocedero* que se encontraba por

allí, durmiendo, si no en la dura tierra, al sereno, envueltos en las pardas mantas. Dos días marcados clásicos, sin contar el del *Corpus*, hay para volver al pueblo y mudarse de ropa [¡cómo vendrá!...] en toda la temporada: San Pedro y «las fiestas» [Santiago y Santa Ana]; y esos dos días la iglesia solitaria, los demás festivos se ve repleta, y el sermón del día de San Pedro es de los más concurridos del año, así como la misa de once del día del glorioso Patrón de España.

¡Qué calor hacía!... ¡Y qué á gusto se tomaba el vaso de helada horchata que voceaba el vendedor, deseoso de su ganancia!... ¡Mira que si esto se pudiera coger allá... mientras se carga una galera de cinco cercos de mies!... ¡Vaya, eche usted otro, hermano horchatero!

— ¡José-Vicente, que te va á hacer daño!—exclamó algún amigo más juicioso.

— ¡Ca, hombre, no lo creas! ¡A mí no parte un rayo!...

— ¡Déjalo ya!

— No; ahora vamos á convidar á las muchachas, que un día es un día.

Y entre bromas y risas y vasos de horchata se olvidó el calor, que hacía corriera por las sienas un sudor abundante. Mas al volver á casa, allá al anoecer, un agudo dolor hizo á José-Vicente llevarse la mano al costado derecho.

— ¡Ay!... ¡Caramba!...—exclamó alarmado.

— ¡Qué te pasa?—preguntaron sus amigos.

—No sé qué es... aquí... un dolor... Parece que me da frío!...

—Anda, anda á casa, acuéstate. Con la horchata te habrás resfriado.

Más que resfriado fué. Aquella noche ardía de calentura, y su madre, alarmada al llegar la mañana y encontrarle postrado y abatido, salió presurosa á buscar al médico, con quien estaban igualados.

Don Anselmo frunció el ceño al examinar al muchacho, horas después.

—Hay que ponerle una cantárida—dijo mientras extendía la receta;—que vayan cuanto antes por ella, yo volveré esta tarde. ¡Con tal que no tengamos otra complicación!

—¿Qué teme usted? preguntó ansiosamente la madre.

Nada, nada... ya veremos... Y dando instrucciones salió de allí.

¿Quién podrá pintar el trastorno y duelo de aquella casa? Su padre, su madre, su hermana, los amigos, se desvivían por aliviarlo, por buscar remedio al mal. Más su misma robustez hacía más intensa la calentura, aumentando el peligro la posibilidad de un ataque á la cabeza.

—Debe tomar sus disposiciones—dijo el médico á Martiniano—ahora puede hacerlo, esta aún en sí, pero luego.... no respondo de lo mismo.

—Pero....pero....¿no puede curarse?....— preguntó el pobre padre temeroso de oír su propia voz.

—Tal vez, tal vez.... La juventud tiene siem-

pre mil recursos....pero no está de más prepararlo....porque eso no quiere decir que del todo se pierdan las esperanzas...aunque bien... bien no está, no puedo ocultárselo á usted.

—¿Y cómo se lo digo yo?... ¿Cómo darle ese trago?... ¿Y mi mujer?...

Y el infeliz Martiniano, con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, permanecía como alhelado desde que se fuera el médico, sin saber qué partido tomar, qué resolución seguir.

Al fin. . .¿y cómo no?... acudió á su mujer, porque el hombre es cabeza de su casa, lleva ordinariamente sin esfuerzo la carga de los trabajos materiales, más no así la de los morales, pues como ha dicho muy bien *Fernán Caballero*: «el hombre en todas las cosas se apoya en sí mismo, menos en el dolor, en que se apoya en la mujer». La pobre Ana María no pertenecía, no obstante, á la legión de heroínas, á quienes una estoica fortaleza ó una gran resignación cristiana prestan calor y alientos para conllevar con entereza las más terribles pruebas de la vida. Sintió que su corazón se desgarraba y de su pecho se alzaron mil sollozos, mientras sus ojos se anegaban en lágrimas. ¿Cómo tener valor para ella misma decir al hijo de sus entrañas?... ¡Ay!...no...eso no...Más ¿quién había de hacerlo?...

Fué el mismo enfermo quién, penetrado de su mal, conociendo claramente por su fatiga y molestias la gravedad en que estaba, dijo con débil voz que quería confesarse... morir como

cristiano... ya que en la Pascua no lo hiciera por varios miramientos de machachos, jactancias de mozo que más habían arrancado de sus labios que de su corazón, no corrompido, aunque desviado de su fin; ocupado por frívolos deseos y vanidosos pensamientos. Él pidió llamaran al anciano don Pascual, con quién de niño confesaba, y allá fué el respetable sacerdote, en alas del deber, que no repugnaba cumplir á su corazón enteramente extraño al rencor y las pasiones. A su cabecera estuvo hasta el último momento, cuando, ya perdida el habla y sin conocimiento vagaban sus miradas por la estancia. Y cuando ya su yerto cuerpo quedó helado y sin vida, y abrazados sus padres y hermana expresaron con angustiosos gritos y desgarradores sollozos la pena que les embargaba, lloró con ellos, con ellos gimió y sus preces fueron las primeras que por aquella alma se elevaron fervorosas.

¿Cómo expresar el estado de desolación en que semejante desgracia sumió á aquella angustiada familia?... ¡Su hijo, su encanto, la esperanza y orgullo de sus canas, el término é idea fija de todas las ambiciones del padre, del amor y admiración de la madre, de la ternura de la hermana!... Y así...en un momento...cuando menos pudiera sospecharse... ¡Aun viéndolo sus espantados ojos, no acababa de convencerse de ello el afligido corazón!

Pero la vida tiene brutales realidades y de-

talles crueles de que no pueden prescindirse; el mundo sigue su ruta sin detenerse ante el dolor; hay que ocuparse, mal que pese, de las materialidades en que no se quisiera ni pensar. Y luego, ya amortajado el cadáver, encerrado en cuatro tablas forradas de negro, ver, aunque á veces inconscientemente, cómo desfilan ante él los parientes, los amigos, los extraños é indiferentes; unos con lágrimas, otros con curiosidad manifiesta; quién, mostrando su aprobación: «¡Qué bien está!»!...; quién, no hablando otra frase más adecuada para calmar el dolor y aplanamiento de los parientes que la de preguntar en tono admirativo: «¿Pero qué ligereza ha sido ésta?... «O decir, sin conciencia de lo que se dice, á la atribulada hermana: «¡Vaya, mujer!... ¡Buena cuenta habéis dado de José Vicentel!...»

El buen sentido de la muchacha le hacía no contestar siquiera á semejantes salidas. No se hallaba tampoco en disposición de hablar, y allí sentada en una silla baja, con el codo sobre la rodilla y oculto el rostro entre las manos, agotadas á intervalos las lágrimas para volver á brotar con mayor fuerza á poco rato..... ¡pensaba en tantas cosas!....

El padre mudo, sombrío, miraba á veces al cielo, ceñudo y casi airado; su dolor concentrado, sin expansión, iba acumulando en aquel pecho torrentes de amargura, y al decirle algún anciano amigo, algún sacerdote conocido algo de que Dios....

—¡Dios!....—murmuró sordamente—¡Dios!...
¿Qué le dedó yo, después de todo?....

Y la madre infeliz lloraba sin consuelo, oía á unas y á otras y al mismo tiempo que invocaba al Señor y María Santísima, no dejaba de repetir mil y mil veces:

—¿Tan malos somos nosotros para que así nos trate nuestro Señor?.... ¿Que pecado hemos hecho para que así nos castigue?... ¡Y otros hay á quienes estorban los hijos, que hasta procuran desgraciarlos y se ven llenos de ellos!.... Y yo, que toda mi vida he cumplido como debo, que me he mirado siempre en los hijos de mis entrañas.... ¿no se me ha de lograr uno?

Días crueles, días interminables, días que se marcan en el corazón y aun en el rostro con huellas indelebles, siguiéronse, ¡Y siempre detalles imprescindibles de la vida saliendo al encuentro para renovar y enconar la llaga!...¿Qué gusto se había de hallar entonces en las faenas del agosto, en las ocupaciones de la recolección, por buena que ésta hubiera sido?... Más tampoco lo fué cual se esparaba, y para colmo de infortunio aún estaba la parva en la era, no había mediado el mes de agosto, cuando un horroroso pedrisco descargó sobre las viñas del pueblo y alcanzó también (como no podía menos de suceder), á las del desdichado Martiniano, del que sinceramente comapedidos decían siempre sus convecinos: ¡Jesús!... No envíe Dios

tanto como se puede resistir.... Bien dice el refran: «¡Bien vengas, mal, si vienes solo!»

IX

Gritos de alegría y lágrimas de consuelo.

¡Qué bullicio!... ¡Qué alboroto en todas las casas, en todas las calles del pueblo! En las casas principió antes, como es natural, pues nadie se echó á la calle sin estar puesto de veinticinco alfileres, como suele decirse. Y en algunas no había solamente la preocupación de las galas personales, antes de vestirse y emperejillarse, era preciso ultimar los detalles del decorado. Toda aquella barriada había sido blanqueada cuidadosamente. Hoy esta casa, mañana dos ó tres más, los últimos días á granel, una aquí, otra allí y ciento más arriba; había que darse prisa, pues el gran día se echaba encima. Y mientras el enjalbegador, encaramado en la escalera muy cerquita del tejado, lanzaba al aire los armoniosos ecos de su voz sonora, que lo mismo cantaba una jota que unas seguidillas manchegas, las mujeres, casi vestidas de máscara gracias á las descoloridas sayas y destrozados pañuelos con que cubrían sus ropas para no mancharlas de cal, le ayudaban blanqueando la parte baja de la pared ó echando con primor la cinta ó zócalo de vis-

tosos y alegres colores en su mayoría, aunque también los había graves y negros. Las puertas fueron repintadas, predominando en ellas el tono amarillo ó el verde; las rejas, después de limpiarlas de los gotazos de cal, se vieron negras y lustrosas gracias al barniz y al humo de imprenta; algunas se terminaron aquella misma mañana, lo que no constituía flojo peligro para quién, atraído por su flamante belleza, se les acercara; más ¿quién repara en pelillos?... ¿Habían de dejarse tan feas cuando otras?... No, no; no hemos de ser ménos que nadie.

Y ahora se fregaban con afán los poyuelos de las puertas, se preparaban y ponían á mano todas las sillas disponibles para sacarlas aquella tarde y que en ellas se sentaran los amigos; se arreglaban cuidadosamente los pliegues de las cortinas y se sacaban el embozo bordado y la colcha maja, para cubrir con ellos la alta cama de matrimonio, y en tanto, allá en el corral, buscando la sombra proyectada por la tapia, pues el calor apretaba aun de firme terminábase á toda prisa el fregado, con arena y vinagre de los antiguos velones dorados, hasta dejarlos más resplandecientes que el mismo sol, en opinión de la autora de tamaña maravilla, y en disposición, por tanto, de ser colgados en la reja ó bajo el marco de la puerta de la calle y lucir allí su garbo y sus luces á la hora de la iluminación.

En las demás casas sacábanse con cuidado del baúl ó de la cómoda los trajes domingueros, más aún, los de los días muy señalados, y el mozo encontraba sobre su cama, bien planchada y dispuesta, la flamante camisa de céfiro, con listas de seda, en que gastó su madre los realejos ahorrados, porque él no desmereciera al lado de sus rumbosos amigos; y las muchachas desataban las cintas que sujetaban el cuidadoso y menudo plegado de la airosa saya; descogían sobre la cama el pañuelo de crespón ó de Manila, de vivos colores, y el de raso con flores para la cabeza, y se aseguraban de que los hilos de la gargantilla de nácar ó de aljófar no amenazaban romperse y darles un disgusto en aquella regocijada tarde. Las casadas planchaban el gorro del mamoncillo, peinaban en estirada y apretada trenza los cortos y rebeldes rizos de la chiquilla de seis años y gritaban, ya incomodadas, al muchacho de ocho años: «¡Lávate esa cara, chico, y que no te lo tenga yo que decir más!... ¡Ay!... qué castigo de criaturas!... Son para acabar con la paciencia de un Santo!».....

Aquel movimiento, aquel bullicio iban en aumento al avanzar la tarde, hasta que unas tras otras dábanse por terminadas tan distintas operaciones; se cerraban baúles y cómodas, tras ellos las puertas, y al dar las cinco y empezar las campanas con sonoras, graves y acompasadas voces el toque de *Cabildo*, empezó también por las calles

el desfile de distintos y numerosos grupos de hombres, de mujeres, de chiquillos; todos engalanados, todos contentos y todos encaminándose al mismo punto, como animados por igual deseo é idéntica intención. Allá va también el Clero luciendo las rizadas sobrepellices; la música, de gran gala, derrochando por las calles las alegres notas de los vivos pasodobles; el Ayuntamiento, el señorío; nadie falta, en fin. ¡Ah!... sí... faltan los tristes, los que guardan luto... los que lloran la pérdida de sus seres bien amados; éstos buscan refugio en la iglesia, abierta desde aquella hora, y allí van poco á poco acomodándose, y faltan también los materialmente impedidos de ir, pero esos no han dejado de enviar alguien en su representación, alguien que no sólo los disculpe, sino que también se acuerde de pedir por ellos, de presentar sus memoriales á la venida del Señor, que todos aguardan, á quién desean recibir del mejor modo posible.

Porque ya habrán conocido ustedes que se trata de esperar á alguien; pero... ¿á quién? ¿Acaso al Rey?... Sí, al Rey; más no el de la tierra, sino el de el cielo; no el señor de la nación, sino el de todo el mundo. Aquella tarde llega el Santo Cristo tutelar del pueblo y todos salen á esperarlo, como es justo hacerlo con un Rey á quién respetan, como un Padre á quién veneran y aman. Las muchachas, como de costumbre, se han reunido con sus más amigas para ir juntas y charlar de firme, y en uno de los grupos veremos sin dificultad antiguas conocidas: la impetuosa Ramona, la alegre

Domitila, la charlatana Carmen y tres ó cuatro más.

—¿Con que no ha querido venir la Basilia?— preguntaba Carmen á sus compañeras.

—No, hija—contestó Domitila,—dice que se le hace *de mal*; como ha pasado tan poco tiempo de lo del pobre José Vicente....

—Sí, y que á ella la entró fuerte—observó Ramona.— ¡Novia más novial!...

—Pero mujer, hace muy bien; exclamaron las otras á coro.— ¿Cómo quieres que ya lo hubiera olvidado?

No, si yo lo *conozgo*; pero lo que también creo es que si hubiera sido al contrario, no fuera él quién hoy dejara por alla la fiesta porque....

—¡Bah!... los hombres no es lo mismo, guardan poco tiempo luto. Y ella también se consolará; puedes estarte descuidada.... A buen seguro que no ha de hacer lo de aquel romance de los *Aman-tes de Teruel*.

—«Tonta ella y tonto él»—agregó Carmen con presteza.— ¡Hija!..., en este mundo ya se sabe: «A muertos y á idos, no hay amigos»; conque «¡chasco se lleva quien otra cosa espera»!

—Esos son *testimonios*, después de todo, que levantáis á la Basilia—opinó las más amiga—Lo que es ella, hasta ahora, bien se porta y da pruebas de sentirlo. Allí se pasa los domingos por la tarde con la Antonia que... ¡válgame Dios!... está que no parece ni su sombra. ¡Claro, con tantas penas y disgustos como se le van echando encima!...

—Y con oír al padre y á la madre todo el *san-*

tismo día, mujer. ¿Cómo quieres que esté la pobre?... ¡Aquello es un contra Dios!...

—Sí... se quejan... Verdad es que no les falta de qué, Ramona. ¡Mira que cuantas más vueltas se le den!...

—Es verdad... ¡Dios nos libre!..., No se alegrará mucho la Basilia con tal compañía. ¿Y se iba á estar allá toda la tarde?

—No—dijo Domitila—me ha explicado que iría por Antonia para ir las dos á la iglesia y coger sitio en un rincón donde no las viera nadie.

—¿Y la Teresa?—observó alguna.

—La Teresa—contestó Carmen, su vecina—tan rozagante y alegre. Hoy va á estrenar un pañuelo de Manila que le ha regalado su abuelo y vale cuatro mil pesetas nada menos.

—¡Bah!... ¡Serán reales, mujer!...

—¡Que no!... Y aunque lo fueran.... te parece á tí...

—Pues hija, ¿quiéu se va á querer poner al lado de ella? No seré yo, por cierto, que no me gusta que me miren por encima del hombro y.... después de todo, tanto vale ella como nosotras..... ó menos!

—¡Pero más vale el pañuelo!—observó la sagaz Ramona con su acostumbrada ironía.

Basilia había ido, efectivamente, á buscar á su amiga Antonia, á la que después de instarle mucho animó á ir con ella y una anciana vecina á esperar en la iglesia al Santo Cristo. Antonia, aunque deseosa de ello, vacilaba mirando á su madre.

Sí, hija, vete si quieres; yo me quedo aquí con padre.

—Pero.... ¡querrá usted ir!....

—¿Yo?.... No. ¡No estoy de humor!....

—Para fiestas estamos!— murmuró Martiniano con brusquedad.

—Anda *veste*—insistió la madre viéndola inmóvil é indecisa.— *Veste* con la Basilia, Padre y yo nos iremos al corral para no sentir tanto este bullir de gente. Toma alguna cosa ó un poco de pan y márchate ya.

—No, si no tengo gana—observó la pobre muchacha con lágrimas en los ojos.

—Pues no tomes si no quieres; pero idos ya, no hagáis aguardar á la *hermana* Plácida, mujer!

Y al fin se fueron las muchachas y el matrimonio se trasladó al amplio corral. Ella llevaba su calceta y siguió haciéndola maquinalmente, pensando, á no dudar, en otras cosas. Él se paseaba muy nervioso, con precipitado paso, con su cuerpo endeble y encorvado, como quedó después del fatal golpe origen de sus males, y en las manos un largo sarmiento, con el que daba golpes ó hacía rayas en el suelo de cuando en cuando.

—¡Fiestas!....— murmuraba;—fiestas, diversiones!.... Todo el mundo piensa en eso, todos gozan y triunfan; todos ríen.... ¡Y yo siempre he de ser el que salga perdidoso!.... Mujer—prosiguió alzando la voz—¿qué dices tú?.... ¿Todos se han de alegrar menos nosotros?

—Es verdad, Martiniano. ¡Qué desgraciados

somos y hemos sido siempre!.... No parece sino que hayamos hecho algún mal muy grande para que así nos trate Nuestro Señor.

— ¡Mal!.... Sí, uno muy grande he hecho... ¡El mal de no hacer mal!... Si yo hubiera sido como otros por ahí que van de mala fé, que roban, que engañan.... Esos buena vida se dan y bien les luce el pelo!.... Pero al hombre honrado.... ¡Y aún andáis las mujeres con Dios siempre en la boca!... ¡Dios;...¿Qué le debo yo?...¿Qué ha hecho por mí?..

La mujer le miró silenciosa. Ella no se hubiera atrevido á hablar así; pero... ¿Cómo negarle la razón?... Toda su vida había conservado las enseñanzas, las creencias, los consejos y ejemplos de sus padres, cristianos viejos y chapados á la anti-gua, sin mengua en su fe ni menoscabo alguno en las prácticas piadosas; pero... poco á poco la contrariedad, las penas, los golpes continuados habían hecho mella en aquel espíritu débil, en aquel corazón tierno y afligido. ¡Cierto que Dios no tenía obligación de favorecerlos, de darles gusto; más... ¿tanto podría haberle costado hacerlo?... ¿Acaso eran ellos peores que otros?... Y al verse siempre abatidos por aquella negra adversidad que parecia perseguirlos, al considerar que Dios podía y no quería remediarla, ¿cómo no pensar que no se cuidaba por igual de todos? ¿Cómo no dudar de su Providencia y de la verdad de las máximas que enseñan «que todos somos hijos de Dios»? Pues qué ¿un padre puede tratar así á sus hijos? ¿Puede verlos sufrir sin consolarlos?...

A su afligida memoria acudió entonces, aún más vivo, si posible fuese, el recuerdo del hijo adolatrado; de su gallarda figura y agraciado rostro; de lo que él hubiera gozado aquella tarde poniéndose *majo* para ir con sus amigos. ¿Pues y ella al verlo?.....

—¡Ay... Martiniانو!... ¡Si él nos viviera!... Entonces sí que sería fiesta!... Hubiéramos ido todos juntos á esperar al Santo Cristo!...

—Es verdad, mujer... es verdad!...

Ambos se miraron con los ojos llenos de lágrimas. La tarde declinaba rápidamente y el sol al esconderse enviaba rojizos resplandores, purpúreos rayos que, reflejándose en la pared inmediata, iluminaban el corral con una luz extraña. Fuera no se oía ni el más leve rumor como que todo el movimiento y vida de aquel pueblo concentrábase entonces en el otro extremo de él, y repentinamente cortando aquel silencio solemnísimo, como impulsadas por el amor y el regocijo, sintiéronse vibrar á un tiempo las campanas todas, lanzadas al viento para pregonar y hacer saber que el Cristo se acercaba; que ya se veía claramente.

¿Qué fué lo que movió sus corazones? ¿Qué pasó por ellos en aquel instante? ¡Oh! Nadie, ni ellos mismos podrían explicarlo; más ello fué que, como movidos de un secreto impulso, abrazáronse primero estrechamente y cayeron después prostrados de rodillas sin decirse una palabra, sintiendo que sus pechos se aliviaban, vertiendo juntos un raudal de lágrimas.

Dios, consuelo de afligidos.

Ya bien de noche volvió Antonia á su casa con los ojos enrojecidos. ¿Como no había de llorar al ver de nuevo al Santo Cristo? ¡Habían pasado tantas cosas en aquel año de ausencia!... El las sabía bien; más siempre consuela poder referir las penas á un Corazón amante que sabemos se interesa por nosotros!... Así es que, aunque vertió abundantes lágrimas, aunque no pudo reprimir sus sollozos á la vista de aquel amoroso Padre que extendía en la cruz sus desnudos y abiertos brazos como para amparar á todo el pueblo, su corazón se alivió, su pecho se ensanchó y volvió de la iglesia menos abatida, más resignada.

Pero no se atrevió á decirlo. Habiendo perdido, tiempo hacía, la seguridad y confianza en el afecto de su padre, á quien veía obstinado en una negativa que la hacía desgraciada, perdió al mismo tiempo esa dulce expansión, esa comunicación de ideas de dolores y gozos que forman el mayor bien que la familia proporciona.

Entre aquellas tres personas se habían levantado muros que ninguno se atrevía á franquear. ¿Cómo no sentir la hija la dureza de su padre?... Más también, ¿cómo quejarse de ella á la madre tierna con quien en otro caso se hubiera desahogado?... Y en aquel estado de reserva, de hostilidad, ¿no pensarían ellos que la hija, atenta sólo á

sus propias penas, no tenía sentimiento para aquella otra inmensa que llenaba sus corazones y les hacía olvidar todo lo que esto no fuera?

Guardaban, pues, todos silencio de ordinario y esto hacía se enconara más y más cada día aquella herida sobre la que ninguna mano diestra aplicaba el bálsamo y lenitivo que pudiera poco á poco dulcificarla y aun cerrarla. Callaban para no entristecerse más unos á otros; pero el silencio es muchas veces el que más aflige y así no puede consolar. Callaban: el padre por lo grande y amargo del dolor, que le hacía estar desesperado; la madre, porque faltándola á ella misma no podía inspirar resignación; la hija, por temor de ser molesta, de resultar inoportuna, de herir más en lugar de consolar. Y senaron silenciosos, sin que nada les animara á pasar bocado y así, sin gana alguna de probarlos, sin bendecir la mesa ni dar gracias; ¿para qué, toda vez que Martiniano no creía deberle nada á Dios?... Fuéronse á recoger de allí á muy poco; más... ¿qué le pasaba aquella noche á la buena Ana María que no lograba ni pegar los ojos?....

Los recuerdos de antaño, las memorias de otras veces!... Cuánto se había alegrado siempre con la venida del Cristo!... ¡Que diferencia de entoces á ahora!... Pero... también... ¿Cuándo había ella dejado que llegara sin salir á recibirlo, sin ir por lo menos cinco minutos á la iglesia á rezarle un *Credo!*... ¿Como había de haber ido este año?... A la iglesia... fué la chica,

y... las dos á un tiempo... ¿Como habían de dejar al hombre solo?... El... él... está quejoso el pobre, porque... Señor, nuestra desgracia!... ¡Es tan grande!... Y bien... mañana iré á misa primera y lo veré.

Quedóse más tranquila tras de tomar esta resolución y al fin logró dormir dos ó tres horas. Despertóse de pronto despavorida y oyó tocar el *Angelus* con que la iglesia invita á santificar la venida de la aurora, saludando á aquella otra Aurora celestial, Madre del Sol divino de Justicia. Rezó devotamente la salutación angélica, vistióse con presteza, y aún sonaba el toque de misa primera cuando ella salía de su casa, cobijada en su negra saya que dejaba ver debajo otra, negra también, como su duelo y su desgracia.

Apenas se veía, pues, la débil luz que empezaba á entrar por las ojivales ventanas, no llegaba á desvanecer las oscuras sombras que envolvían, en aquella hora, la anchurosa nave. Lucía, sí, la lámpara encendida ante el altar mayor y aquella otra colocada delante del sagrario, donde mora humilde, desconocido de tantos, el amante Señor que al partir de este mundo para su reino celestial no supo, no quiso, sin embargo, dejar solos á sus hijos. Lucían también, delante de la imagen sacrosanta de ese mismo Padre misericordioso, algunas velas que el amor de sus hijos le ofreciera la noche antecedente, las que acababa de encender el sa-

cristán después de abrir las puertas de la iglesia, y ellas fueron las que en medio de aquella semioscuridad guiaron á la infeliz Ana María hasta los pies del Santo Cristo, ante el cual se postró rendida y ansiosa de consuelo.

Poca gente había en la iglesia á aquellas horas, ¿Cuáles más á propósito para hablar con expansión y dar al Señor cuenta de sus trabajos?

—¡Ay Cristo mío...! ¡Y cómo os habéis, Señor, olvidado de mí!... ¿Qué no hemos pasado en este año?... Señor... desde el día de San Antón glorioso que no tengo descanso ni sosiego... Yo clamar... yo rezar... ¿Y no habéis de hacerme caso?... Señor; los trabajos... los disgustos... la mala cosecha... todo lo aguantaría resignada si me hubieseis dejado al hijo de mis entrañas; pero.. sin él ¿para qué estoy yo en el mundo?... ¿Tanto os costaba, Señor habérmelo de jado?..

Y un torrente de lágrimas cegó los ojos de la pobre y afiligida madre... Salió en esto la misa; desde allí podía seguirla; levantóse, sin embargo, para ir á buscar una silla en que poder sentarse algunos ratos, pues sus rodillas, doloridas por la reuma no le permitían descansar mucho tiempo sobre ellas.

Mucho rezó, suspiró y lloró durante el santo sacrificio, y terminado éste, dispersas á uno y otro lado las contadas personas que á él habían asistido, volvió á referir sus cuitas al

amoroso Padre, á quien nunca enojan ni molestan los ruegos de sus hijos. La luz del sol naciente, al elevarse más y más sobre la azul techumbre de los cielos, enviaba ya por la ventana alegres y dorados rayos que venían á iluminar gozosos el rostro cárdeno, sin vida de Nuestro Redentor. Sus entornados ojos parecían mirar á la que allí á sus plantas narraba sus pesares; de su entreabierta boca creíanse escuchar palabras graves y amorosas. Ana María lo miró de nuevo, y á su memoria, sin saber porqué, acudió en aquel momento la repetida frase de su marido; aquellas que, fuerza es decirlo, no estaba ella muy lejos de aprobar algunas veces: «¿Qué le debo yo á Dios, después de todo?... ¿Qué es lo que ha hecho por mí?...» ¿Qué? ¡Ah!... bien claro se lo decían aquellos miembros destrozados, aquel cuerpo desnudo por completo, las manos y los pies que taladraban esquinados clavos, la roja sangre que manaba de la llaga abierta en el costado. . . ¿No eran nada tampoco las espinas que, punzantes y crueles, coronaban aquella angusta frente?... ¿Que qué hizo por nosotros? ¿Puede desconocerlo algún cristiano?... ..

— ¡Es verdad, Señor, es verdad! — exclamó casi en alta voz, como si contestara á aquellos cargos, como si ellos brotaran no de su propio corazón al contemplarlo, sino de aquellos cárdenos y entreabiertos labios. — ¡Es verdad que moristeis por nosotros!... ¡Que vues-

tras manos nos hicieron de la nada! ¡Que á costa de toda vuestra sangre nos sacasteis, Señor, de los infiernos!... ¡Cierto, cierto .. pero... ¿No veis que él habla así porque no sabe lo que dice?... Señor: os llevasteis á nuestros hijos pequeños, los sentimos de todo corazón; nos quitasteis los bienes de la tierra; pérdidas, granizos, enfermedades... Si tuviéramos aún á nuestro hijo, Señor, á pesar de todo eso yo diría tranquila y resignada: “¡Hágase vuestra santa voluntad!”

Hundió la cara entre las manos apoyadas en el respaldo de la silla que tenía delante, sus labios se callaron, pero su imaginación prosiguió el comenzado monólogo.

Sí; otras se conformaban, sentían consuelo acudiendo á la iglesia, rezando por las personas queridas de que se veían separadas; ella... también lo haría si su pena no fuese tan grande, tan sin remedio alguno. Se había apartado un poco de las cosas de Dios, había enfriado en su fe y su devoción antiguas; mas ¿como no?... ¡Hemos sido tan desgraciados!...

Este, este argumento no tenía réplica á su parecer; era innegable, formaba su descargo y su disculpa... Y una y otra vez repetía en su interior, dirigiendo su pensamiento á aquel Señor que lee en los corazones: “¡Hemos sido tan desgraciados!.....”

Mas de pronto sintió como si el eco de su mismo interior le constestase. No llegó á sus

oídos voz alguna; pero sí la sintió muy clara en su corazón, en su inteligencia. No pensaba ella, por cierto, en replicarse así misma y, sin embargo, al repetir interiormente aquella razón á que se asía como suprema para justificar su desvío y desconfianza en el Señor: “¡Hemos sido tan desgraciados!.....”, se presentó á su mente breve, concisa y con una fuerza de convicción que la dejó sin réplica, esta respuesta: Pues... ¡Por lo mismo!... ¡Por lo mismo!... ¿Por lo mismo?... ¡Ah!... sí!... ¡Que verdad era!... Porque sufría no debió alejarse nunca de la Cruz del Salvador!... ¡Porque eran desgraciados debieron buscar siempre consuelo en los brazos del Señor, que á nadie desampara!.. El que goza, el que ríe, el que todo tiene á pedir de boca ¿qué maravilla es que no se acuerde en su triunfo de mirar al cielo? Porque la ingratitud es cosa humana y todos somos dados á olvidar los mayores beneficios, á no pensar que no los merecemos. Pero el que sufre y llora, el que vive en el mundo sin consuelo ¿á quién acudirá si no es arriba?... ¿Quién le ha de consolar si no busca á su Padre celestial?... Y si al pobre, si al infeliz se le quita aquí abajo su fé que engendra la esperanza, y con ello la dicha en la otra vida, ¿qué puede ya quedarle más que desolación tormento y rabia?... Miró á la Cruz de nuevo; sólo estaba allí el Señor, pero su memoria le recordó que dice el Evangelio que «al pié de la Cruz estaba la madre de Jesús». ¡La Madre!...

viendo morir al Hijo amado, al Hijo más hermoso y más perfecto, al Hijo que era Dios!... Y murió por salvarnos á nosotros... ¡Es verdad!... Mas la Virgen volvió á verio...yo estoy sola... ¿No lo estuvo también la Señora?... Sí...sí...pero lo tenía en el cielo...¿Y yo?...Yo... los pequeños, allí están también...El grande...¡Ah! El también murió como cristiano, resignado, arrepentido.. ¿Tendrías la esperanza que ahora tienes si lo hubieras visto apartarse de su Dios?... ¿Negar su fe?.. Si como su padre, hubiera dicho: «¿Qué le debo yo á Dios después de todo?» Y... ¿Acaso no había ya empezado á andar por esa senda cuando la idea de la muerte le hizo volver á tiempo sobre sus errados pasos?...De los ojos de la pobre Ana María brotaban lágrimas cada vez mas abundantes, mas también más dulces; su boca no pronunciaba ya palabra alguna; pero sus manos cruzadas atestiguaban el fervor de su oración. Levantóse al fin con gran trabajo, pues sus rodillas doloridas resentíanse de la postura; pero sin hacer caso de ellas miró á su alrededor, y observando dos ó tres mujeres que cerca de un confesonario aguardaban á que otra terminara, dirigióse allá también cargada con su silla, y en ella se sentó esperando turno.

Una hora después volvió á su casa. Bajo la frondosa parra, que orgullosa ostentaba sus racimos dorados, tentadores, á los que rodeaba un enjambre de codiciosas y golosísimas

avispas, peligrosa vecindad para los dueños, estaba sentada Antonia, cosiendo ropa blanca, con su aire melancólico y su rostro pálido y delgado, tan contrario á aquel frescachón y sonrosado con que la conocimos.

—Buenos días, madre; dijo levantándose con respeto— ¿No le habrá ocurrido á usted nada?

—No, hija, me entretuve allí en la iglesia. ¿Y padre, donde está?...

—En el corral. Ya creo que viene.

En efecto asomaba Martiniano, que al ver á su mujer exclamó con cierto retintín:

—¿Ya estás ahí?... ¡Pensé que te habrías perdido!

—Es verdad que se me ha hecho tarde, Martiniano—repuso ella, que se había sentado y doblaba su mantilla.—He estado á ver al Santo Cristo, prosiguió.

—¿Sí?... ¿Qué te ha dicho?...

Que te lleve allá también—contestó ella mirándolo fijamente.

—¿A mí?... Sí; siempre he ido; pero... este año...

—Es nuestro padre, Martiniano—

—¿Padre!... ¡Padre!... Si lo es y todo lo puede, ¿cómo quiere hacernos padecer?

¿Tanto le costaría habernos dado gusto?

Iba á proseguir, cuando mirando sin saber por que á su hija, quedó mudo y consternado al ver correr por sus mejillas, hilo á hilo, gruesas lá-

grimas que mojaban su costura. ¿Porqué lloraba entonces? Y ¿porqué su rostro, antes tan alegre, tan gracioso y encarnado, se veía ahora pálido y marchito?... ¿Quién sino su propio padre, era de ello la causa y el autor?... ¿No la había hecho padecer y sufrir? ¿Qué le hubiera costado darle gusto?... ¿Acaso la muchacha bien criada, había pretendido cosa alguna que fuera en menoscabo de su honra ni en perjuicio siquiera de su casa?... Lo hizo por su bien... ¿Por su bien?... ¿Consiste este en tener mucho dinero?... Eso, eso había el creído; por aumentarlo suspiraba; su única ambición había sido ver á su hijo rico y encumbrado; mas... el hombre propone y Dios dispone. Ya no tenía hijo ni dinero...y á su hija la hizo desgraciada... ¿Era aquello castigo del Señor?... Tal vez al ver que lo olvidaba, que dejaba sus prácticas cristianas, que quería encumbrarse sin su ayuda, le tocó con su mano poderosa, le envió los trabajos como aquellas plagas que enviaba á Faraón para que lo conociera, para que lo quisiera obedecer...

—¡Hija!... Antonia!—exclamó con un sollozo— y se dejó caer en una silla ocultando su rostro entre sus manos,

—¡Padre! ¡padre!... ¿Qué le pasa á usted?—gritó la pobre muchacha corriendo hacia él y abrazándolo con fuerza.

—Hija... perdóname... yo...

—¡No diga usted tal cosa!—exclamó la excelente joven abrazándolo de nuevo.—¡Una hija nuu-

ca tiene que perdonar áun padre, sino amarlo y respetarlo!...

—Es verdad, bien lo has hecho tú, hija querida!—dijo la buena Ana María abrazándola también y llorando como una Magdalena—y los tres unidos en estrecho abrazo pasaron largo rato, sintiendo que sus pechos oprimidos se ensanchaban y de sus corazones, como de sus labios, brotó una exclamación: ¡Gracias, Dios mío!...

XI

Horas de felicidad

Siete ú ocho años habrían pasado, y volvemos á hallarnos de nuevo bajo la frondosa parra del patio de Martiniano, parra tan presumida y fastuosa que, á pesar de sus muchos años y sus grandes jorobas, no quería prescindir de estrenar anualmente un pomposo y flamante vestido de raso verde, que los días el aire y el sol se cuidaban de ir dejando marchito y desgarrado hasta quitárselo hoja por hoja á la llegada del grufión, adusto é implacable invierno. A la sazón se hallaba en todo su esplendor, como gala que estrena una dama vanidosa; sus sarmientos, aún tiernos y no del todo desarrollados, se encaramaban buscando arrimo para poder subir hasta el tejado, consiguiéndolo solamente los que hallaban apoyo en la pared ó en las ventanas que daban á las cámaras (1) de arriba. Los racimos asomaban por todas partes sus diminutas

(1) Graneros.

su *cinta* azul celeste, su empedrado firme y seguro; sus dos portales, sostenidos por columnas de madera pintadas de color de castaña, y sus zócalos de yeso, iluminados de azul como la *cinta*. En los portales vense las mismas sillas y cuadros de Santos y *madamas* que antaño. De uno de ellos arranca la escalera, estrecha y desigual, que conduce hasta las cámaras y cuyo hueco se ha utilizado para alacena ó despensa. A otro lado la entrada de la cueva, donde tan frescas se conservan en el verano el agua y la legumbres, las tinajas del vino y..... ¿qué sé yo?... Entre ambas se encuentran las puertas y ventanas que dan paso y luz á las habitaciones, todas á la sazón muy cubiertas de cortinas cuidadosamente corridas, que Mayo ha venido caluroso y ha traído consigo las primicias de las pegajosas y cansadas moscas, á las que no hay que darles cuartel ni dejar entrar en las habitaciones, pues de lo contrario ¡Dios nos favorezca!... ¿Cómo librarse de ellas? La vida se concentra allí, en el patio, bajo aquel fresco y frondoso toldo que forma el emparrado, que si bien ahora no tan cubierto como ha de estarlo el mes siguiente, cuando las hojas crezcan y se ensanchen, tampoco importa deje algunos claros; pues no hace aquel calor sofocante y sin respiro que abrumba en el estío. De noche refresca aún y no se estaría bien allí; pero ahora, á las once de la mañana, es el sitio más hermoso y agradable de la casa.

Y allí vemos al amigo Martiniano sentado bajo la parra, haciendo *pleita* con gran agilidad y destreza, aunque sin mirar á la labor; pues sus ojos se fijaban con suma complacencia en dos buenas mozas, de cuatro y dos años respectivamente, morenillas, gordetas, cuyos carrillos redondos compiten, en lo encarnados, con los vestidillos de percal y las cintas que procuran sujetar aquellas cabelleras rebeldes y rizosas que, al menor descuido, ya están sobre los ojos de sus dueñas. Y eso que á la mayor ya le estiran cuanto se puede los cuatro pelos mas largos que en la parte de atrás dan para ello, y le atan allí dos rabitos de ratón á que ella llama pomposamente «sus dos *tenzas*».

Las dos, con la boca abierta, escuchan embebecidas, de labios de Martiniano, el cuento eterno y siempre nuevo de la *Hormiguita Martínez*. ¡Cómo!... ¡Martiniano contando cuentos!... ¡Qué duda tiene?... Sí, lectores míos; milagros mayores que este consiguen todos los días esos pedacillos del corazón que se llaman nietos y son dos veces hijos, según sus abuelos.

Frente á ellos, Antonia, gorda, colorada, risueña como en sus mejores tiempos, cose á más y mejor sentada debajo de uno de los portales, mientras de cuando en cuando se inclina á dar un beso ó decir un cariño á un gordifloncillo de ocho meses que, metido en el *tenedor*, hace pinicos queriendo tenerse en pié, y con manifiestos deseos de echar á correr en

cuanto lo consiga. Como están allí en el patio, no está cerrada del todo la puerta de la calle, y de pronto se siente en ella el ruido de alguien que la empuja, al mismo tiempo que una voz de timbre cansado, pero afectuoso, dice gravemente «Ave María.»

—«En gracia concebida», contestan á una Martiniano y su hija, y ésta, levantándose de su silla, añade con viveza:

—¡Jesús!... ¡Si es el *hermano* don Pascual!... ¡Pero hermano!—añade al verlo entrar, en tono de cariñosa reconvención y corriendo á traerle el más cómodo asiento.— ¿Cómo viene usted á estas horas y con tanto calor?

—¿Calor?... ¡Cal, hija, no lo creas. ¡Si no hace ninguno!—contesta el buen anciano con su aire jovial de siempre, mientras se sienta, se quita el enorme sombrero de teja y se limpia el sudor con su pañuelo.— ¡Hace un tiempo hermoso! Y yo, ya que acabé de rezar no sabía qué hacerme allí, Dolores, enfrascada en su cocina, á estas horas no hay que contar con ella. Pues voy á ver qué hacen aquellos chiquillos, me dije. Y... ¡mire usted, mire usted las *descastadonas* estas!... ¿Ni siquiera se viene á saludar al tío, mocosillas?... Y reía á más y mejor contemplando á las dos niñas.

—¡Pero, chicas!—exclamó su madre escandalizada.—¿No venís á besarle la mano al hermano?

— Yo sí.

—Yo antes. Y las dos echaron á correr todo lo de prisa (que era bien despacio) que sus cortas piernecillas y su gordura les permitía. Llegó primero la mayor, como es natural, y después de cumplido el mandato maternal, sin soltar la venerable mano del anciano, le dijo con el aire importante del que comunica una gran nueva:

—¡Ya tengo yo dos *trenzas!* Y volvió triunfante la cabellera para que don Pascual pudiera apreciar cumplidamente aquella modificación de su peinado.

—¡Dos trenzas!..... ¡Vaya, ya lo creol... Y... ¡poco majas que son!— exclamó riendo el bondadoso anciano.—¿Y tú, Anica?—dijo acariciando las redondas mejillas de la segunda que, fatigada por aquella carrera de tres varas, se asía á él para no caerse.—¿Cuándo vas á tener trenzas?

—¿Yo?... Cuando... ¡Cuando sea *gande* como mi *Pacajal!*—añadió, encontrando muy pronto una solución.

—Aquí viene mi pequeño á verlo á usted —dijo Antonia, que lo había cogido en brazos, presentándoselo.

—¡Bravo mozo!... Este ha de ser el más guapo de todos. ¿Y el mayor?

—En la escuela. Ya hace ocho días que va.

—¿A la escuela de los chicos?

—Sí, señor. ¡Si ya tiene seis años!

—Es un mozo ¡más valiente!..... opinó Mar- .

tiniano.

Y, en efecto, en aquel momento se abrió ruidosamente la puerta de la calle y apareció un muchacho moreno, de ojos negros, colorado como sus hermanas, con sus pantaloncillos de pana, sus medias listadas de colores, sus alpargatillas bordadas, su blusita azul y blanca y su carterita puesta á la bandolera, donde llevaba el Catón y el *Catecismo*, los dos primeros y principales elementos de cultura.

—¡Madre!.....¡Madre!— gritó desde la puerta—¡me han mudado!.....

—Bueno, hijo, está muy bien; pero...¿qué se hace, José Vicente?

Ya, ya lo hacía él; no lo olvidaba, y estaba besando la mano de su abuelo y de su anciano tío; se acercó luego á su madre y después dijo:

- ¿Y mí abuela, dónde está? ¡Abuela! salga usted, que le traigo una cosa!.....

—¡Mira, mira cómo la mimas!...— dijeron á una el tío y el abuelo, tal vez con su *miajica* de envidia.

La voz del nieto querido consiguió lo que las demás no lograron: arrancar á Ana María de entre sus pucheros, donde se extasiaba como Dolores, según le dijo don Pascual al verla aparecer. Ella se echó á reir alegremente.

—¡Sí; pensará usted que á mí me gusta tanto estar guisando... Pero... ¿qué le hemos de remediar? Alguien lo ha de hacer; y...¡como á esa no le gusta!.....

—¿Cómo así?— preguntó riendo el sacerdote.—¡Vaya!...¡Vaya una *mayoral* que no guisal!..

—Pero ¡Si mi madre no me dejal!.....

—Pues claro, ¡De más tendrás que guisar cuando te vayas de *quintería*! Dime, hijo mío: ¿qué me traías?

—Esta estampa que me ha dado el señor maestro, abuela. ¿Le gusta á usted?

—¿Pues no me ha de gustar?... ¡Hermoso! ¡Hijo de mi alma! ¡Mi José Vicente, que vale más oro que pesal... Lo mismo, lo mismo hacía el otro cuando era chico!.....

Y la pobre Ana María, tras de comerse á besos á su nieto, se limpió las lágrimas con el delantal, mientras su marido volvía la cabeza á un lado y tosía para disimular su propia emoción.

¡Qué consuelo, y qué pena al mismo tiempo, era para ellos ver reproducido en aquel arrapiezo al hijo amado que sus corazones no olvidaban! Cuando nació, ni uno ni otra se atrevieron á preguntar qué nombre se le había de poner. Su abuela paterna lo había de sacar de pila y... «le querrán poner Pascual ó Tomás»; pensaban ellos sin decírselo el uno al otro. No, no se atreverían á indicar nada. Tomás, cariñoso, respetuoso siempre con ellos, mostrándose en todo hijo obediente y sumiso, le imponía un poco, sin embargo, no por su carácter, sino por el íntimo recuerdo de si podría guardar, allá en el fondo de su corazón cierta amargura,

algún dejo de rencor por el pasado. Por eso cuando él, al solicitar á Antonia acompañado de su buen tío, añadió que su amo le había dicho que desde San Miguel sería *mayoral* y que con eso contaba, sólo como de paso se atrevió Martiniano á indicarle se encargara de su labor.

—No, señor—contestó resueltamente el buen muchacho.—Usted da lo suyo á renta ó pone un gañán; como quiera. Usted es el amo y ha de serlo siempre. Yo no quiero otra cosa que casarme con Antonia. De lo demás...nada.

—Pero... se atrevió á insinuar Ana María.
¿Viviréis con nosotros?

—¡Eso sí; contestó él mirándo á su tío.

—Sí, desde luego. ¡No ibais á dejarlos solos!...—dijo vivamente don Pascual.

Y así se hizo, y con el mayor gozo recibieron luego los dos abuelos á su nietecillo cuando entró en el mundo. Pero casi en seguida les preocupó aquella ardua cuestión del nombre. ¿Cómo le pondrán?

—Madre-le dijo Antonia al siguiente día.— ¿Qué nombre les gustará á ustedes para mi chico?

—Hija..... ¡á nosotros! Eso, vosotros lo habéis de ver!

—Es que Tomás y yo...habíamos pensado.. que se llamara José Vicente; pero... ¡si á ustedes les ha de dar pena!....

—¿Pena?... ¡Ay, hija! Esa no se quitará nun-

ca; pero... se aliviará mirándolo en él retratado!—exclamó la pobre madre llorando y abrazando á su hija, que lloraba también.

No hay que decir si el muchacho sería amado con delirio por sus abuelos. Ni las chiquillas ni el nuevo angelote habían podido desvanecerle. Y el parecía adivinar en quién había de colocar sus preferencias; con nadie estaba tan á gusto como con su abuelo y su abuela; no les perdía paso desde que supo andar, y á ellos acudía en todas sus cuitas, en todas sus alegrías.

—¡Vaya!.. —dijo don Pascual contemplando muy complacido el premio merecido por su sobrino, á quien consideraba su biznieta. ¡Ya veo yo que has de ser un muchacho de provecho! A ver, á ver si te das prisa á aprender y puedes pronto ayudarme á decir misa, porque si no tu viejo tío se va á morir sin ese gusto.

—¡No diga usted eso, hermano!— exclamó Antonia.—¡ Si está usted ahora mejor que nunca!

—Pues, hija, mira que eso no es garantía, porque la muerte ha de llegar, y los Santos Padres la comparan con el ladrón que nos asalta de improviso, y el Señor nos avisa que vendrá cuando menos lo pensemos. Ya ves, yo no he de ser eterno, ni Dios lo permita, que ya pesa demasiado el fardo de los años y la cuenta que de tantos he de darle á Su Divina Majestad.

—¡Jesús... don Pascual! ¿Pues quién cómo usted?... ¡Así fuera nuestra cuenta!—interrumpió

Ana María muy convencida.

—¡Vamos, hija, vamos!... ¡Cada uno en su tanto, todos tendremos algo que decir!... Más á bien que hemos de tratar con quién, si bien es Juez rectísimo, también es Padre misericordioso y amor de padre no dice basta!

Entre tanto los tres niños se habían alejado del grupo y jugaban alegremente en un rincón del patio, haciendo él correr á su caballito de cartón, enjaezado con hebras de estambre de alegres colores, y meciendo ellas á sus muñecas de trapo, como veían lo estaba haciendo su madre con el chiquillo, con el Tomasito; que daba muestras de quererse dormir un rato. Su madre le cantaba á media voz las coplas favoritas de su mocedad, en las que campeaban la sal é intención manchega:

A la puerta de un baile
todos son guapos
y en llegando una *quinta*,
cojos y mancos.

Está mi amor arando
con cinco mulas;
tres y dos son del amo;
las demás tuyas.

—Madre, y ¿cuántas tenía él?—preguntó á ésta José Vicente, que había escuchado atentamente la copla.

Una estruendosa carcajada de los mayores acogió la inocente pregunta.

—Pues mira—dijo su madre riendo también— tenía... las que tiene tu padre.

—La *Generala* y la *Marquesa*?—interrogó el muchacho cada vez más interesado.

—No, hombre; ¿no ves que esas son las del amo?

—Pues entonces.....entonces ¿no tenía ninguna? Porque padre no tiene otras.

—Eso es, hijo querido; ningunas tenemos, ni las deseamos; sin embargo... ¡qué felices que somos, gracias á Dios!...—dijo de todo corazón Antonia mirando al cielo.

—Sí, hija mía, sí... y... por lo mismo—contestó su padre con voz grave—¡por lo mismo!



LA RELIGION

Délicadas y plácidas visiones (1)
que dais formas y música á los vientos,
si son ecos de Dios nuestros acentos
llevadle en cambio á Dios mi corazón!
¡Sueño de muerte y dicha verdadera!
¡Promesa de fantástica ventura!
¡Mensajera del bien! En mi amargura!
Me llamas y te sigo, Religión!

Sosténme oh Madre! De tu voz piadosa.
Ante la melancólica armonía
se disipa el dolor. La fe nos guía,
madre, sigamos su divina luz!
Como la roca que Moisés hiriera,
dió vida y agua al arenal tostado,
siéntome redimido, y anegado
en deleite al contacto de la cruz. . . .

¿De dónde vine yo? mi pensamiento
mide siglos sin fin, y en vano pausa,
y busca en vano la ignorada causa
de mi existencia: yo no sé cuál es.
Término ha de tener esta cadena
de mil y otras mil generaciones:
á un primer eslabón sus eslabones
se van prendiendo inúmeros después.

¿Quién lanzó al tiempo el eslabón primero?
Naturaleza! te interrogo en vano!
El gran misterio el insosdable arcano
nada puede explicar sino la fe. . . .
Si hay criatura hay Criador, que es Dios excelso.
Tu generoso imperio en bien fecundo,
que civiliza redimiendo al mundo,
pobre ignorante à disputar no iré.

La edición que tengo á la vista, de esta poesía, está muy mal impresa
errores, y en partes sumamente con isa.

¡Y he podido dudar!...¿Quién es el hombre?
Ignora el mundo, ignórase á sí mismo,
y esclavo del error de un silogismo,
con hallar una frase niega á Dios.
Emvuelto en el mecánico sofisma,
y entre la red del método escogido,
de vocablo en vocablo conducido,
flota á merced del ruido de su voz.....

Soy inmortal: un infalible instinto
gritándome está; su voz vehemente
mejor vida me ofrece; hay en mi mente
esa confianza que se llama fé.
Morir! aniquilar del mismo modo
vicio y virtud.....¿Que páginas de gloria
concede al crimen la parcial historia,
y ni un recuerdo á la virtud le dé?

No; no es posible aun cuando eterna fuese
la gloria y gloria la virtud tuviera,
todos no pueden alcanzarla y fuera
con la virtud injusto al Creáador,
si no le reservase una corona
más allá de la tumba, y si lanzada
de la nada al dolor, de allí á la nada,
no existiese sino para el dolor.

Idea melancólica y terrible
que del orbe al Eterno Soberano
hiciera aparecer como un tirano
deleitado en crear y hacer el mal.
Pero hay Dios y Dios es omnipotente,
y es incapaz del mal la omnipotencia,
porque es invulnerable; y por su esencia
es bueno Dios, y el hombre es inmortal.....

La virtud pobre, oscura, perseguida,
que paga el mal con bien, sin duda siente
su destino inmortal, cuando consiente
en dar por odio caridad y amor.

¡Oh Cristianismo! Tú eres el apoyo

de la inocencia! De la ley humana
tú con tu eternidad, ¡oh ley cristiana!
reparas la injusticia y el error!

Nuestra inmortalidad es necesaria
á la justicia eterna: ella es quien vela
el lecho de la virgen, centinela,
guarda el honor del tálamo nupcial;
ella contiene al poderoso, al débil
ella alienta y sostiene en su camino,
ella guarda al rico del pobre; al asesino
sorprende y le arrebatá su puñal.

Que observando las fórmulas del foro
pille al ladrón y goce del pillaje;
que mintiendo virtud moje y ultraje
el hipócrita al Dios de la verdad;
que el vil calculador dé su provecho,
discordia y guerra en la nación encienda,
y á su indigna ambición le dé en ofrenda
la Sangre de la pobre humanidad.

Que al que rehusa ser cómplice en su crimen
vaya á acusar la adúltera burlada,
y haga caer el déspota la espada
sobre el honor que reventó su red;
que la avaricia y el orgullo heridos
por la actitud estoica del patriota,
leguen su fama, por la envidia rota,
de la feroz calumnia á la merced;

que triunfe en fin, cual suele, sobre el mundo
la hábil perversidad, y á la mentira
dé honor la historia y cánticos la lira,
Dios no por eso deja de existir;
tres del poder del mundo y su apariencia
está ese Dios de la verdad amigo,
y está la eternidad de su castigo,
y está su premio espléndido y sin fin.....

¡Santa inmortalidad! ¿Qué fuera el hombre
si no oyese tu voz? Sin tí el delito

fuera del orbe el poseor maldito,
odiado siempre, pero siempre rey,
y aquel valor y caridad sublimes
que solo inspiras tú, y el mundo admira,
se trocarán en cálculos y en ira,
y el egoísmo universal en ley.

Y el enemigo peor del egoísta
en su egoísmo: el daño propagado
vuelve hacia el enemigo rechazado
por la herida y doliente sociedad.

¿Qué fuera el mundo al cálculo sujeto
de todos sobre todos? ¿Quién creyera
á su hermano jamás? ¿A dónde fuera
oh Religión!, sin tí la humanidad?

Tus grandes resultados milagrosos,
¡he aquí tu prueba, Religión divina.

Quien niega tu benéfica doctrina,
á su patria y al mundo hace traición.

Necio infeliz en su insensato orgullo
sus palabras ensarta en argumento,
y opone sólo frases al portento
de veinte siglos de virtud y acción.

Sosténme, oh Religión! Al que contrito
posa la mustia sien en tu regazo,
siempre para hacer bien sóbrale el brazo,
siempre le falta para el mal valor.

Seguirte es hacer bien á mi enemigo,
darle de honor y caridad ejemplo,

y hacer del limpio corazón un templo
digno de dar albergue al Creador.

Julio Arboleda

La virtud, la ciencia y la poesía se han junta-
do para elegir una reina que las domine y las diri-
ja, y de mutuo acuerdo han nombrado á la Reli-

gión... Lo han hecho así porque la Religión es una necesidad de la inteligencia, una aspiración del corazón y una corona de la virtud. La virtud, por boca de uno de sus representantes, Gatri, exclama: "Si no tenéis en vuestra Astronomía ni poesía, ni filosofía, ni Religión, ni moral, ni esperanzas, ni conjeturas de la vida eterna; si ante los sublimes caracteres y el sello de omnipotencia que ostenta la obra de Dios, sois capaces de mirar sin ver ni comprender, entonces..... ¡oh! entonces, yo os compadezco." (1) La ciencia, representada por uno de sus mayores genios, Juan Keplero, de Witemberg, dice: "Antes de alejarme de esta mesa sobre la cual he escrito todas mis investigaciones escribe en la última página de su *Astronomía nova* sólo me resta elevar mis manos y mis ojos al cielo y dirigir mi humilde plegaria al Autor de toda luz. ¡Oh tú, quien, mediante la luz que derramaste en la naturaleza despiertas en nosotros los deseos de la divina luz de tu gracia, á fin de que seamos transportados á la luz eterna de tu gloria: gracias te doy, Señor y Creador, de todos los goces que he sentido en medio de los éxtasis en que me veía arrebatado al contemplar la obra de tus manos. Acabo de componer un libro, fruto de muchos trabajos y desvelos, para proclamar ante los hombres la grandeza de tus obras: ¿me habrán engañado la admirable belleza que ostentan? ¡Ah! si de mi pluma se ha deslizado algo que sea indigno de tu majestad, dignate hacérmelo conocer."

(1) Sources ch. IX

para borrarlo".... La gaja ciencia también con su lengua de oro exclama:

"Vengo de Dios, donde mi vida empieza,
eternidad y tiempo, noche y día,
espíritu iumortal, naturaleza,
línea, color, contorno y armonía
de la tierra, del mar, y de los cielos,
de las almas los místicos anhelos,
todo es mi reino: soy la Poesía."(1)

No sé quién fué el que dijo esta expresión, que ha llegado á ser célebre: "Si Dios no existiese, sería necesario inventarlo". Tal es la irresistible necesidad que el corazón humano siente de Dios. Cuando Homero decía que todos los dioses habían nacido del océano que rodea al mundo, se le habría podido apostrofar diciéndole: Te engañas, poeta de la mentira; si Dios hubiera podido ser creado, si hubiera salido de algún océano, sería del océano de nuestros dolores, del mar de nuestras lágrimas; si algunas olas le hubieran producido, habría brotado las olas de nuestras tristezas. No hay corazón por abyecto que sea que no sienta necesidad, siquiera por momentos, de buscar á Dios. En la soledad del campo, á la plácida luz de la luna, en presencia del cielo estrellado, á la vista de los mares, ó contemplando otros cualesquiera de los grandes espectáculos de la Naturaleza, no hay alma tan empedernida, que no lance un suspiro, y exclame:

(1) Devolx García LA POESÍA

“¡Dios mío! Tú existes, yo no te veo;
más, ¿qué importa, dónde estás?”

Esta es la parte humana de la Religión; pero la parte divina, que es la de un Ser infinito, es infinitamente más verdadera, y por ende infinitamente más sólida. Según enseña la Teología, Dios era absolutamente libre para crear ó dejar de crear al hombre. Pero una vez que lo hubo creado, no era libre para abandonarlo. Estaba en su honor, se debía á Sí mismo el ayudarlo. Cierto es que esos deberes que libremente había contraído con su criatura, residían en Sí mismo; pero es el caso que esos deberes existían, y que eran correlativos á los de ésta. He aquí la base, el fundamento de la Religión: el hombre buscando á su Dios con toda la vehemencia, con el ansia suprema de su corazón; Dios respondiendo á ese llamamiento del hombre con todo el amor de un padre, pero de un padre infinito, de un padre el más padre de todos, de quien procede toda paternidad; es decir, del único padre criador y conservador de sus hijos. Nada más sublime y al mismo tiempo más tierno que ese encuentro, ese abrazo de Dios y del hombre, del Criador y de la criatura, que se encuentran en un templo, en un augusto santuario, es decir en lo que constituye la Religión.

Procuraré, pues, mirarla bajo este doble aspecto, desde el punto de vista divino, y también desde el punto de vista humano: Dios y el hombre en la Religión.

Religión, en latín *Religio*, se deriva del verbo

religare, que significa re-ligar, es decir re-atar, atar dos veces. En efecto, si la Religión es el conjunto de deberes que tenemos para con Dios, no lo es menos el conjunto de deberes que Dios tiene para con nosotros. Ese abrazo sacrosanto que llamamos Religión se realiza donde nos encontramos con Dios; El descende y nosotros subimos.

Sucedé con frecuencia que los teólogos católicos disienten en puntos de doctrina que no afectan al Dogma, ni mucho menos á la moral, que es su consecuencia. Pero cuando yo me he puesto á reflexionar sobre algunos de esos puntos en los cuales defieren, y que forman las diferentes escuelas teológicas, me he admirado de que no hayan llegado á un acuerdo. Quizá consista mi admiración en que yo profundizo poco en esas materias. Pero es el caso que persona muy competente en la ciencia teológica me ha dicho que aun hasta los dos teólogos, que son cabezas de las dos escuelas Dominicana y Franciscana, Santo Tomás y Escoto, si hubieran llegado á entenderse, se habrían puesto de acuerdo. Pues bien, tratándose de la creación, las opiniones de los teólogos también están divididas, y parece, sin embargo, bien sencillo acordarlos. Unos dicen que Dios ha creado por pura bondad, por amor. Vió la nada, dicen, un caos informe, y por sola su bondad, por un movimiento de amor, le tendió la mano y le dió el ser. Así nos hizo capaces de conocer y amar para que participásemos de su misma felicidad. Otros teólogos, más elevados pero menos tiernos, dicen que la creación ha

sido hecha por Dios solamente en atención á su gloria. Ambos sistemas son verdaderos; pero su completa perfección sólo se encuentra uniéndolos para que mutuamente se complementen. En Dios no hay prioridad de pensamientos; en El todo es presente. Veía su gloria como objeto final de la creación, pues la Escritura dice que *Dios todo lo ha creado para su gloria*, y veía al mismo tiempo nuestra felicidad, y la quería ¿No contribuye nuestra felicidad á su gloria? Así lo enseña la Teología por medio de uno de sus más ilustres voceros, el Padre Leonardo Lessio.^[1]

Dios ha creado al hombre á su imagen y semejanza. En consecuencia, todo lo que hay de grande y de hermoso en el hombre, en Dios se encuentra elevado á un grado de perfección infinita. Todo lo más grande y hermoso que conocemos de Dios, por medio de la Religión lo conocemos: su bondad, su misericordia, su poder, su justicia. Todo lo más noble y lo más bello que hay en el hombre, lo manifiesta en la Religión: el amor, la adoración, la humildad y la plegaria ¡Oh! verdaderamente la Religión es el artista que arranca las más dulces notas á la Divinidad y á la humanidad. ¡Qué concierto tan armonioso! El hombre adora, y Dios se muestra sensible á la adoración; el hombre ora, y Dios recibe la oración; el hombre se humilla y pide perdón, y Dios lo levanta y lo perdona. Pero es porque ambos se aman. Dios amó primero porque El existe *ab-eterno*, y El es quien ha pro-

[1] *De perfect. divinis*. I-XIV cap. III.

vocado esas relaciones porque su bondad es infinita. Si dijéramos que la Religión es el conjunto de deberes del hombre para con Dios, esto sería nada más que la mitad. Es preciso agregar que Dios se da por obligado por el cumplimiento de esos deberes, que corresponde á esos afectos, recibe esos homenajes, y, lo que es más, en ello funda el motivo para derramar la felicidad sobre sus criaturas tanto en el tiempo como en la eternidad.

Desde cualquier punto de vista que se mire la Religión, ella es siempre lo más importante que hay para el hombre sobre la tierra; ó mejor dicho, es lo único importante, y su descuido encarna una formidable desgracia. A cualquier escuela teológica que pertenezcamos, tenemos que llegar á la conclusión de que esas relaciones de Dios con el hombre son el fin de la creación, porque de ellas reporta Dios su gloria accidental, único móvil de sus operaciones *ad extra*. Guardémonos, empero, de creer que descuidando nuestros deberes religiosos frustraríamos los adorables designios de su gloria; nó: si no glorificamos su misericordia y bondad en el cielo, glorificaremos su justicia en el infierno. Muy á nuestra costa probaríamos aquello de San Pablo á los hebreos: *Horrenda cosa es caer en las mano de Dios vivo*.

Refiere Agustín Thierry en su obra *Conquête de l'Angleterre*, que en cierta ocasión, por allá en el siglo sétimo de nuestra era, consultaba el rey de los northumbrios al gran Consejo nacio-

nal, para ver si sería conveniente que el reino abrazara la Religión Católica. Uno de los guerreros, aunque bárbaro á la manera de su época, en esa ocasión manifestó una sabiduría y una prudencia muy superiores á las de muchos de los hombres que hoy llamamos civilizados. “Rey —exclamó el rudo guerrero—quizá te acuerdes de una cosa que sucede en los días de invierno, cuando tú estás sentado á la mesa con tus capitanes y tus hombres de armas en un salón calentado por buena lumbre, mientras por fuera llueve, nieva y silba el viento. Viene un pajarillo que de un vuelo atraviesa el salón, entrando por una puerta y saliendo rápidamente por la otra. Este trayecto instantáneo no deja de ser muy agradable á la ave-cilla, pues no sufre entonces la lluvia ni el vendaval; pero el instante es rápido, el pajarito se ha escapado en un abrir y cerrar de ojos, volviendo á pasar del invierno al invierno. Tal me parece la vida de los hombres sobre la tierra con su curso de un momento, cuando lo comparo á los siglos que la preceden. La eternidad de esos siglos es para nosotros incómoda y tenebrosa y atormentanos la imposibilidad en que estamos de conocerla. Así, pues, si la nueva doctrina puede enseñarnos acerca de esa eternidad alguna cosa un poco cierta, merece que la sigamos. (1) “Este guerrero

[1] Si no recuerdo mal [cito de memoria], fué el V. Claret quien usó de este mismo símil en sus *Sermones de Misión* para significar la brevedad de la vida. Sobre esta materia hay una poesía, *La muerte desengaño de la vida*, que unos atribuyen á Lope de Vega y otros á Calderón de la Barca.



comprendía lo formidable del problema de la eternidad mucho mejor de lo que es comprendido hoy. Para muchos es la cosa de menos importancia de cuantas tienen entre manos. Se trastornan los asuntos políticos, sube ó baja el cambio, se pierden las cosechas; esto es lo positivo para ellos, lo que merece su atención. Lo demás, Dios, eternidad, el alma, la Religión, ¡oh! eso que lo piensen allá los frailes y las beatas que tienen tiempo, ellos están muy ocupados y asuntos de mayor importancia los embargan.

Los filósofos del siglo XVIII no negaban á Dios; pero decían que estaba demasiado alto para que pudiera oír las oraciones y ocuparse de nosotros: eran unos monstruos. Los de este siglo no merecen el nombre de filósofos, pues no profesan otra filosofía que el sibarismo. Unos de ellos no levantan nunca los ojos al cielo, no se toman el trabajo de examinar la Religión, ni de negarla; para ellos no hay nada más baladí ni más indigno de ocupar el espíritu, dízque de un hombre serio, que esas cuestiones de Religión. No hace mucho tiempo salió en un periódico impío de esta misma ciudad un artículo que concluía con estas, ó semejantes palabras: "Si ellos (los católicos) viven tan satisfechos con las ilusiones que se han forjado sobre ultratumba, que nos dejen á nosotros lo real y verdadero: el comercio, los adelantos

científicos, el progreso de las artes etc." (1) Está bien: con mucho gusto les dejaremos la tierra para quedarnos nosotros con el cielo.

Otros, á quienes el lenguaje humano, á falta de un nombre que les cuadre mejor, los llama ateos, dicen que el hombre clama y pide en vano, porque no hay quien lo oiga, pues más allá del mundo visible no existe nada. Y no necesitamos ir de los tiempos de Proudhon, ni abrir los libros de Virchow y de Vogt para encontrar tales horrores. En estos mismos tiempos, en esta hermosa tierra descubierta por Colón, se han pronunciado tan torpes palabras. En una conferencia dada por Víctor Delfino en la Universidad Obrera de La Plata dijo las mayores insensateces que se han oído en el mundo. Lo más curioso que hay en ella es que niega bestialmente las verdades más fundamentales, como la existencia de Dios, la creación etc. etc. y no da una sola razón que valga, sino que á cada paso invoca ridículamente el testimonio de la ciencia moderna. Es decir que la creencia que ha profesado la humanidad desde su cuna; las verdades que han defendido los mismos genios que invoca Delfino en su conferencia: Copérnico, Galileo, Newton, Faye, Poincaré [el matemático]; los problemas que han examinado y creído los peregrinos ingenios de San Agustín, Santo Tomás, Bossuet, Fenelón, Lacordaire y tantos

[1] El Director propietario de ese papelón ya se ha convencido por propia experiencia que no son ilusiones las cosas de ultratumba.

otros, por sólo el dicho de Víctor Delfino hemos de darlo todo por falso. ¡Parece increíble tanto atrevimiento! y precisamente en el año que acaba de pasar se ha publicado una eruditísima obra titulada "Los cuatro arcanos del mundo", por Carlos José Degenhardt, en la cual se desarrollan justamente los mismos puntos que trató Delfino en su conferencia, y con ellos prueba el autor hasta la saciedad la existencia de Dios y la creación *ex nihilo*.

Pero ¡hay! qué triste es el fin de esos desgraciados que no han doblado la rodilla ante Dios, que no han orado ni dado muestras de Religión. Después de haber gozado, profanándolos, todos los contenidos de la vida; después de haber aplicado sus labios á todas las copas apurándolas hasta las heces, llega la vejez [si es que antes que llegue no ha sonado la hora de la partida], y ese cuerpo gastado ya y semejante á una ruina es incapaz de emociones, y la nueva generación le dice: "Retírate, ha sonado para tí la hora del recogimiento; hé ahí tu fin". Dominado por el fastidio, sin amor, sin esperanzas, suntuosamente vestido, mira con irónico despecho el festín del mundo, al cual ya no puede sentarse, sino es que con aires de joven, causando compasión á todo el mundo, ande mendigando la limosna de algunas horas de felicidad.

Pero el tiempo corre, la vida se escapa y el infeliz se agarra con crispadas manos á los

últimos restos del tiempo, Quisiera engañarse á sí mismo, pero ya no son posibles las ilusiones; el bajel de aquella existencia cruje en toda su extensión; detrás, ni un solo recuerdo consolador; y delante la negra perspectiva de la muerte. ¡Ay! de la doble muerte! ¿Qué seguridad le ofrece aquel *acaso* en que se ha fundado? ¿Y si existe aquel Dios, aquella alma y aquella eternidad que él ha despreciado? [1]

La muerte cansada de esperar, borra por fin de la tierra aquella ignominiosa existencia, y ni una oración, ni una lágrima verdadera honran su memoria. ¿Y después? ¿Y después? La eternidad.....

Un filósofo ha dicho que el hombre es una inteligencia servida por órganos. Ese filósofo era pagano, y se engañó por no haber conocido la revelación, Según dice el Génesis, Dios crió al hombre á su imágen y semejanza. San Juan define á Dios diciendo que es Amor: *Deus charitas est.* ¿No podríamos, pues, con más perfección definir al hombre diciendo que es un corazón, es decir un amor, servido por órganos? El Catecismo dice que Dios crió al hombre para que le conozca, le ame y le sirva, y después le goce. El fin de todo es el amor. En

[1] Recuerdo que una vez dijeron unos jóvenes estudiantes á un noble anciano: "Don N. no crea Ud. en el infierno." El anciano se indignó y contestó enérgicamente, golpeando el suelo con el bastón: "¡Y si va y hay! ¡Y si va y hay!" Nadie se atrevió á replicarle.

efecto, se conoce para amar, y no se ama para conocer. El servicio, es decir las obras, no son el amor, sino las pruebas del amor. La Religión encierra de una manera eminente estas tres partes: el conocimiento que está contenido en el DOGMA, el amor, que se encierra en la ORACION y el CULTO, y el servicio, ó sea la MORAL.

Descartes formuló un entimema admirable, en cuyo desarrollo podría emplearse un volumen entero: *Pienso, luego existo*. El entendimiento concibe todas las ideas, [seguramente por las imágenes que le suministran los sentidos, pues que solo la idea de Dios es innata en el alma], reflexiona, juzga, analiza, compara y deduce. Saíe fuera de sí, y pone su entendimiento en relación con otros entendimientos, los interroga y cree en ellos: ¿Qué es el estudio en su mayor parte sino un conjunto de actos de fe humana? ¿Qué es la amistad? ¿Qué el amor? Nada hay más hermoso que ese acto supremo de fé humana, cuando una criatura débil é indefensa pone su vida, su felicidad y su porvenir en manos de otra más fuente que ella. Si la asaltan vagos temores, á veces sobresaltos terribles, se tranquiliza reflexionando: me lo ha prometido, me ha dicho que me ama. Pues bien, el entendimiento humano tropieza con el entendimiento divino, del cual recibe torrentes de luz. El Padre gusta ponerse en relación con sus hijos, revelarles sus secre-

tos. El entendimiento divino, siendo como es infinito, revela al hombre verdades infinitas, que él por sí mismo no podría alcanzar, pues que si algunas están al alcance de su razón, otras la sobrepujan infinito. He aquí el DOGMA; la palabra de Dios. La fe es el asentimiento á esa palabra. ¡Qué insigne locura sería no creer á Dios! La fe es el primer peldaño de esa triple escala que se sube para llegar al divino santuario de la Religión.

Ya he dicho que el conocimiento es encaminado al amor. El hombre, lo repito, es un amor servido por órganos. Se ama á sí mismo, primeramente, y esto no puede evitarse ni reprobarse tampoco. Pero el amor es comunicativo y sale de sí, y ama lo que le rodea; ciego lo han pintado los poetas. Y si en todas las cosas donde encuentra vestigios de perfección, sombras siquiera de belleza y de bondad se fija con una tenacidad que admira, con cuánta mayor razón buscará su centro en la Perfección infinita, en ese océano de hermosura que llamamos Dios, el cual no sólo lo atrae con sus perfecciones, sino también, y mucho más, con su amor, convidándolo al banquete de su corazón? No hay amores humanos, no hay poema alguno que sea siquiera un débil reflejo de los divinos amores de Dios y del alma en la Oración y en el sagrado Culto. Aquí con más razón podría aplicarse lo que á otro objeto menos noble cantó un poeta:

“Música de las almas peregrina,
que con suspiros trémulos empieza
y con vibrantes ósculos termina”.

¡Qué ternuras, qué delicadezas, qué ardor en esos poemas que llamamos las vidas de los santos, algunos de los cuales parecen novelas á lo divino. (1) ¡Qué serenidad, qué paz se refleja en el semblante del hombre que vive del espíritu de fe y en la práctica de sus deberes religiosos! ¡Qué dominio sobre sí mismo! Ese no sé qué suave y puro que respira todo su ser, apaga los deseos terrenos y eleva su espíritu hacia lo infinito. ¡Oh! ciertamente que no hay nada en el mundo que pueda más legítimamente envidiarse.

Cuando el ángel caído sedujo á nuestros primeros padres en el Paraíso para que se rebelaran contra Dios, les hizo una promesa para ellos muy halagadora. “Seréis como dioses”. Irónicamente dijeron las Personas de la adorable Trinidad cuando el hombre estaba caído. “Ved ahí á Adán que se ha hecho como uno de nosotros”. Pues á pesar de lo caro que le costó al hombre su apetito de divinidad, se le había profundizado tanto en el corazón, que no lo han podido arrancar de ahí casi sesenta siglos de miserias, de amarguras y de lágrimas. Con toda la sangre fría de un héroe se atreve

[1] Así pueden llamarse algunas de esas vidas, por ejemplo, la del Padre Bernardo Hoyos y la de Gemma Galgani: *novelas á lo divino*.

á poner su confianza en sí mismo. Sólo cuando ve su impotencia, cuando se convence por propia experiencia de su debilidad, sale para buscar socorro fuera de sí mismo. Pero como al entrar en el templo augusto de la Religión se ha regenerado en las aguas del Bautismo, en ese Sacramento le han sido infusas las virtudes teologales, y sabe que sólo del Cielo puede esperar socorro. Por eso empieza á apoyar su corazón en el Corazón de Dios, y Dios al manifestarle su amor le hace concebir esperanzas inmortales. Le da leyes, lo instruye, le señala el camino; he aquí la MORAL. La MORAL es, pues, la ley paternal del amor impuesta por el Padre Celestial y recibida filialmente por el hombre ¡Cuán conmovedora es esa ley, que no encierra sino decretos dictados por la amorosa solicitud de nuestro Padre.

Reunidas están, pues, en la Religión aquellas tres ramas que constituyen el tronco del árbol de la vida del hombre acá en la tierra: conocer, amar y servir á Dios. Esas tres partes de la Religión, el Dogma, la Oración y la Moral, son como la génesis de las tres virtudes que nos unen á Dios desde este mundo. Pero su consumación está en el cielo, donde sólo perservera la caridad, pues á la fe sucede la visión y á la esperanza la posesión
¡Oh caridad,

“que entre suspiros trémulos empieza
y entre vibrantes ósculos termina”!

He intentado decir algo sobre la Religión, sobre esos dos amores que se buscan en el tiempo para abrazarse en la eternidad: el amor de Dios desbordando y buscando al hombre para hacerlo feliz, para comunicarle su propia dicha; el amor del hombre, buscando otro amor capaz de llenar el vacío de sus aspiraciones. Si he conseguido siquiera una parte de mi objeto, esto me basta.

La Religión es el perfume que embalsama toda la naturaleza con la presencia de Dios. En la florcilla que se oculta, en la fuente que murmura, en la brisa que susurra, en el astro que centellea, doquiera hace ver la mano omnipotente. Pero su complemento está en el cielo, en los eternos éxtasis y en los abrazos del amor de Dios.

H. S. Barrera.





EL CORAZON Y LA CABEZA

POR

JOSE SELGAS

I



La vida del hombre tiene también su centro de gravedad.

Este centro, que ejerce sobre nosotros una atracción poderosa, es el matrimonio.

El hombre cae en él por su propio peso.

Después de dar muchas vueltas al rededor de felicidades imaginarias, de placeres fugitivos, de dichas pasajeras; después de correr de un punto á otro con la agitada inquietud de los deseos nunca satisfechos; después de andar sin descanso por todas partes, sin encontrar ni satisfacción ni reposo, se detiene fatigado, medita, se da una gran palmada en la frente, y se sienta; es decir, se casa.

Hay un día que tiramos una raya por debajo de nuestros veintinueve ó treinta años

para sumar las diversas cantidades de locuras, pasatiempos y extravíos que la juventud arroja á nuestros ojos cuando se decide á separarse de nosotros para siempre.

Esta operación nos da siempre una triste suma de ceros.

Después de tanta agitación, de tanta inquietud, ¡bah! y buscamos algo y no encontramos nada. ¡Cuántas ilusiones desvanecidas!... ¡Cuántos deseos disipados!..... Cuántas esperanzas perdidas!

Parece que despertamos de un sueño en el que todo ha sido imaginario, ó que salimos de un teatro en el cual todo es mentira.

Nuestra sorpresa es igual á la que experimenta un avaro al averiguar que el tesoro guardado cuidadosamente en el fondo de su gabeta sólo se compone de monedas falsas.

El hombre es una planta, y hasta ese momento no ha hecho más que cubrirse de hojas que se caen, y de flores que se agostan.

Entónces se detiene y piensa lo que probablemente pensará le viajero extraviado al descubrir que el camino que lleva no conduce á ninguna parte.

Detrás de esta averiguación está el matrimonio: el que dobla la esquina de esa observación, dobla la cabeza ante la realidad de las cosas, tiende la mano para asirse á la última felicidad que la vida le ofrece, y, claro está, se casa.

Ahí nos esperan todas las mujeres: es el punto en el que verdaderamente se unen las dos mitades del género humano.

Rafael había cumplido ya veintiocho años, y Esteban se acercaba á los treinta.

Ambos se hallaban unidos por el lazo estrecho de una amistad íntima que había nacido en la adolescencia y había seguido inalterable en la juventud; se habían educado juntos, y la costumbre los había hecho inseparables. Nada, sin embargo, más opuesto entre sí que estas dos naturalezas.

Se encontraban estrechamente unidos por el vínculo que une al anverso y al reverso de una medalla.

Habían llegado á ser como las dos partes de un todo, y, como los gemelos de Siam, iban siempre juntos, aunque no estaban unidos por el pecho sino por la espalda.

Esteban todo lo calculaba, Rafael todo lo sentía.

Los extravíos de Estéban eran, digámoslo así, correctos, alineados; había cierto orden severo en sus locuras; eran sus vicios razonables, y llevaba perfectamente reglamentadas sus malas costumbres,

En el juego procedía siempre con un juicio admirable, con la seriedad de un geómetra que resuelve un problema.

Antes de poner su dinero á una carta, estudiaba los incidentes del juego, pensando cor

escrupulosa atención todas las probabilidades favorables y adversas; calculaba los desvíos y las inclinaciones de la suerte. Antes de jugar veía jugar mucho tiempo, parecía que esperaba la fortuna para sorprenderla, empeñado en darle reglas al azar y reglas fijas á la suerte.

Se reía de la casualidad, y no hacía gran caso de la Providencia. El cálculo era el móvil de todas sus acciones, la regla de todos sus pensamientos.

No era muy diestro en el manejo de las armas, pero no era impetuoso y poseía el secreto de las estocadas que el llamaba *infalibles*.

En toda mujer veía un enigma, que inmediatamente se obstinaba en descifrar. Las estudiaba mucho más que las quería, prefiriendo siempre las mujeres ricas á las mujeres hermosas.

Rafael era todo lo contrario; jugaba con delirio, se batía con arrogancia y amaba con locura. De la primera mujer que le gustaba hacía en el acto su felicidad presente, su felicidad futura, y hasta su felicidad pasada; en la primera carta que se le ponía delante veía siempre su fortuna; en los lances que llaman de *honor* no pensaba nunca en herir y matar, sino sólo en batirse.

Todo lo que Esteban tenía de juicioso y ordenado, tenía Rafael de informal y de loco.

Esteban daba muchas vueltas antes de lle-

gar al fin que apetecía, mientras Rafael se lanzaba como un rayo sobre el objeto de sus impacientes deseos.

Ana Bolena habría elegido á Esteban para ministro, y á Rafael para favorito.

Cuando al primero le salía mal la cuenta, fruncía el entrecejo, se atusaba el bigote muy suavemente y decía:

—¡Bah! He sido un tonto.

Cuando el segundo conocía la injusticia de alguna de sus ligerezas, se golpeaba la frente, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Soy un miserable!

Ambos gozaban de los favores de la buena sociedad: Esteban porque era temible; Rafael porque era adorable.

II

Un día se encontraron en la calle á una hora en que no solían verse. Llevaba Rafael la dirección de la casa de Esteban, y éste parecía que iba á casa de Rafael.

Iban encontrados como siempre; y como siempre, cada uno se opuso al camino del otro. Los dos se detuvieron; no era Rafael el que tenía el pensamiento más pronto; pero su lengua se anticipaba siempre, porque hablaba sin pensar. Por eso, cuando incurría en lo que Esteban llamaba una *inconveniencia*, y se veía reconvenido se excusaba diciendo:

—Tienes razón; lo hice sin pensarlo.

Se encontraron, pues, y Rafael le preguntó á su amigo, poniéndole las manos en los hombros:

—¿Dónde vas por aquí?

Esteban se valió de un gesto para tomarse tiempo, ó para eludir la pregunta, porque no entraba en su sistema mentir más que lo absolutamente necesario: si podía callarse la verdad, se la callaba.

Tomó Rafael el gesto por repuesta y añadió:

—Pues mira, me alegro de encontrarte... .. Imagínate que iba á tu casa. Tengo que hablarte de un asunto que me interesa mucho.

—Tienes cara, dijo Esteban, mirándole fijamente, de haber hecho alguna barbaridad.

—No, le contesto: hasta ahora no ha hecho más que pensarla.

—¡Me asombra!... ¡Pensarla! ¿Desde cuándo has caído en la manía de pensar?

—Hace ya muchos días que me suelo sorprender pensando. ¿Te parece esto muy extraordinario? Pues mira, á mí también me lo parece.

—Vamos ¿qué piensas?

—Prepárate como si fuese á estallar una bomba en tus oídos: agárrate á mí para no caer de espaldas. Vas á oír una cosa inaudita. ¿Estás dispuesto?

—Habla, contestó Esteban; me tienes muy acostumbrado á tus desatinos.

—Este es el disparate del siglo.

—Lo creo.

—Oye..... pienso..... ¡casarme!

—¡Casarte.....! ¿Cómo diablos se te ha ocurrido semejante idea?

—En honor de la verdad, no se me ha ocurrido.

—Eso ya es otra cosa.

—La he soñado.

—Vamos, entonces es que estás durmiendo todavía: despiértate y hablemos formalmente.

—Verás: he soñado que la soledad es triste, que era yo un pájaro solitario que volaba de una parte á otra sin poder estar me quieto en ninguna..... un pájaro sin nido..... Cansado de dar vueltas en la cama desperté..... me dolía todo el cuerpo, y sin saber cómo me encontré repentinamente sorprendido con la idea que acabo de comunicarte, sin que pueda yo adivinar quién me la ha metido en la cabeza.

—Quiere decir, añadió Esteban, que será una idea como todas las tuyas: fugitiva.

—Nó; es cosa resuelta: me caso aunque el mundo se hunda.

—¡Casarte.....! ¡casarte.....! repitió Estéban con burlona sonrisa.

—Eso mismo hago yo desde que me encontré con esta idea: levanto los ojos, abro la boca, me encojo de hombros y exclamo á cada momento: ¡Casarme! ¡casarme!

Frunció Estéban la boca elevando el labio inferior a una altura respetable, y moviendo la cabe-

za de un lado á otro con la lentitud de la balanza que pesa el *pro* y el *contra* dijo:

—Pha.... ! bien mirado no está el mal en casarse.

—Pues ¿en qué está el mal? preguntó Rafael con ingenua curiosidad.

—El mal está en que seas tú el que te cases.

—¿De forma que si me empeño en ello me veré en la necesidad de buscar á otro que se case por mí?

—No debes empeñarte en ello.

—Por qué?

—Porque tú no debes casarte nunca. Sería una insigne locura.

—Tú eres muy razonable. Todo lo razonas, y no creo que en esta ocasión me ocultes el por qué de tu temerario juicio.

—La razón es muy sencilla. No debes casarte, porque eres un loco.

—Magnífico! Yo soy un loco que no debo casarme, porque sería una locura. ¡Ve tú aquí una cosa que no entiendo.

—El matrimonio es un asunto muy serio.

—¡Demonio! Entónces, ¿cómo es una locura casarse?

—La locura consiste en que tú no eres para casado.

—¿Estoy yo acaso de non en el mundo..... ?

—Así lo creo.

—¿Por qué razón?

—Porque tú no sabes elegir.

—Elegir.....! ¡Vaya una salida!..... Si la mujer con quien uno ha de unirse para toda la vida se eligiera, como se elige una tela, una joya ó un diputado, me encontraría á estas horas unido por los lazos indiscutibles del matrimonio con la mitad, por lo menos, del género humano, porque te aseguro que, una con otra, todas las mujeres me gustan; pero ten entendido, calculador insensato, que la mujer que ha de cautivar nuestra voluntad y ha de llenar nuestra alma, no se elige: se encuentra.

Esteban hechó las manos atrás, y soltó una carcajada, exclamando:

—Infeliz.....! Entreveo tu destino.....! Y después de todo, es lo más natural del mundo. Vas á seguir la suerte de todos los seductores. Por lo visto no quieres perder la celebridad que te han proporcionado tus empresas amorosas, y vas á hacer un matrimonio ruidoso..... Vamos á ver: ¿qué has encontrado? Cuéntame esa novela.

—Maldito el efecto que me hacen tus palabras, porque ya sabes que mis disparates no ceden ante tus burlas. Tu alma es un cartabón, y tu pensamiento un compás. Hombre de hielo... si tú la vieras, te derretirías como la nieve cuando el sol la ilumina.

—No necesito verla para imaginarla, y te aseguro que no me derrito. Una cara fresca, unos ojos hermosos, una voz dulce, un cuerpo lleno de gracia: juventud, belleza, pasión..... cuanto le es indispensable á una mujer como ella para atrapar á

un hombre como tú. ¡Lástima fuera que la heroína de tu novela tuviera los ojos torcidos y la boca grande, ó la nariz larga! Claro está que ha de ser la misma Venus de Médicis. Fidias no la haría más perfecta. Convengo en ello; más convén también en que todas esas perfecciones se encuentran al volver de cada esquina. Esa es la suma en bruto, de la que el tiempo, las enfermedades y los disgustos se encargarán de ir restando uno á uno ó dos á dos, todos sus encantos

Rafael movió la cabeza con aire de resuelta incredulidad, y su amigo continuó diciendo:

— No? ¿no te acomoda eso? Pues bien: supongamos que obtiene el singular privilegio de una juventud perpetua y de una belleza eterna. Tú no querrás morir demasiado pronto, y tendrás que envejecer, y calcula cual será tu suerte si al cabo de unos cuantos años te ves marido sexagenario de una mujer joven y hermosa.

— Tus razonamientos, dijo Rafael, son concluyentes; pero no hay que darle vueltas: me caso.

— ¿Qué mujer es esa?

— No es mujer; es un angel.

— Por supuesto, caído del cielo..... eso es de cajón.

— Con una alma!.....

— ¿La has visto?

— Sí.

— Cómo?

— Viéndola á ella.

— Sin duda, añadió Esteban sonriéndose, la ca-

ra es el espejo del alma. Sigue, sigue. ¿Dónde la viste por primera vez? Porque supongo que este amor sería de golpe y porrazo; acaso repentino, como el de una aplopegía.

—La primera vez la ví de un modo muy particular.

—Hola!

—Y aun me parece que la sentí antes de verla.

—Ya lo creo! Tú vives viendo visiones. Además, ese es el orden en los amores de esta especie. La amabas antes de verla. ¡Vaya! Más que un encuentro, es una intuición, un golpe de genio..... ¡Ah Rafael! Eres famoso.

—Hace tres meses, me levanté una mañana con un humor de todos los demonios. Imagínate: la noche antes había perdido sesenta mil duros.

—¡Sesenta mil duros! exclamó Esteban asombrado. ¡Tú nunca has tenido esa suma!

—Es verdad pero he podido tenerla.

—¿Jugaste sobre tu palabra?

—No.

—Entonces.....!

—Tú dices que cuando se juegan diez mil reales y se pierden, no se pierden solamente diez mil reales, sino todo lo que con ellos hubiera podido ganarse. Calcula tú si con esos quinientos duros no habría podido ganar sesenta mil.

—Exacto.

—Salí de mi casa agobiado por el peso de la cantidad que había perdido; y explícame tú cómo pesa tanto en el alma el dinero que no se lleva en el



bolsillo. Crucé una calle, y luego otra, y después otra. Yo no sé como me encontré en la plaza de Oriente. Una vez allí, mi primera intención fué perderme en los solitarios paseos del Campo del Moro. De todas maneras estaba perdido..... Más varié de parecer, y le volví la espalda á la Cuesta de la Vega; la calle Mayor se me puso delante, y entré en ella.

Esteban le interrumpió diciéndole:

— No sé donde vas á parar, pero presumo que cuanto acabas de referirme es completamente inútil. Para encontrarse en Madrid una mujer más ó ménos hermosa, no se necesita dar tanta vuelta.

— Se necesita, contestó Rafael, pues sin esa vuelta probablenenee no la hubiera encontrado. Ello es que entré en la calle Mayor y me detuve delante de la puerta de Nuestra Señora de la Almudena.

— ¡Maguífico.....! exclamó Esteban: aun no habría tropezado con su futura, y ya estaba en la puerta de la iglesia.

— Justo.

— Vamos, sígite, sígite.

— Sentada en el primer escalón de piedra que hay que subir para entrar en el templo, una niña de siete á ocho años lloraba amargamente, cubriéndose el rostro con las manos, como si quisiera detener el diluvio de lágrimas que salía de sus ojos. Me acerqué á aquella criatura, y quise enterarme del motivo de su pena, y entre amargos

sollozos que entrecortaban su voz, me contó que había perdido la friolera de siete pesetas, que era el jornal de la semana que la pobre niña ganaba no sé en qué taller, y que las había cobrado ella porque su madre estaba enferma. Algunos curiosos se habían acercado, y cada uno pensaba del caso lo que tenía por conveniente. Unos culpaban á la madre, sin duda porque estaba enferma; otros culpaban á la niña, talvez porque no tenía veinte años, como si siete pesetas no pudiera perderlas cualquiera al volver de una esquina. Figúrate, había yo perdido quinientos duros la noche anterior al volver una carta. No faltó, en fin, quien, murmurando á mi espalda, dijo: «¡Farsa, pura farsa!»

—Ese estaba en lo cierto, añadió Esteban.

—Pues mira, al oirlo tuve intenciones de taparle la boca con la mano; pero detuve el bofetón que me bullía en los dedos y eché mano al bolsillo, y como quien aboca un cántaro, lo vacié en la falda del vestido de la niña, que se deshacía en lágrimas. Era una provocación, á la que nadie contestó, y el hombre de la *farsa* tomó el prudente partido de coserse la boca. En este momento fué cuando ví aparecer ante mis ojos la figura más bella que he visto en mi vida.

—¡Yá pareció aquello! dijo Esteban.

—Imagínate, siguió diciendo Rafael, una falda negra y un manto con velo.

—Espérate, exclamó Esteban, como quien se siente acometido de una idea repentina, pero estoy

en ayunas; tú, héroe de la presente novela, no creo hayas tenido el mal gusto de almorzar, de manera que te convidó á que presencias como este hombre de hielo almuerza en el primer café que topemos al paso; miéntas yo engullo, tú hablas.

—Acepto, contestó Rafael.

III

Se había engañado Esteban, porque, una vez instalado en el café, Rafael tomó una parte activa en el almuerzo.

—Ves, dijo su amigo, que eres un enamorado vulgar, que sueñas con una basquiña negra y un manto con velo, y, sin embargo, almuerzas solo-millo de vaca.

Rafael no pudo contestar, porque tenía la boca llena; y para desembarazarse del obstáculo que le trababa la lengua, tuvo que apelar á un soberbio sorbo de Valdepeñas. Entonces se apresuró á decir:

Sea lo que tú quieras; pero detrás del velo de ese manto, de que tú te burlas, brillaron para mí una mirada y una sonrisa que no olvidaré nunca, y que recordaré hasta después de muerto.

—¡Una mirada y una sonrisa! ¿Eso es todo lo que has visto?

—Eso.

—No es mucho, y, sin embargo, es bastante.

—¡Ya lo creo! exclamó Rafael, saboreando el recuerdo.

—¿Una mirada y una sonrisa que te dirían á quemarropa: *Yo te adoro?*

—No.

—Pues ¿qué te dijo? O por lo ménos, ¿qué entendiste tú?

—Sus ojos me miraron con tierno agradecimiento, y su boca me ofreció en muda sonrisa las más expresivas gracias.

—Gracias...? por qué?

—Por lo que había hecho con la niña.

—Yá!

—¿Te vas enterando?

—¿Acaso la niña era hija suya?

—Para los corazones nobles todos los desvalidos son hijos.

—Y bién!

—Alzó el velo que cubría su rostro, bajó la escalinata de piedra, enjugó sus lágrimas, y, asiéndola de la mano, se la llevó, llevándose también mi alma.

—Pero ¿que demonio tenía ella que ver con esa chiquilla?

—Ya te lo he dicho: tenía que ver mucho: la unía á ella el vínculo estrecho que une á la generosidad con la desgracia.

—Oh, qué sensible!

—Mucho.

—Pues mira, las mujeres sensibles son las que suelen dar más sentimientos.

Rafael hizo un gesto de desden, y siguió diciendo:

—Yo las seguí á una discreta distancia hasta que las ví entrar en una casa de modesta apariencia. Esperé algunos minutos, y después la portera me enteró de todo lo que yo quería saber. La niña vive con su madre en una buhardilla, y *ella* en el cuarto cuarto con su abuela, anciana imposibilitada, á quien la niña cuida con cariñoso esmero.

—¿Y sale sola?

—Sí: no sale más que á misa.

—¡Ay, Rafael! ¿te has enamorado de una beata? En ese caso tendrás que hacer confesión general, y tendrás que echarle flores con el rosario en la mano. ¡Harás un sacristán admirable!

—Bueno: tus burlas me entran por un oído y me salen por otro..... Tú no crees en nada más que en tus cálculos, y yo creo en todo.....

—Tú eres niño, contestó Esteban, y yo soy un hombre; por consiguiente, todo eso que me estás contando no es más que una niñería.

—Será; pero hace tres meses que me son indiferentes todas las mujeres, insulsas todas las conversaciones; me fastidia jugar, me canso en el teatro; el gran mundo me marea. Ayer ví á Enriqueta, é hice como que no la veía. Matilde me invitó á comer en su esplendida mesa, y enfermo siempre que me invita, ¿Que es esto?

—Nada.

—Nada, y al día siguiente fuí á Santa María de la Almudena á la misma hora, y la ví, y al día siguiente hice lo mismo, y todos los días lo hago desde entonces, y la devoción y el recogimiento con

que la veo en la iglesia me infunden un respeto tal, que oigo la misa de rodillas, y rezo sin poder contenerme. Ríete, pero escucha; no la veo solamente en la iglesia; he conseguido penetrar en su casa; la visito, yme ama.

—Me asombra, exclamó Esteban. ¿Te ama?..... Eso es formidable: ¿y cómo has conseguido llegar al colmo de tan estupenda dicha?

—La madre de la niña á quien yo socorrí se puso de mi parte.

—¿Si, eh?

—¡Mira tú que combinación tan providencial!

—¡Providencial! dijo Esteban, golpeando una con otra las palmas de sus manos para llamar al mozo del café que les servía el almuerzo.

—Providencial, repitió Rafael, providencial; pues por más que tú te enojas de la Providencia, no por ese deja de existir.

—Corriente: veamos la combinación.

—Imagínate que soy individuo de la sociedad de San Vicente de Paul.

Dió Esteban un salto sobre su asiento, diciendo:

—¡Desgraciado.....! ¿También á tí te han metido en eso?

—También: y bendigo la hora en que tuve tal pensamiento. Hacía un mes que no sabía más camino que el de Santa María de la Alaudena, cuando me hice *Paul*, y entre los pobres que debía visitar y socorrer con los *bónos* de la sociedad,

estaba la madre, aun enferma, de la niña que yo había socorrido. ¿Te enteras?

—Si: me entero. Sospecho que eres víctima de una intriga tenebrosa. Esa mujer te ha servido de medio de comunicación entre la buhardilla y el cuarto cuarto: lo demas se alcanza fácilmente, y creo que no habrás tenido que forzar ninguna puerta, ni violentar ninguna cerradura. Eres un libertino muy temible: ¿tomar por asalto las buhardillas, y entrar á sangre y fuego en los cuartos cuartos!

—Ni más, ni menos.

—¡Café y cigarros! gritó Esteban al mozo que se acercaba.

Rafael dijo:

—En vista de todo esto he resuelto casarme.

—Pero ¿sabes tú quien es esa mujer?

—Sí, un ángel.

—Lo mismo te pareció Enriqueta.

—¡Bah.....!

—Lo mismo decías de Matilde.

—¡Oh!

—Lo mismo pensabas de Julia.

—¡Quizá!

—Hablemos formalmente. Si queda en tu cabeza un resto de juicio, reflexiona un momento; y si reflexionas, si eres capaz de semejante esfuerzo, te reírás de tí mismo. Le volverás la espalda á Santa María de la Almudena para no acordarte más de su nombre, y te apartarás del borde del precipicio en que te encuentras. Entre tanto voy á dar-

te un consejo. Guarda el secreto de tu aventura bajo de siete estados de tierra, que no lo trasluzcan los amigos, que no corra por Madrid, porque, si se entiende el caso, te silbarán. Tus locuras se han hecho célebres, y nadie te perdonará una tontería. Eres *Paul*, oyes misa todos los días y estás enamorado: no se necesita tanto para ser la fábula de las gentes. Eso puede hacerlo una persona insignificante, de esas que pasan por el mundo como sombras, sin que nadie repare en ellas; pero tú te expones á sufrir la rechifla del siglo. ¡Ya se ve! Han creído que debes casarte lo menos con una princesa, y ¡pobre de tí si te atrapas ese ángel con falda negra y manto con velo, que habita en las altas regiones de un cuarto piso!

—Por frías que sean tus palabras, replicó Rafael enfriando el café que humeaba en la taza, no conseguirás helar mi propósito; antes, por el contrario, mi sangre se enardece ante la perspectiva de una lucha con el mundo, y me envanece la idea de encontrarme frente á frente con tan formidable enemigo. Te aseguro que, después de oírte, mi resolución en más irrevocable.

¡—Ven acá, infeliz! ¿Sabes tú qué mujer es esa? ¿Estás seguro de que te ama? Y, sobre todo, ¿has de ser tan mentecato que creas eres tú el primero que recoge las primicias de su corazón, y vas á ser el único? No hagas gestos ni me mires con ojos de Júpiter irritado. Convento en que es hermosa, en que es prodigio de belleza, en que reúne todos los encantos con

que las mujeres listas suelen alucinar á los hombres tontos; pero ¿no ves que es más pobre que las ratas?

—Sí, contestó Rafael; es pobre, tan pobre, que vive de la labor de sus manos; no posee otras rentas.

— ¡Una costurera!, exclamó Esteban.

—Nó: es florista.

—Llámale *hache*, es un género sospechoso que abunda mucho. Conquista de estudiante ramplón, de artesano calavera, ó de músico de *murga*, ni como mero pasatiempo, ni como puro capricho es digno de tí.

—Hablas como un libro, alma de mármol, y no obstante, todavía no has tropezado con la verdadera dificultad.

—¿Tiene más dificultades el caso?

—Tiene una, una sola, en la cual puede estrellarse mi deseo de casarme con esa bella criatura.

—Veamos la dificultad.

—Que ella quiera casarse conmigo.

— ¡Que ella quiera.....! ¡Desdichado! ¡Esa es una cosa que quieren todas las mujeres!

—Me alegro, exclamó Rafael, porque querrá.

—A tu gusto, mula. Por lo que hace á mí, también he pensado casarme.

—Tú.....! gritó Rafael lleno de asombro!

—Yo, contestó su amigo. Es un asunto al cual le estoy dando vueltas hace un año.

—Pero..... ¿te has enamorado?

—No; entonces no pensaría en casarme.

—¡Oh! eres absurdo.

—A tí te lo parece, que tienes el entendimiento al revés. Casarse enamorado, casarse á ciegas, es ir al matrimonio con una venda en los ojos. Eso sería estúpido. Hace un año que estudio todas las circunstancias de la mujer que pienso elegir, y he llegado ya á completar mis observaciones; no me falta más que un dato para reunir en un total exacto la mujer que yo necesito. Así es que como se hacen estas cosas.

—Y dime, Esteban: esa mujer ¿te quiere?

—¡Phs! le acomodo, y basta. Es demasiado juiciosa para incurrir en esos enamoramientos locos que no tienen pies ni cabeza.

—Esteban, ¿te vas á casar con una vieja?

—No: es joven.

—¿Es fea?

—Regular No es tu Venus de Médicis. Fíddias tendría bastante que corregir en ella; pero como yo no la quiero para un museo, me importa muy poco que no merezca la admiración que se tributa á las estatuas de los grandes maestros.

—Por supuesto, ¿será muy rica?

—No pasa en el mundo por tal cosa, y esa circunstancia me es sumamente agradable, pues me ahorra el fastidio de tener rivales.

—¿Es un secreto?

—Nó..... He puesto, digámoslo así, mis ojos en la sobrina del general.....

—Esa, dijo Rafael, ha tenido muchos pretendientes.

—Muchos, añadió Esteban, cuando creyeron que su buen tío era millonario; pero ya se han convencido de que el general no tiene más que su paga, y ya no les ha parecido tan blanca la mano de la sobrina.

—Y tú, ¿piensas casarte con ella?

—Sí; es la mujer que me conviene. No es conveniente entrar á formar parte de una familia sin conocerla á fondo. Y necesito yo acabar de comprender el carácter del general, viejo solterón, gran calavera en su tiempo, y que es el jefe de la familia; quiere mucho á su hermana, esto es, á mi futura suegra. ¡Cosa bien natural, pues la pobre enviudó, y no tiene más amparo que el de su hermano! Pero este hermano es para mí un enigma, y mientras no lo descifre, no me caso. Yo lo trato con mucha intimidad, y me parece que ya estoy en la pista de su secreto.

—¿Qué secreto? preguntó Rafael.

—¡Tomal! El secreto de su carácter. En el fondo es un buen hombre; quiere mucho á su sobrina, que es única.....

—Y á tí, ¿qué te importa el carácter del tío?

—Eres un pobre hombre, le contestó Esteban; me importa mucho.

Habían terminado el almuerzo, y ambos

fumaban, lanzando al aire soberbias bocanadas de humo azul y perfumado.

Esteban llamó al mozo y le pidió la cuenta, y Rafael echó mano al bolsillo, decidido á pagarla.

—Espera, le dijo su amigo: aunque el amor no te ha quitado el apetito, este almuerzo me toca á mí pagarlo; por eso te ofrezco el desquite. Los dos vamos á casarnos. Pues bien: apostemos un almuerzo.....

—¿A qué? preguntó Rafael.

—A que te sale mal la cuenta de tu matrimonio; y como esto es seguro, tendrás ocasión de darme un almuerzo opíparo.

—Convenido; más si tú pierdes.....

—Si pierdo, se apresuró á decir Esteban con la risa en los labios, el almuerzo será espléndido.

—Está hecha la apuesta.

—Está hecha.

Los dos amigos se pusieron de pié, y salieron juntos.

IV

Muchas veces habréis observado el efecto que produce una piedra al caer sobre la tranquila superficie que presenta el agua de un estanque, y habréis seguido con atenta mirada la sucesión de círculos que, partiendo del punto en

que la piedra choca con el agua, van extendiéndose hasta quebrarse en las paredes del estanque.

Es curioso ver cómo cada uno de esos círculos, ensanchándose fantásticamente, pone en movimiento toda la superficie del agua.

El agua es así; comunicativa como las mujeres, como los niños, como los hombres: la impresión que recibe, la esparce, la extiende inmediatamente á su alrededor: no hay forma de confiarle ni el grave secreto de una piedra, sin que al momento no se extienda la noticia, siguiendo el movimiento expansivo de los círculos, que anuncia el suceso en todas direcciones.

El aire tiene el mismo sistema de publicidad.

Como el agua, procede por ondulaciones: el efecto que produce en el agua la piedra al romper la superficie, causa el sonido en el aire.

Un pueblo viene á ser un estanque humano: dejad caer en él una noticia cualquiera, y veréis reproducido el mismo fenómeno; el rumor se extenderá en círculos, que recorrerán más ó menos lentamente toda la superficie de la sociedad de boca en boca y de oído en oído.

La superficie de Madrid se habia puesto en movimiento, por el choque repentino de una especie inesperada que habia caído como una bomba. Casualmente ningún suceso extraordinario turbaba á la sazón el reposo de la vi-

da, y las gentes comenzaban á fastidiarse de la tranquilidad del mundo que parecía muerto.

La piedra cayó en un salón, y su choque se fué sucesivamente repitiendo como un eco en los demás salones. La buena sociedad se hacía lenguas, comentando de diferentes modos el caso que se ofrecía á su encantadora locuacidad. El asunto se hizo inmediatamente de moda, por la sencilla razón de que no había otro de más interés en aquel momento.

¡Buena sociedad! Ante esta combinación de palabras, es preciso bajar la cabeza con amable cortesía, detenerse con respeto, sonreirse y prorrumper de nuevo.

¡Buena sociedad!

Ambas palabras, de ese modo unidas, forman una frase, una designación que viene á ser como un nombre propio con el que se designa el conjunto de seres que brilla en las altas regiones de la sociedad, siendo á esta lo que es la espuma al agua. Lo que hay más ligero, más brillante, más móbile, y á la vez más inalterable, los má grandes sucesos, apenas consiguen conmoverla.

Ella ha visto venir sobre sí esta horrorosa tempestad de pasiones, de vicios y de crímenes que conocemos con el nombre de *revolución*, y ve pasar las catástrofes con la frente serena y la sonrisa en los labios, como si la altura de su posición fuera inaccesible al desastre. Semejante

al fastuoso Baltasar de Babilonia, se verá sorprendida en medio del festín.

No se puede invertir el orden de las dos palabras de que hablamos, sin que la frase pierda el valor de su especial sentido. La lengua castellana, por un capricho que la gramática no explica con excesiva claridad, no quiere, por lo visto, que se confunda la *buena sociedad* con la *sociedad buena*.

No ha querido talvez que se confunda el agua con la espuma, el humo con el fuego, las hojas con el fruto, los rayos con la luz.

De cualquier modo que sea, el mundo de los salones, es, en efecto, un gran mundo; sus horizontes son interminables como el fondo siempre azul de los espejos; su atmósfera es el lujo, su sol la moda, su cielo es la tierra.

En él se encuentra la sociedad verdaderamente amena. Conversaciones vivas, animadas, llenas de gracia; la más fina franqueza, muchos rostros bellos y algunos corazones hermosos.

En esta capa de la sociedad, que por el orden gerárquico es la primera, todo es lo último, porque su forma absolutamente indispensable, es siempre la última moda.

La última manera de saludar que ha venido de Londres.

La última manera de sonreír que ha llegado de París.

El último modo de sentarse.

La última manera de mirar.

Es una sociedad antigua, antiquísima, y, sin embargo, en ella todo es nuevo, porque la novedad es el aire que respira, el aire necesario á su vida.

En estas regiones, era Rafael todo un personaje; su noble figura, sus impetuosos arranques, sus locos amores, sus desafíos y sus generosidades, lo habían hecho célebre: era el hombre de moda. La buena sociedad jugaba con él como un domador de fieras con su león favorito.

Era á la vez la esperanza de las jóvenes que, bien avenidas con el mundo, habían resuelto irrevocablemente no ser monjas. y la desesperación de las que, menos jóvenes, no tenían ya mucho tiempo que perder en vanos galanteos.

Las primeras esperaban que sentara la cabeza, casi seguras de que no había de ser calavera toda su vida; y las segundas se desesperaban pensando que no la sentaría nunca, en vista de que no la había sentado ya.

Unas y otras conocían que en aquel hombre había dos terceras partes de niño; circunstancia feliz para cautivar el deseo impaciente de las más impresionables, porque el amor se pasa la vida jugando y riendo, y á las mujeres les gusta mucho reñir con los hombre y jugar con los niños.

Rafael era por consiguiente el niño mimado.

Se fijaban en él muchos ojos con esa expresión con que miramos una fruta exquisita que no ha madurado todavía.

El sol de tantas miradas había sido inútil hasta entonces, porque el fruto apetecido continuaba verde.

Entre las mujeres que se miran demasiado en el espejo, es frecuente que el amor propio haga las veces del amor, y ocurre que toman la vanidad por cariño; así es que Rafael ejercía una influencia poderosa en el corazón, digámoslo así, de muchas mujeres. Era un objeto de moda, y se lo disputaban como un lazo, como un aderezo, como un vestido, como un coche como un palco.

El, por su parte, se dejaba traer y llevar; le halagaban los fugitivos triunfos que su celeidad le proporcionaba, y era un *coquetón*, que se complacía en infundir esperanzas y alimentarlas. Visto por este aspecto, era un hombre frívolo, capaz de hacerle el amor á una rueda de molino.

Venía á ser, poco más ó menos, para ellas un dije, una joya, que hubiera podido venderse muy cara porque muchas mujeres la hubieran adquirido á cualquier precio.

Se le engañaba fácilmente, pero no se le cogía nunca. Se escapaba precisamente en el momento en que parecía que iba á caer, deján-

dolas con la boca abierta, como los niños á quienes se les escapa el pájaro de entre las manos.

Cualquier comerciante hábil hubiera hecho con él un buen negocio sacándolo á pública subasta.

Su movilidad nacía naturalmente de su buena suerte; contaba siempre con el éxito, y era inconstante como la fortuna.

Su corazón no tenía tiempo para fijarse; se agitaba en un círculo de seducciones continuas que no le dejaban ni un momento de reposo.

Cuando los ojos de Margarita habían penetrado algo en el fondo de su corazón, la sonrisa de Matilde lo encantaba, ó las lágrimas de Julia lo conmovían.

Las alas de su corazón se hallaban siempre en incesante movimiento, como las alas de las mariposas.

Fijarlo era la gran cuestión.

La vanidad más ó menos tierna, más ó menos excitada de muchas mujeres, se hallaba empeñada en esta lucha, cuando estalló como una bomba la siguiente noticia:

«¡Rafael se casa!»

Esta fué la piedra que cayó en el brillante charco del gran mundo.

La noticia era incompleta, y arrancaba de todos los labios una misma pregunta, que para expresarla bien hay que colocarla entre dos

admiraciones, porque la ortografía tiene también sus caprichos. Era á la vez una admiración y una pregunta; la curiosidad y el asombro preguntaban:

«¿Con quien?»

La respuesta la encontraremos más adelante.

Entre tanto la noticia, semejante á una moneda corriente, comenzó á circular por los más altos círculos.

El linaje humano, considerando geométricamente no es más que una ingeniosa combinación de círculos.

Mírese atentamente, y se verá que el círculo es la forma corriente de toda sociedad.

Círculos políticos, círculos elegantes, círculos mercantiles, círculos industriales, círculos privados, círculos viciosos, sea lo que quiera el motivo; la ocasión ó el pretexto, allí donde se reúnen unas cuantas personas, allí se forma necesariamente un círculo.

Esta tendencia manifiesta de la especie humana á la línea curva, puede dar á un matemático y á un filósofo materia para venir á parar á una misma conclusión.

Ambos pueden llegar por distintos caminos á un mismo término, igualmente matemático ó filosófico.

Los dos se tropezarán, encontrándose al volver, digámoslo así, la misma esquina.

Dirá el matemático: «Los hombres son series de puntos que marchan siempre en direcciones curvas, proyectando círculos.»

Y dirá el filósofo: «El hombre es un ser que huye del camino derecho.»

Hay círculos cuyo punto céntrico es una mujer brillante por la triple aureola de la belleza, de la juventud y del fausto.

O de otra manera:

Toda mujer que brilla, tiene un círculo de adoradores.

De todos los círculos, los que se forman al rededor de las mujeres son los más temibles para los padres, para los maridos, para los hermanos.

Son verdaderos sitios puestos á la honestidad, á la virtud, al buen nombre de una mujer.

Esas mujeres, verdaderos soles de la moda, encerradas dentro del círculo de cortesanos que de continuo las rodean adulando sus defectos y lisonjeando sus vanidades, resplandecen como joyas dentro del círculo de espejos en que se contemplan en los aparadores en que se hallan expuestas; son una especie de anuncios vivos que dan á la industria muy buenos resultados, porque ellas son las que extienden y popularizan los caprichos con que la moda, siempre nueva, especula principalmente con la bella mitad del género humano.

Si estas celebridades del gran mundo tuvieran algunos momentos de sobra para pensar en la verdadera naturaleza de la admiración que causan, no se encontrarían tan envanecidas de su propio mérito, porque observarían que la doncella que hace el tocado, la modista que corta el vestido, el joyista que dispone los aderezos, los encajes, la seda, las perlas, los brillantes y el terciopelo, son los que muchas veces obtienen el honor del triunfo.

La mayor parte de esas mujeres brillan, como la luna con la luz que el sol le presta. Si los resplandores del lujo no las iluminaren, vivirían completamente oscurecidas.

Llenos están los periódicos de *gacetillas* que describen las suntuosas fiestas, ya de un salón, ya de otro, y más bien parece que hace el inventario de un almacén de trajes, aderezos y adornos, que la descripción de una fiesta de seres humanos.

El instinto advierte, sin duda, á los cronistas de los salones que hay mujeres á las que debe justipreciarse más por lo que cuestan que por lo que valen.

Toda mujer que tenga á la mano una buena fortuna que consumir, hallará en Madrid siempre abierta la puerta de esta celebridad más envidiada que envidiable.

Tributemos aquí un ligero homenaje á esas glorias humanas, abriendo al paso las dos admiraciones que siguen:

¡Qué profunda debe ser la satisfacción de una madre al saber por la *gacetilla* de cualquier periódico que su hija posee la virtud de un collar de perlas inmaculadas, ó el mérito de un aderezo encantador, de una falda vaporosa, ó de un prendido del gusto más exquisito.....!

¡Con qué tranquilo orgullo averiguará un marido que la tierna madre de sus hijos está públicamente reconocida por un modelo de elegancia, sol de la moda en el cielo de los salones

La marquesa de.....no importa el nombre, tenía su círculo de cortesanos, de adoradores, y repetida por las diferentes bocas abiertas que rodeaban su fausto, había resonado la inesperada, la repentina noticia:

«Rafael se casa.»

Semejante especie causó una impresión vivísima, y nadie supo responder á la pregunta que se había escapado de muchos labios.

La marquesa frunció su audaz entrecejo: Margarita rasgó impensadamente la magnífica tela de su abanico, y las mejillas de Matilde palidiecieron bellamente. Las tres, no obstante, se miraron á la vez y se sonrieron á un tiempo. Estas tres mujeres eran las que entonces se disputaban en primera línea los locos obsequios del afortunado calavera.

Hubo un momento de silencio, durante el que cada cual buscaba, sin duda, quien podría

ser la hermosa criatura ó la rica heredera que había conseguido fijar aquel corazón inquieto é inconstante.

Al fin la marquesa rompió el silencio, diciendo con seguridad desdeñosa:

—No lo creo.

—Pues es positivo, replicó el atildado joven que había llevado la noticia á los salones de la arrogante marquesa. Lo se de un modo auténtico. Ya sabe U. que yo bebo en buenas fuentes.

—No sé, contestó la marquesa, en qué fuente habrá U. bebido anoche; pero es el caso que ha bebido U. a medias.

—¿Por qué? preguntó el joven.

—Es muy sencillo, añadió Matilde; porque averiguar que se casa y no saber con quién, es traer media noticia.

—Señora, yo he traído noticia completa y verdadera Rafael se casa: este es el hecho principal, culminante; lo demás es accesorio, accidental, insignificante.

—No es tan insignificante, señor mío, dijo Margarita; y si U. me apura, le diré que mientras no se sepa con quién, la noticia á mis ojos, por lo menos, es muy dudosa.

—Antes de media hora sabrán ustedes quién es la futura, puesto que le dan tanta importancia á ese pormenor que en nada altera la realidad evidente del hecho de que se trata.

Y diciendo y haciendo salió de la sala tan precipitadamente, que no reparó en Esteban, que entraba al mismo tiempo.

La marquesa esperó que el amigo de Rafael se le acercara á saludarla; pero Matilde no tuvo paciencia, y, al verlo, exclamó:

—Llega U. á tiempo... Acaban de decirnos que su amigo de U. se casa.

—Pues les han dicho á ustedes la verdad, contestó Esteban.

—¿Y cómo es eso? preguntó Margarita.

—Hé ahí una cosa difícil de explicar, él mismo no acierta á darse cuenta de lo que le sucede. Hay por medio una falda negra y un manto con velo. Debajo de ese luto ha descubierto toda una primavera de flores.

—¿Es joven? preguntó uno.

—El dice que empieza á serlo.

—¿Bella?

—El asegura que es un ángel; y si no lo es debemos suponer que así le ha parecido. Además á los diez y ocho años suelen serlo todas las mujeres.

—¿Cómo se llama? preguntó la marquesa.

—Se llama María.

—¿A qué familia pertenece?

—A una gran familia; á la numerosa familia de las gentes desconocidas. Por lo demás, sé que vive con una anciana imposibilitada, á quien llama abuela. Esta anciana es viuda de militar, y dis-

fruta de una pequeña pensión. Me parece que no puedo dar más pormenores.

—Con esa pensión podrán vivir apenas, dijo Margarita, y en ese caso deberá ser una hermosura de buahardilla, verdadero ángel, puesto que vive de tejas arriba.

Celebróse la gracia con una risa general, y Esteban contestó diciendo:

—No tanto: habita en un cuarto cuarto; tiene su nido, como las golondrinas, bajo el alero del tejado.

La marquesa dió á su fisonomía una expresión picarezca bastante graciosa y al mismo tiempo preguntó:

—Y con la corta pensión de la abuela ¿puede permitirse la nieta el lujo de un cuarto de piso?

—Es que no cuenta sólo con la pensión.

—¡Hola... ..! exclamó Matilde: ¿poseen rentas del Estado?

—No, señora, contestó Esteban.

—¿Tiene algún tío en Indias? preguntó á su vez Margarita.

—Tampoco.

—¡Vamos! añadió la marquesa; si no tiene un tío en Indias, puede haber algún primo que la proteja.

Este equívoco de la marquesa tuvo éxito completo, levantando un murmullo de aprobación. Todos los presentes convinieron en que era el chiste más espiritual que habían oído nunca.

La tertulia empezaba á animarse.

V

Esteban calculó, y calculó bien, el gran efecto que debía producir en la tertulia habitual de la marquesa la noticia del casamiento de su amigo, y se complacía viendo que el asunto se había hecho tema obligado de la conversación.

Su propósito era levantar una cruzada contra semejante matrimonio, y contaba para ello con los celos de unas, con la envidia ofendida de otras y con la maledicencia de todas,

No entraba en su sistema la difamación ciega ni la calumnia sórdida; contaba lo que sabía con cierta puntualidad, dejando á los demás el cuidado de las suposiciones malévolas y de los comentarios equívocos.

Realmente, no movía su ánimo ninguna pasión, ningún interés perverso. ¿Qué le importaba á él que Rafael se casara con quien tuviese por conveniente? Pero ¡ya se vé! un matrimonio tan desigual repugnaba á su naturaleza fría, calculadora y egoísta.

Si él hubiera explicado el impulso que lo guiaba, habría dicho que era el interés paternal de un cariño verdadero, pues, como amigo, no debía consentir que cayera en el lazo que indudablemente se le tendía. Para apartarlo del camino que había emprendido, todos los recursos eran buenos, pues, como ya debemos haber sospechado, profesaba el atroz principio de que el fin justifica los medios; por consiguiente, dejaba que Ma-

ría fuera blanco de las más crueles sospechas: es verdad que él, por su parte, no tenía de ella la opinión más favorable: le pareció desde luego que había de ser una de esas virtudes dudosas que ocultan bajo las apariencias del decoro debilidades más ó menos interesadas para no perder la esperanza de encontrar un marido á propósito, que nunca faltan para esta clase de mujeres.

El corazón impetuoso de Rafael era un peligro, pues si llegaba á enamorarse de veras, lo arrostraría todo antes de renunciar á su presunta dicha. Después descubriría el engaño de que había sido victima, y entonces la catástrofe sería inevitable.

De esta manera discurría Esteban, empeñado en salvar á su amigo del peligro en que lo veía precipitarse; y pretendió detener el ciego impulso de aquel amor repentino con las carcajadas del mundo, que lo perseguirían por todas partes.

El fué, pues, el que extendió la noticia, haciéndola correr por los cafés, desde donde se elevaría á los salones, como se elevó é. en efecto.

Así es que Esteban, contestando á las últimas palabras de la marquesa, dijo:

—No sé si hay tío, ó es simplemente un primo, quien ha tomado á su cargo la protección de la hermosa nieta y de la abuela impedida; mis noticias no llegan á tanto: lo que sé positivamente es que la misteriosa ninfa posee la habilidad de hacer flores, según Rafael, de una belleza admirable.

—Yo no puedo convenir, dijo Matilde, en que Rafael piense en eso formalmente.

—Pues es indudable, replicó uno de los circunstantes, y si ustedes conocieran á esa señorita, no lo pondrían en duda; es una belleza irreprochable, y de una conducta irreprochable.

—¿U. la conoce? preguntaron á la vez muchas voces.

—La conozco, contestó, y aseguro que vale la pena.

—En cuanto á la belleza, añadió la marquesa, será un portento; pero U, amigo mío, no es autoridad en el asunto. Es U. demasiado bondadoso con nosotras, y basta que sea mujer para que vea U. en ella todas las perfecciones imaginables.

—Señoras, no digo yo que es una cosa sumamente extraordinaria, que pame ni asombré. Talvez la nariz carezca de la rectitud estética del perfil griego; pero hay tal dulzura en su rostro, una expresión tan suave, tal delicadeza en los contornos, que impresiona vivamente, luego que se para la atención en ella.

Margarita ne pudo contenerse y dijo:

—¡Vamos! es una belleza de primera impresión, y cabalmente las primeras impresiones suelen ser engañosas.

—No tal: el efecto que causa no es repentino sino lento; no es de esas hermosuras que se vienen á los ojos y todo lo dicen de una vez, sino, por el contrario, su belleza parece velada, y poco á poco

se va descubriendo: cuanto más se la ve, más gusta.

—¡Oh! exclamó la arrogante marquesa: pertenece, por lo visto, á esas mujeres de belleza insignificante y vulgar, á las que hay que acostumbrarse para que no parezcan feas.

Matilde deslizó estas palabras:

—Hé ahí una mujer que no debía dejarse ver nunca por primera vez.

Toda la tertulia celebró el chiste; y el que sostenía la belleza de la florista contra el torrente de la opinión pública, dirigida por la marquesa, por Margarita y por Matilde, después de reirse como los demás, dijo.

—Si ustedes me apuran, me veré obligado á emprender la retirada, pues no hay forma de luchar contra tan poderosos enemigos. Si ustedes se empeñan en ello, será fea, horriblemente fea.

—Nó, nó, se apresuró á decir Margarita; no tenemos empeño en ello.

—Entonces, créanme ustedes..... No digo yo que deslumbre, pero les aseguro que cautiva.

—¿Lo sabe U. por experiencia? preguntó Matilde.

—Nó, contestó.

—Esa manera de hablar es sospechosa, añadió Margarita,

—Aseguro empezó á decir.

Pero la marquesa le cortó la palabra, añadiendo:

—No debemos insistir en ese punto: los amantes afortunados son muy discretos.....

—¡Juro, exclamó con vehemencia, que mis pretensiones fueron bizarramente rechazadas!

—¿Luego..... ?

—Ni luego ni antes, replicó: declaro que estuve á punto de perder el juicio por esa bella criatura; pero en honor á la verdad, ella misma me hizo entrar en razón; porque han de saber ustedes que á su bondad me un talento de primer orden, y me convenció plenamente de que debía renunciar á mis pretensiones; ella lo quiso, y renuncié.

Esteban puso la mano sobre el hombro del que acababa de hablar, y con una sonrisa lisonjera, le dijo:

—Amigo mío, eso es inverosímil.

—¿Por qué? preguntó.

—Estas señoras lo dirán, si quieren ser ingenuas.

Las señoras permanecieron calladas.

Entonces una voz algo cascada tomó parte en la conversación, diciendo:

—Las señoras no confesarán nunca que les es siempre agradable verse pretendidas, sea quien quiera el hombre que las pretenda. No renuncian fácilmente á sus conquistas. He ahí sin duda lo inverosímil del caso.

—General, exclamó la marquesa, ¿U. cree en la exactitud de esa observación?

—Creo, señora, que por regla general puede admitirse.



—No hay inconveniente en ello, añadió el pretendiente desdeñado. Admito esa regla general; pero, señores, hay excepciones, y la mía es una.

—Respetemos la modestia de este caballero, y concluyamos reconociendo que la nieta de su abuela es un asombro de belleza y un pasmo de virtud; pero aun así me parece que no es un gran partido.

— ¡Por supuesto! exclamaron muchas voces á la vez..... ¡Una florista..... !

—A todo esto, dijo el general, todavía no conocemos su retrato.

—En efecto, añadió Margarita: no basta decir es bella; es preciso demostrar en qué consiste su belleza. Vizconde, dénos U. una idea de las singulares perfecciones de la ingrata que no ha sabido corresponder á una pasión tan desesperada. Es cosa que U. se la encontrará hecha, pues debe saberla de memoria.

—Sí, sí, dijeron varios concurrentes; venga, venga el retrato.

—Señores, no es tan fácil lo que se me pide: la belleza de María está más en la expresión que en las líneas, más en el conjunto que en los pormenores; y voy á hacer un bosquejo pálido que no va á satisfacer á nadie

—Eso, advirtió la marquesa, es confesarse vencido.

—Nó, replicó el vizconde: es declararme insuficiente.

—Sepamos á lo menos, dijo Margarita, á qué tipo pertenece.

—Tipo..... replicó el vizconde, con aire dudoso. Tipo.....tipoQuizás hay en su semblante algo del tipo hebreo.

—¡Hola! exclamó la marquesa ¡Aquí tenemos una mujer de la Biblia!

El general añadió suspirando:

—Es un hermoso tipo.

—Vamos por partes, dijo Margarita. ¿Ojos?

Al hacer esta pregunta abrió los suyos, dejando admirar el azul aterciopelado de sus pupilas.

—Eso no se pregunta, contestó el general; deben ser grandes, negros, ardientes y dulces.

—Exacto, añadió el vizconde, que brillan bajo dos cejas soberanas.

—¿Peló? preguntó á la vez la marquesa.

—¡Claro está! se apresuró á decir el general: negro, espeso, largo y brillante.

—Eso es, dijo el vizconde: negro, espeso, largo y brillante, formando ondas.

Matilde animó sus mejillas sonrosadas con una amable sonrisa, y pronunció estas palabras:

—Deberá ser bastante morena, un tanto aceitunada; creo que es el color correspondiente al tipo.

Esta vez el vizconde no dió tiempo á que el general contestara, pues se adelantó diciendo.

—Nada de eso: es blanca como la nieve.

—¿Pálida?

—Sí; de una palidez suave y nacarada, como la de las hojas de la azucena.

—Ahora, añadió el general, el retrato se completa por sí mismo: rostro ovalado, boca movable, graciosamente acentuada..... alta, fina, flexible.....

—Cualquiera diría, mi general, dijo el vizconde, que usted la conoce.

—Nó, contestó: no la conozco; pero el tipo no me es desconocido, y si es como acabamos de pintarla, y sobre todo, como yo la imagino, comprendo perfectamente que al insigne Rafael se le haya ido el santo al cielo.

—Sí, añadió Esteban, es un tipo original que puede causar impresión profunda, y he ahí la mujer extraordinaria que ha conseguido fijar el corazón atrabiliario de ese loco, á quien ninguna ha podido sujetar. Es un triunfo cuyo mérito no podemos desconocer. Porque, señores, no se trata de un capricho pasajero.....Rafael se casa.

—Pero ¿será capaz de casarse con una florista?

A esta pregunta de la marquesa, la concurrencia guardó silencio, y Esteban añadió:

—Todos mis esfuerzos han sido inútiles; está decidido y resuelto á arrostrar el ridículo.

En aquel momento entró respirando con violencia el que media hora antes había salido

en busca de nuevas noticias acerca del asunto objeto de la conversación. Entró llevando en el semblante la satisfacción del triunfo, y se adelantó diciendo:

—Todo lo sé: he recogido los datos más precisos. Es una mujer sin padre, sin familia, sin nombre y sin fortuna: es una aventurera.....

—Todo eso, dijo Margarita, lo sabíamos ya.

El pobre hombre se detuvo cortado por aquella salida inesperada, que quitaba á sus averiguaciones toda la gloria de la novedad.

—¡Bah! exclamó la marquesa. Sus amigos deben disuadirle.....La amistad obliga. Yo creo que si lo vieran ustedes al borde de un abismo, todos acudirían á socorrerle; pues bien: lo que harían ustedes por su vida, bien pueden hacerlo por su felicidad.

Esteban tosió y contestó á la marquesa diciéndole:

—Señora, creo que los amigos no conseguirían nada; las amigas me parece á mí que alcanzarían mejor fortuna.

El general intervino, exclamando:

—¡Oh! es curioso esto. ¿Con qué derecho van ustedes á erigirse en tutores de su corazón? Me parece que Rafael ha salido ya de la patria potestad, y no necesita curadores que administren sus inclinaciones.

—Caballero, replicó Matilde, tiene usted el corazón duro como una barbacana, y el frío de los años le ha hecho á usted algo egoísta; si

no, habría comprendido al golpe que se trata de una obra de misericordia: *dar buen consejo al que lo ha de menester.*

—Eso es precisamente lo que yo hago al aconsejar á ustedes que no se metan en un asunto en el que nada les va ni les viene.

—Me parece muy cruel, dijo Margarita, abandonarlo de ese modo á los peligros de un capricho que llorará después con lágrimas de sangre.

—No le falta razón al general, advirtió Esteban. Rafael está ya en edad de saber lo que se hace; y fuera del derecho que da la compasión que inspiran las gentes que no saben manejarse, no tenemos facultad ninguna que nos autorice á meternos en sus asuntos. Se ha enamorado ciegamente; y va á casarse, claro está, con una venda en los ojos. ¡Qué le hemos de hacer! Compadecerlo. Por lo que hace á mí, en vista de la ineficacia de mis consejos y de la inutilidad de mis advertencias, he decidido abandonarlo á su suerte, con certidumbre de que el mundo le hará pagar bien cara su locura.

—Todavía no está casado, replicó Margarita.

—Hay un dato para creer, dijo el vizconde, que este amor le ha cogido de medio á medio.

—¿Cual? preguntaron á la vez la marquesa, Matilde y Margarita.

—¿Cuál? Que hace ya dos meses largos que huye de sus amigos, que está taciturno, que no juega, ni monta á caballo, ni ha tenido ningún lance, ni se le ve por ninguna parte...Vamos.....es hombre muerto.

—¡Basta! exclamó la marquesa: este asunto empieza ya á ser fastidioso. Hablemos de otra cosa.

En efecto: la conversación varió de rumbo; pero no tardó mucho tiempo en volver al tema obligado del casamiento de Rafael.

¡Pobre María! No sabía ella lo que le costaba su triunfo sobre aquel hombre que la moda había hecho adorable.

VI

¿Qué no hará una madre para casar á su hija.....? En este punto me inclino á presumir que el amor maternal ha de tener que dar mucha cuenta á Dios. No todas las madres saben contenerse dentro de los límites regulares cuando se trata de conquistar un marido, sobre todo, si presenta ciertas ventajas materiales; porque si las hijas suelen enamorarse desinteresadamente, las madres se inclinan sin vacilar en favor de aquel, que tuerto ó derecho, joven ó viejo, ofrezca el bolsillo más ancho, más hondo y más lleno.

No es esta ocasión á propósito para bosquejar un cuadro completo, con todos los de-

talles necesarios, las coqueterías, las seducciones, las solicitudes, los medios de atracción, en fin, que despliega una madre poco discreta que se obstina en casar á su hija.

Es asunto más vasto de lo que parece, y necesita un estudio y un espacio de que no puedo disponer en este momento, en que el hilo de la narración tira impaciente de la pluma con que escribo.

Ya sabemos que el general es tío de la sobrina en quien Esteban ha fijado su pensamiento. La madre de esta sobrina es hermana del general, solterón invencible, que ha llegado á los sesenta años defendiéndose heroicamente de las seducciones del matrimonio. Según él mismo dice, ha hecho la campaña de la vida sin caer prisionero. Se vanagloria de su arrojo en acometer, y de la fortuna de sus empresas; pero su orgullo lo funda principalmente en la hábil oportunidad con que siempre supo emprender las retiradas.

Su hermana quedó viuda, y se habría visto reducida á crueles estrecheces si el general no hubiera tomado á su cargo el bienestar de la madre y de la hija. Esta había nacido en la falsa opulencia que dan los sueldos de los altos empleos, opulencia que desaparece al soplo de una censatía, si el alto funcionario se ha contentado con los 40 ó 50,000 reales anuales correspondientes al sueldo de su empleo.

Gracias á la influencia del general, que pesaba tanto como la espada de Breno, el marido de su hermana ascendió rápidamente, conservándose á flote á pesar de las continuos cambios de ministerio que forman el oleaje de este *maremagnum* que llamamos *política*. Mas si estaba asegurado contra el golpe mortal de una censatía, la influencia del general no era bastante para asegurarle el goce perpetuo de la vida.

Quiero decir, que la vacante que no habían podido hacer tantos ministerios, la hizo una sola pulmonía: el alto funcionario cayó herido por esa puñalada que atraviesa los pulmones, el viento sutil de Guadarrama, y la hermana del general quedó viuda. Lloró al difunto con amargas y abundantes lágrimas; pero su hermano la consoló pronto, señalándole una pensión equivalente al sueldo que acababa de perder al quedar viuda.

Ocurrió esto hallándose el general desempeñando un mando importante en América, y á su vuelta á España la sobrina se halló rodeada de pretendientes que aspiraron á su mano, contando con los dedos los millones que forzosamente debió haber traído, no sé si de Cuba ó de Puerto Rico, el ilustre veterano; pero el tío desmintió tan pingües suposiciones reduciéndose á vivir humildemente en la modesta casa de su hermana, sin coches, sin caballos, sin pompas ni boato alguno.

Por algún tiempo se resistió la opinión pública á creer que el general hubiese vuelto á España con las manos en los bolsillos; más viendo la modestia con que vivía, aceptaron la posibilidad del caso como una cosa verdaderamente extraordinaria é inverosímil. Se había echado la cuenta sobre millones imaginarios, y, claro está, al desaparecer la supuesta riqueza del tío, desaparecieron los pretendientes de la sobrina.

No cegaba á la madre el cariño maternal hasta el punto de creer que los encantos personales de su hija pudieran por si solos conquistarle un marido digno de su posición, y luchaba inútilmente con su hermano, empeñada en convencerlo de que convenía aparentar cierto desahogo en la manera de vivir; mejor casa, mejor mesa y un coche siquiera, eran indispensables para que la niña encontrara el partido que su esmerada educación requería. Pero el tío se encogía de hombros, diciendo:

—Gasta á tu gusto mi sueldo de cuartel: no hay otra cosa.

—Eso, replicaba ella, es condenar á tu sobrina, á la hija única de tu hermana, de tu única hermana, á que no se case nunca, porque no ha de apechugar con el primer pelagatos que se presente. Ya ves: tú no eres eterno, y calcula qué será de nosotras el día en que tú cierres el ojo.

—Por ahora, exclamaba el hermano, no pienso en semejante cosa. En cuanto á mi sobrina, hija única de mi única hermana, prefiero que no se case nunca á que vengan á buscar en su mano el *gato* del tío. El que la quiera la ha de querer pobre. ¿Me entiendes?

Y añadía:

—Además, si con mi sueldo no hay bastante para cazar un marido á tu gusto, no sé cómo demonios se ha de arreglar este asunto.

—Lo que yo no sé, contestaba la hermana con la mayor naturalidad del mundo, es lo que tú has hecho. Te metes en un pronunciamiento que pudo costarte muy caro, sólo por ir á América; lo consigues, vas, estás allí dos años y te vuelves lo mismo que te fuiste...Semejante extravagancia es incomprensible. Durante la juventud has sido un loco de atar, y cuando te haces viejo, te vuelves loco de remate.

Siempre que el general se veía acometido por esta observación daba media vuelta y emprendía la retirada, dejando á la viuda el vano honor de una victoria inútil, pues las cosas continuaban del mismo modo, sin que innovación alguna aumentase en poco ni mucho el fausto de la casa.

Tal era el tema obligado de las conversaciones de los dos hermanos. La sobrina no tomaba parte en estas controversias; y si se en-

tablaban en su precencia, huía discretamente, merced á una seña de su madre, que al punto era obedecida.

Ud día el general dijo á su hermana:

—Veo que te domina el deseo inmoderado de casar á tu hija, y es preciso que reflexiones un poco y no violentes las cosas.

La viuda le contestó:

—¡Eso es, me cruzaré de brazos y dejaré que el tiempo pase! ¿Te parece á tí qué se le presenta á tu sobrina el porvenir muy risueño? No: no quiero dejarla sola en el mundo.

—Y con esa inquietud, ¿qué consigues? Nada. Además, no es un caso tan desesperado....

—Cada día lo es más..... Mercedes ha cumplido ya veinticinco años.....

—¡Mire U. que cosa tan rara.....! Veinticinco años los tiene cualquiera; es una edad á la cual se llega muy pronto; pero, en fin, tranquilízate, porque aunque tuviera cincuenta, te prometo que se casará.

—No sé cómo has de hacer ese milagro si no la colocas en una posición brillante, donde luzca la esmerada educación que ha recibido... .. á no ser que te propongas casarla de real orden con algún subalterno. Eso únicamente lo aceptaría yo en el último extremo.

—El último extremo no es ese: precisamente es todo lo contrario. Te prometo, para el caso en que Mercedes perdiera toda esperanza,

un yerno ilustre, que ocupa una alta posición, que si le ocurre la tontería de morirse, le dejará lo bastante para que no tenga que llorar su viudez más que con un ojo.

—¿Donde está ese hombre? preguntó la madre de Mercedes.

—En el mundo se encuentra todavía, contestó el general; y para que saborees de antemano el triunfo de tu hija, te diré que ese hombre es incansable.

—¿Y por qué guardas tan buen partido para el última extremo?

—Porque ese buen partido soy yo, que me casaré con tu hija luego que hayamos perdido por completo la esperanza de que encuentre un marido á su gusto.

La viuda miró á su hermano con asombro, y estuvo á punto de llorar de agradecimiento y de ternura.

—Pero, Fermín, le dijo: tú, que te has resistido siempre al matrimonio; que has rechazado las pretensiones de las mujeres hermosas; tú, que fundas tu gloria en haberte salvado del lazo en que todos caen, ¿será posible?

—Es un sacrificio que hago por tí.

—¿Hablas formalmente?

—Yo, le contestó el general, hasta los mayores desatinos los hago con toda formalidad. No es lo que yo te propongo un disparate insignificante, sino una sublime tontería. Desde luego el hombre que se casa no da una gran idea de

su talento. Tú dirás que la gran mayoría de los hombres se casa; es cierto. *Stultorum infinitus est numerus*: palabras nunca desmentidas, que quieren decir: *Es infinito el número de los necios*.

—Pues sería una gran desgracia que la inmensa mayoría de los hombres tuviera talento, porque no se casarían, y entonces ¡adios mundo!

—Precisamente, replicó el general, para que el mundo no se acabe, ha dispuesto la Divina Providencia que el número de los tontos no tenga límites. ¡Ya ves! A mi edad la tontería no puede ser más completa.

—¡A tu edad! exclamó la viuda: ¡vaya! No eres tan viejo.

—No me adules, hermana; he cumplido ya sesenta y cuatro.

—Creo que te añades años; pero, aun cuando sea así, te conservas muy bien; eres fuerte, y estás hecho un pollo.

—Estoy hecho un *petate*, querida mía, y tú eres muy capaz de encontrarme jóven como un *quinto*, y hermoso como Marte, porque la idea de casar á tu hija te ciega deplorablemente, y ya no ves en mí más que un yerno que te conviene. Tus piropos, pues, me parecen de un gusto detestable.

—Eres feroz, dijo la hermana: ¿no te atreverías á mandar una batalla?

—Sin duda, contestó el hermano: me siento con bríos para hacer saltar mi caballo por la tronera de un cañón; pero me tiemblan los huesos ante la idea de caer á los sesenta y cuatro años en el garlito del matrimonio. No es lo mismo ir á buscar noblemente la muerte honrosa, que resignarse á pasar los postreros años de la vida hacienda la vida de cadete; ¡oh! y el cadete con la mujer propia. Conozco que hay en mi sangre algo de la sangre de los héroes: mas te juro que no tengo nada de mártir. A caballo y sable en mano voy al fin del mundo; pero no tengo valor para estar en berlina un cuarto de hora. Mas se trata de mi sobrina, y sobre todo, de tí, que reventarás si no casas á tu hija; y ante esto cierro los ojos, porque no quiero que te pongas en redículo, y te ofrezco mi blanca mano. No debe ser muy agradable tenerte por suegra; no obstante, cuenta conmigo; en el último extremo, me resignaré á morir siendo hijo de mi hermana.

La futura suegra miró á su hermano con ojos maternales y dando á su voz el tono de la más cariñosa autoridad, dijo:

—Es un enlace que me lisonjea por todos los estilos, y mi hija se dará por muy satisfecha con que tú la prefieras entre tantas que todavía se disputan tus obsequios.

Al oír estas palabras, soltó el general una estrepitosa carcajada, exclamando:

—Sí, presunta y querida suegra mía: aun hay mujeres que se disputan los dos entorchados que adornan las mangas de mi uniforme, buscando una viudez cómoda para pasar el resto de sus días.

—Sea como quieras; pero dime: si te consideras en un estado tan deplorable, claro está que no tienes tiempo que perder; y en tal caso, ¿por qué aplazas tu casamiento con mi hija para el último extremo?

—Por dos razones que no tienen vuelta de hoja.

—Primera

—Porque todavía puede encontrar Mercedes un hombre que llene su corazón, cosa mucho más agradable que hacerla cargar con el estafermo de su tío.

—Segunda..... ..

—Porque lo último que se hace en el mundo es morir, y lo penúltimo que yo haré será casarme con mi sobrina; y, francamente, me divierte el mundo demasiado para que yo desee vivir algunos años más.

—¡Oh! exclamó la madre de Mercedes: has aprendido en los campamentos un lenguaje ininteligible. Expílicate y dí francamente lo que piensas.

—Pienso casarme *in articulo mortis*: si me resigno á ser tu yerno, es con la condición de que seas mi suegra todo el menos tiempo posible.

—Hay una dificultad que puede hacer imposible nuestro proyecto.

—Me admira, hermana mía, tu previsión: ¿qué dificultad puedes tú encontrar á un matrimonio tan ventajoso?

—Una.

—Veamos.

—Supón que te mueras de repente.

—¡Demonio! exclamó el general; la cosa es posible..... y juro por mi honor que no me había ocurrido. Pero no te apures: ya prevharemos esa eventualidad, y ten en cuenta que soy muy capaz de sobrevivirme algunos minutos por dejar viuda á mi sobrina.

Tal era el estado de las cosas cuando Esteban se propuso sondear el corazón de la madre, porque el de la hija creyó, y no sin falta de motivo, que estaba completamente de su parte, cosa bien natural, pues Mercedes no debía mirar con indiferencia á un jóven de buena figura, de finos modales, que gozaba de creciente reputación en el foro, á quien la política ofrecía una carrera, y que se hallaba admitido y que se veía agasajado de los mejores círculos. Es verdad que su aspecto frío y su manera de ser reglamentada, no eran muy á propósito para encender en el corazón de Mercedes el fuego de una pasión; pero la hija de su madre no había de sacrificar á este pequeño inconveniente la felicidad de su vida, porque, por de

pronto, su felicidad era casarse, y el tiempo pasaba rápido como una flecha, llevándose una á una las más risueñas esperanzas.

En una palabra, prefería los cautos y reservados obsequios de Esteban, al propósito, digámoslo así, póstumo de su tío.

Esteban no dudaba de que Mercedes admitía sus pretensiones; dándole de ello testimonio las diversas pruebas que recibía de la discreta sobrina del general, diestra como todas las mujeres en dejarse adivinar por los que tienen algún interés en adivinarlas.

A la madre no se le ocultaban estas mudas inteligencias, favoreciéndolas en cuanto le era dable; porque aun cuando talvez hubiera preferido á su hermano, era una perspectiva demasiado lejana para su maternal impaciencia; además, la idea de la muerte repentina la tenía con el alma en un hilo. Es más: habría sido para ella un motivo de satisfacción poder decirle á su hermano:

—«Javier, hay quien solicita la mano de Mercedes.»

Y ¿quién sabe.....? el corazón del hombre tiene tantas sinuosidades, que acaso el tío sintiera la comezón repentina de los celos, convirtiéndose el general en cadete. Entonces tendría Mercedes donde elegir, y el triunfo sería completo. ¡Oh! cazar á su propio hermano era para la buena señora un golpe maestro.

Por lo que hace al general, veía con gusto las vueltas y revueltas de Esteban, y guiñándose el ojo se decía á sí mismo:

—«Este muchacho, ó es más tonto que un poste, ó es un pillastre que se pierde de vista.»

VII

Imaginémonos ahora la deliciosa sensación que experimentaría la hermama del general al recibir de parte de Esteban la solicitud de una conferencia. Indudablemente el joven iba á presentar sus pretensiones, desembozando por completo su pensamiento.

Veía la viuda en esta conferencia el doble motivo de dos satisfacciones: por una parte la satisfacción del triunfo; por otra parte, la ocasión de una entrevista *tête á tête*, en que desplegaría los poderosos recursos de su astuta diplomacia, remachando el clavo de aquel amor que estaba segura de haber inspirado á medias con su hija. Esteban debía estar encantado del afectuoso interés que la amable señora le demostraba por medio de las más finas atenciones y de los más particulares obsequios.

La encontramos en el momento en que uno de los ordenanzas del general, vestido por disposición de la señora con frac y corbata blanca, le anunciaba la visita del joven pretendiente.

—Gaspar, dijo la viuda con toda la majestad posible, que pase ese caballero al saloncito verde, y que espere.

Diciendo esto, reparó en la actitud del criado que tenía delante, y con mal disimulada impaciencia, añadió:

—¡Baje usted esa mano.....! No sé cuando va usted á olvidar esos saludos militares. Le he dicho á usted mil veces que mi casa no es un cuartel.

El ordenanza bajó la mano de golpe, permaneciendo *cuadrado* como un recluta, y la señora le indicó la puerta, diciendo:

—¡Ea, despache usted!

Giró Gaspar sobre el talón izquierdo, dió media vuelta, y salió derecho con la cabeza alta, marchando al paso redoblado, como hubiera podido hacerlo en un desfile.

—¡Oh! ¡Qué bruto es este hombre! exclamó la hermana del general.

Tal vez hubiera cambiado de parecer, si en lugar de verlo de espaldas, hubiera sorprendido las grotescas gesticulaciones con que el recluta acompañaba los movimientos acompañados de su paso marcial. Entonces quizá le hubiera parecido demasiado listo aquel hombre tan bruto.

Luego que salió el criado se acercó la viuda al espejo, se hechó una mirada lenta y escudriñadora, se hizo á sí misma una señal de aprobación, dirigiéndose con aire majestuoso al saloncito verde.

No se crea que la buena señora conservaba aun pretensiones de agradar por los encantos exteriores de su persona. Nada de eso. Hacía ya algún tiempo que había tenido el discreto acuerdo

de renunciar á la gloria de su pasada belleza. No obstante, todavía no rayaba á los sesenta; pero era una señora bastante juiciosa para no retirarse á tiempo. Otra hubiera esperado á cumplir los sesenta años; pero ella no quiso disimular por más tiempo las arrugas y las canas, y se declaró vieja á la tierna edad de cincuenta y seis años. Hasta entonces había sido una niña bulliciosa; más de repente se hizo grave: hasta entonces había disimulado la edad, ó por lo menos había pretendido disimularla, y al transformarse de niña en vieja, pretendía disimular la indole especial de su carácter.

Su coquetería era seria, reflexiva: coquetería trascendental. Por eso al examinarse en el espejo, no quiso consultar el efecto atractivo de sus encantos, sino el efecto serio, y, digámoslo así, diplomático, más bien, oficial de su severa *toilette*. Quería imponerse previamente al hombre que decididamente y con todas las formalidades de costumbre iba á pedirle la mano no extremadamente bonita de Mercedes.

Aquella madre, sedienta de casar á su hija que bebía los vientos por ser suegra, quería en la presente ocasión crítica y solemne elevarse á las alturas de una dignidad imponente. Consultó, pues, con el espejo la majestad de su porte, y, digámoslo así, la formalidad de su vestido y de sus adornos.

Con el aplomo algo teatral de una gran señora,

ra, entró en el saloncito verde, donde Esteban la esperaba de pie y con el sombrero en la mano.

La presunta suegra tendió la mano con grave afabilidad al presunto yerno, que él estrechó en la suya casi tiernamente, y ella se sentó diciendo:

—Amigo mío, es usted puntual.

—Señora, contestó Esteban, lo soy siempre; tengo el vicio de la exactitud, y espero que sea usted indulgente con esta flaqueza.

—¡Oh! no; la exactitud es una buena cualidad, que más bien merece admiración que indulgencia.

—Es usted muy bondadosa conmigo.

Esteban permanecía de pie, esperando que la señora le invitara á sentarse.

Al mismo tiempo le indicó con la mano una butaca próxima, y Esteban se sentó.

—Talvez, dijo, he incurrido en una indiscreción provocando una entrevista confidencial; y si usted me lo permite, me reservaré el punto que deseaba hablarle.

Sospechó la viuda que sus últimas palabras habían despertado en el ánimo de su futuro yerno el recelo de una negativa, y se apresuró á enmendar su falta diciendo:

—Quiero probarle á usted que no soy tan bondadosa como me supone, y le niego á usted, por consiguiente, el permiso que me pide.

—Eso es colocarme en un verdadero apuro, porque yo contaba con su bondad, requisito indispensable sin el no me hubiera arrevido á solicitar esta audiencia.

La hermana del general se irguió satisfecha, viendo que entraba en la conferencia con una superioridad indisputable. Sin embargo, no le pareció prudente abusar de su posición, porque con un hombre tan tímido, ó más bien tan receloso como su futuro yerno, era expuesto mantenerse en alturas tan inaccesibles. No era cosa tampoco de dejarse caer de golpe. Su estrategia le aconsejaba ceder, sí, pero ceder poco á poco.

—¡Vamos! dijo: usted quiere que le prometa una benevolencia que sea el juicio anticipado y favorable, por su puesto, del asunto que se había propuesto consultarme; y si yo fuera tan condescendiente, formaría usted de mí una opinión poco lisonjera..... Antes de todo, necesito saber de que se trata.

—¿Querrá usted creer, señora, advirtió Esteban, que la primera dificultad que se me presenta es la exposición del asunto?

—En ese caso, contestó la madre de Mercedes, nuestra entrevista será para entrambos muy agradable, lo cual no quita que sea completamente inútil.

—Hay un medio.

—¿Cuál?

—Tengo de su talento de usted la mejor idea.

—¡Oh!

—Sí.

—¡Y bien!

—No le será difícil.....

—¿Qué?

—Adivinar.

—¿Qué quiere usted que adivine?

—El objeto que me tiene en su presencia.

—Eso es tentar mi vanidad.

—No lo creo,

—¿Pues.....?

—El enigma está claro.

—No tanto.

—Para usted , clarísimo.

—¿Soy yo adivina?

—En este caso no necesita usted serlo.

—¿Cómo adivino entonces?

—Lo tiene usted ya adivinado.

—¿Desde cuándo?

—Por lo menos, desde anoche.

—¿Cómo?

—Anoche, al salir del teatro, tuve el honor de que aceptara mi brazo,

—Es verdad.....: vinimos á pie. Hacia una noche tan hermosa!

—Algo fría....., pero magnífica.

—Adelante.

—Desde el momento en que me vió usted en la puerta de su palco, dijo usted para sí: «Esteban tiene algo que decirme.»

—Es posible.

—Luego, cuando le indiqué el deseo de consultarme un asunto de grande importancia para mí, no debió quedarle á usted duda ninguna.

—Tal vez.

—En ese caso, ya sabe usted de lo qué se trata.

—Usted lo supone.

—No....., tengo certidumbre de ello. Pensar otra cosa, sería agraviar su fina perspicacia.

—¡Bueno! Admitamos esa *hipótesis*, dijo la viuda, pronnnciando con cierto énfasis las sílabas científicas de la última palabra.

—¿Qué debo esperar? preguntó Esteban. Esta es la cuestión,

—¡Vamos! Déjese usted de circunloquios, y explíquese usted con franqueza.

—Yo aspiro á la mano de Mercedes.

— Así se habla.

—He dicho mal, añadió Esteban: aspiro á su afecto.

—Pagaré franqueza con franqueza. Lo sospechaba.

—Perfectamente; pero repito mi pregunta: ¿qué debo esperar?

—¡Ya ve usted! contestó la hermana del general: se trata de los sentimientos de su corazón, y á ella sola pertenecen. Yo no me atrevería á violentar su voluntad.

—Esto está perfectamente dicho Por mi parte, no pretendo que la autoridad de la madre influya en lo más mínimo en este asunto, y sólo pretendo saber si usted, señora, vería con gusto que el corazón de Mercedes me fuera favorable; porque si usted respeta las tiernas inclinaciones de Mercedes, yo á mi vez

—Adivinar.

—¿Qué quiere usted que adivine?

—El objeto que me tiene en su presencia.

—Eso es tentar mi vanidad.

—No lo creo,

—¿Pues.....?

—El enigma está claro.

—No tanto.

—Para usted, clarísimo.

—¿Soy yo adivina?

—En este caso no necesita usted serlo.

—¿Cómo adivino entonces?

—Lo tiene usted ya adivinado.

—¿Desde cuándo?

—Por lo menos, desde anoche.

—¿Cómo?

—Anoche, al salir del teatro, tuve el honor de que aceptara mi brazo,

—Es verdad.....: vinimos á pie. Hacia una noche tan hermosa!

—Algo fría....., pero magnífica.

—Adelante.

—Desde el momento en que me vió usted en la puerta de su palco, dijo usted para sí: «Ésteban tiene algo que decirme.»

—Es posible.

—Luego, cuando le indiqué el deseo de consultarme un asunto de grande importancia para mí, no debió quedarle á usted duda ninguna.

—Tal vez.

—En ese caso, ya sabe usted de lo qué se trata.

—Usted lo supone.

—No....., tengo certidumbre de ello. Pensar otra cosa, sería agraviar su fina perspicacia.

—¡Bueno! Admitamos esa *hipótesis*, dijo la viuda, pronunciando con cierto énfasis las sílabas científicas de la última palabra.

—¿Qué debo esperar? preguntó Esteban. Esta es la cuestión,

—¡Vamos! Déjese usted de circunloquios, y explíquese usted con franqueza.

—Yo aspiro á la mano de Mercedes.

—Así se habla.

—He dicho mal, añadió Esteban: aspiro á su afecto.

—Pagaré franqueza con franqueza. Lo sospechaba.

—Perfectamente; pero repito mi pregunta: ¿qué debo esperar?

—¡Ya ve usted! contestó la hermana del general: se trata de los sentimientos de su corazón, y á ella sola pertenecen. Yo no me atrevería á violentar su voluntad.

—Esto está perfectamente dicho Por mi parte, no pretendo que la autoridad de la madre influya en lo más mínimo en este asunto, y sólo pretendo saber si usted, señora, vería con gusto que el corazón de Mercedes me fuera favorable; porque si usted respeta las tiernas inclinaciones de Mercedes, yo á mi vez

respeto mucho las justas aspiraciones de su madre.

Tomóse algunos segundos la viuda para meditar la respuesta, y le dijo:

—Creo á mi hija bastante juiciosa para temer que ponga sus ojos en persona que no sea digna de ella.

—Sin duda alguna; pero eso no resuelve mi dificultad. Yo no me determino á hacerle á Mercedes una delaración en regla, mientras usted no me asegure que vería con gusto nuestro mutuo afecto.

—¿Es decir, exclamó la suegra con cierta hilaridad, que viene usted á pedirme permiso para pretender á mi hija?

—Justamente.

—No es usual ese proceder.

—Para mí es un paso que juzgo indispensable.

Semiejante yerno era para la madre de Mercedes la realización de un bello ideal. Era un yerno á pedir de boca, sobre el cual ejercería una influencia decisiva. Aquella sumisión le parecía encantadora, y resolvió preferirlo á su propio hermano. Decididamente, Esteban sería el marido de su hija. Planteada la cuestión en un terreno tan ventajoso para ella, claro está que no debía desperdiciar la fortuna que se le ofrecía. Se hallaba en el caso de imponer condiciones, y se dispuso á imponerlas.

—No puedo conceder el permiso que usted me pide, contestó, porque acaso sea usted aceptable á los ojos de Mercedes, y sería indiscreto impedir que usted acabe de probar fortuna; pero antes me parece que debemos fijar algunos puntos, para el amor insignificantes, y que, sin embargo, tienen mucha importancia á los ojos de la experiencia.

—Yo, replicó Esteban, no deseo más que hacerla dichosa,

—Para eso, añadió la madre, es preciso conocer bien todas las circunstancias. Mercedes ha recibido una educación esmerada; lo ilustre de su apellido y la alta posición de su tío, la colocan en un rango al que le sería muy doloroso renunciar.

Esteban se inclinó ante estas palabras, como si reconociera en ellas el peso de una razón poderosa, y se mordió los labios, tal vez porque semejante dificultad le pareciera insuperable, tal vez por no sonreírse.

—Reconozco, dijo, el valor de observación tan oportuna y tan justa. Sería un insensato el que aspirara á la mano de la bella y simpática Mercedes no disponiendo de un nombre ilustre y de una fortuna correspondiente al rango que ocupa en la sociedad.

Un espíritu suspicaz acaso hubiera creído distinguir cierto acento irónico en las palabras de Esteban; pero la madre de Mercedes, ni era excesivamente suspicaz, ni se hallaba en situa-

de apreciar semejantes pormenores. Semejante al cuervo de la fábula, se olvidó del queso que llevaba en el pico, y cantó del modo siguiente:

—No dudo que Mercedes acepte la posición que usted le ofrece. Creo más.....creo advertir en ella particular predilección por usted. Esas cosas no se escapan fácilmente á una madre.

—¡Ay señora! exclamó Esteban levantando los ojos al cielo: llena usted con esas palabras la medida de mi desgracia. Acerca usted la miel á mis labios precisamente en el momento en que tenga que apartar mi boca para no probarla.

—¿Cómo es eso.....? preguntó la viuda sin saber qué interpretación dar á lo que acaba de oír.

Esteban tosió, como si quisiera disimular la inquietud que experimentaba, y contestó á su futura suegra, diciendo:

—Hemos convenido en que la felicidad de nuestro amor necesita la base de una pingüe fortuna, y ante esta verdad inexorable que oprime mi corazón, me revela usted con crueldad inaudita que tal vez Mercedes me ama. ¿Le parece á usted muy poco dura mi suerte?

—No entiendo, replicó la madre de Mercedes.

—Señora, dijo Esteban con acento desgarrador y solemne: yo soy pobre, más pobre que las ratas.

—¿Y qué.....?

—¡Claro está! No puedo, no debo, no quiero aspirar á la mano de la mujer que adoro.

—Pero, señor, es usted abogadogoza usted de una gran reputación, y eso es una mina..... Yo lo veo á usted vivir con lujo.

Echóse Esteban una mirada de compasión, y exclamó pasándose la mano por su naciente calva:

—¡Ay, señora mía! todo eso es miseria, pura miseria. Apenas me da mi profesión para vivir muy modestamente á mí solo. Contrayendo las obligaciones que el matrimonio impone, tendríamos que renunciar á los esplendores del gran mundo. Un cuarto piso, una criada para todo, comer para vivir y vivir para trabajar.....tal es mi perspectiva.

—No es muy risueña por cierto; pero usted es un hombre de carrera, tiene usted porvenir.....

—Esta es una cuestión demasiado positiva para dejarse alucinar por las esperanzas. Mi bufete es mi única fortuna, y los negocios van peor cada día. Soy pobre; no debo engañarle á usted, y le aseguro que tardaré mucho tiempo en salir de mi oscura medianía. Ahogaré en el fondo de mi alma este amor que á usted sola he confiado. Amor ciego que no ha reparado en las dificultades de mi posición.

Diciendo esto, se puso en pie, dando por terminada la conferencia.

—Esteban, dijo la madre: hace usted una ofensa á mi hija creyéndola interesada, y debo advertirle que Mercedes es capaz de cualquier sacrificio.....

—Lo creo, señora; pero mi amor hacia ella no es tan egoísta.

Vió claramente la viuda que aquel yerno modelo se le escapaba de entre las manos, y creyó que con un golpe de celos podría traerlo á un buen camino. Así es que le dijo:

—Mi hermano ha jurado que se casará su sobrina.....

—¿Con quién? preguntó Esteban

—Con él mismo, contestó la suegra; pero.....

—Pero, ¿qué?

—Ella no se decide, y usted debe tener la culpa.

—Me envanecería esa preferencia si el general no hubiera cumplido ya sesenta años. Además, su hermano de usted es también pobre.

—Estas últimas palabras las pronunció mirando atentamente á la buena señora.

—Me parece, dijo ella, que juzga usted con demasiada lijereza.

—Perdone usted, señora; el amor es muy exigente y muy descontentadizo, y cree que alcanzar la preferencia de una mujer sobre un sexagenario que además no es rico, es un triunfo poco satisfactorio para un corazón enamorado.

—Es que... balbuceó la viuda.

—¿Qué.....? preguntó Esteban.

—¿Qué? Es un secreto que me había propuesto guardar.

—¡Un secreto.... ..!

—Sí, primero lo sospeché, y después lo he sorprendido: mi hermano no es lo que parece.

Esteban hizo un movimiento de asombro, y preguntó muy formalmente.

—¿Acaso el general tiene el capricho de esconder la juventud bajo el aspecto de la vejez? Eso sería originalísimo, y enteramente nuevo. En tal caso, la preferencia de Mercedes sería para mí un verdadero triunfo.

—No posee mi hermano los encantos de la juventud; pero ha de saber usted que, si no es joven, es rico.

—¡Rico.... ..! exclamó Esteban.

—Sí, inmensamente rico. No hay inconveniente en que usted lo sepa, puesto que ha pensado usted formalmente en Mercedes, ignorando esta circunstancia.

Esteban se quedó con la boca abierta, con todo el ademán de una persona realmente sorprendida, y la viuda añadió:

—¿Qué dice usted á esto?

—Señora, lo que acaba usted de decirme llena mi alma de regocijo.... Mercedes me ama.... puesto que me prefiere á su tío, á su tío el general, á su tío que habrá sido buen mozo, á un tío incansable: en una palabra, á un tío millonario, del cual es sobrina única. Mi dolorosa resolución vacila ante semejante prueba. Señor,

ra: tiene usted mi suerte en sus manos. Creo que al fin la fortuna ha de sonreirme: si el foro no me abre la puertas de la prosperidad con la urgencia necesaria, en la política se hacen rápidas carreras, y llegan á ser millonarios los más pobres. Seré ministro, y mi adorada Mercedes vivirá en la opulencia correspondiente á su rango.

Desde el día de esta entrevista se entabló entre la futura suegra y el futuro yerno una intimidad tierna y afectuosa.

VIII

Rafael se paseaba por el no muy espacioso recinto de su habitación como un león en la jaula.

Había agotado los recursos de su muda desesperación, mordiéndose alternativamente las uñas y los labios.

Había pasado la noche lo mismo, solamente que en vez de dar vuelta por el cuarto, las había dado en la cama.

No hay cama más dura que aquella en que no podemos dormir.

El sueño es una de esas comodidades que no se venden en ninguna parte, y se observa que los pobres duermen á pierna suelta.

El trabajo del día y la conciencia tranquila forman el lecho de plumas más cómodo que ha podido inventar la industria humana.

Rafael no había tenido hasta entonces ocasión de advertir que no hay cama para el insomnio, que se duerme muy bien cuando se tiene sueño, aunque no se tenga cama; y como no pudo dormir en toda la noche, se levantó furioso contra los criados porque los colchones estaban duros como la piedra, y las sábanas ásperas como guijarros.

El día amaneció en su casa con la tempestad de su enojo.

Juan era un gallego bastante fornido para resistir cómodamente sobre sus robustas espaldas el peso de la cólera de su amo.

Venía á ser como una especie de para- rayos que atraía la electricidad de la ira que tronaba sobre su cabeza.

En su corazón había un pozo muy profundo donde iban á perderse las exhalaciones que se escapaban de la boca de Rafael. Al buen Juan le entraban por un oído y le salían por otro todos aquellos rayos y centellas. Jamás había visto á su amo tan fuera de sí.

Rafael, resumiendo su cólera en una palabra, le dijo:

—¡Eres un bruto!

Abrió el gallego la boca asombrado; su admiración nacía de que su amo no lo hubiera observado hasta entonces.

—¡Eres un bruto! repitió Rafael. Un bruto, pues no he podido dormir en toda la noche.

La razón era tan concluyente, que Juan no tuvo nada que decir.

Rafael volvió la espalda, diciendo:

—Quiero almorzar.

—Al momento, contestó el criado.

Y salió de la estancia.

Sucedió con el almuerzo lo mismo que con la cama, y Juan vió reproducirse la tormenta, creyendo más de una vez que iban á llover platos sobre sus espaldas.

Nuestro héroe había perdido el apetito lo mismo que había perdido el sueño.

Al levantarse de la mesa estaba tan furioso como al levantarse de la cama.

Se encerró en su cuarto y comenzó á pasearse de un extremo á otro, como ya hemos visto.

Su mirada distraída y ceñuda se fijó en el papel de que estaban vestidas las paredes de su habitación, y lo encontró de un gusto pésimo. Era el fondo de color de violeta, sobre el cual campeaban en repetidas actitudes figuras de chinos. Parecióle que estas figuras le hacían muecas, bailando delante de sus ojos. Los muebles los encontró incómodos, el techo bajo, el espacio estrecho; al mismo tiempo las grotescas figuras de los chinos lo perseguían por todas partes.

Entre las cortinas encarnadas que pendían delante de los balcones asomaba un rayo de luz limpio como una hebra de oro, y curioso

y risueño como la mirada de un niño. Entraba silencioso y cauto, como si quisiera sorprender algún secreto oculto entre aquellas cuatro paredes resbalándose por la alfombra con ese descaro con que la luz todo lo mira.

Parecióle á Rafael este atrevimiento de la luz una impertinencia, una grosería, y apartando las cortinas cerró de golpe las maderas del balcón, como quien se pone á cubierto de una mirada indiscreta.

El rayo del sol retrocedió asustado y se colocó detrás de la puerta, buscando un resquicio por donde introducirse de nuevo,

Rafael continuó paseándose, pues la inquietud que sentía no lo dejaba permanecer sentado.

De pronto se detuvo, se dió una palmada en la frente, y se sentó.

Si hubo algún pensamiento en su cabeza, debió escapársele, porque se levantó en seguida, y comenzó á pasearse otra vez con la vista fija en el suelo, como quien busca algo que se le ha perdido:

Entonces reparó que la alfombra formaba un tejido de colores insoportables, produciéndole una especie de mareo insufrible el laberinto del dibujo que se desenvolvía bajo sus pies.

Levantó los ojos, huyendo de aquella confusión de colores y de líneas que se enlazaban en fastásticas combinaciones, y vió que se le

ponía delante la luna de un espejo azul y profunda, y se encontró frente á frente de sí mismo.

Se contempló un momento, y quiso sonreirse; pero se volvió la espalda, haciendo un gesto de disgusto que ningún espejo había visto hasta entonces en él. Se encontró feo; y su propia sonrisa le pareció una burla de la imagen hecha al original.

Había un periódico sobre una mesa, y lo cogió en sus manos maquinalmente.

Entre la multitud de renglones que formando columnas recorrían el papel de arriba á abajo, vino á fijarse en uno que empezaba con letras más grandes y más negras que las demás, que entre dos admiraciones exclamaba de este modo:

«¡LO ATRAPÓ!»

De este modo anunciaba el periódico en su primera *gacetilla*, sin citar nombres propios, el próximo matrimonio de un joven brillante, muy conocido en los altos círculos de la sociedad madrileña, con una mujer oscura, de padres desconocidos y sumamente bella.

Rafael arrojó lejos de sí el periódico, ocurriéndole en el acto la idea de pedir una satisfacción á la redacción en masa; más lo detuvo el temor de que la satisfacción fuera peor que la ofensa que creía ver en la *gacetilla*. Habría sido demostrar una susceptibilidad sospechosa.

Se veía cruelmente perseguido por los hombres y por las cosas desde que se había esparcido por el mundo la noticia de su casamiento con María. El mundo se le venía encima. No se atrevía á salir á la calle; huía de sus amigos, temeroso de ser blanco de alguna broma imprudente. No ignoraba que su estrella empezaba á eclipsarse en los horizontes del gran mundo. Sabía que su amor era objeto de terribles chistes, y su proyectada boda motivo de agudos epigramas.

Ya no era el mismo. No era ya el envidiado favorito de la marquesa, el predilecto, de Margarita, el ojo derecho de Matilde: era simplemente *el novio de la florista*.

En vez de inspirar envidia, inspiraba compasión, y he aquí lo que le desesperaba.

¡Pobre Rafael!

Esta aclamación le llegaba al alma.

El venturoso calavera se había convertido á los ojos de todos en un pobre hombre.

Al verse blanco de tanta sonrisa equívoca, de tanta pulla, de tanto interés, de tanta compasión; al verse convertido en platillo de todas las conversaciones, tuvo miedo, y pensó retroceder. Pensó arrancar de su alma aquel sentimiento que llenaba su vida de tiernos deseos, arrojarlo en medio de los salones, y morfarse él mismo de su propio corazón. Semejante golpe sería de un efecto maravilloso, y le aseguraría para siempre el primer puesto en-

tre los hombres de mundo. Una inconstancia más completaría su gloria.

Verdaderamente era una caída demasiado estrepitosa. Precipitarse desde las alturas del gran mundo, donde se respira el perfume de tantos placeres y se saborea el deleite de tantas satisfacciones, para sumergirse en las oscuridades de una vida modesta, ignorada era hundirse, sepultarse, desaparecer, aniquilarse!

Así discurría su amor propio, ganando terreno sobre su amor á María. Pero el amor cuando es verdadero, cuando no es una vanidad excitada, ni un deseo grosero de los sentidos, cuando surge del fondo del alma, no se deja vencer tan fácilmente, y Rafael vaciló antes de adoptar definitivamente la resolución que meditaba.

— Verdaderamente, se dijo á si mismo, es una triste cosa tener que renunciar á la dicha de mi amor, porque al mundo se le ha puesto en la cabeza que un calavera afortunado no ha de tener juicio en su vida. ¿Qué es lo que me sucede? Que me he enamorado de una criatura pobre, humilde, hija de un padre desconocido, de uneso es, de un libertino como yo. Pero he aquí que el público que aplaudía la comedia de mis locuras no encuentra el desenlace bastante original, bastante nuevo, y cambia los aplausos en silbidos; y de la noche á la mañana me encuentro víctima de la mofa

de las mujeres y de la burla de los hombres. Pues bien, añadió: yo desafío al mundo yo le impondré silencio ... En vez de retroceder avanzo; nadie se ríe del hombre que sabe enviar una bala á la caveza de un adversario, ó buscarle el corazón con la punta de la espada. Esta noche me presento en el café.....; visitaré todos los teatros, y el primero que se sonría ese la paga.....Hoy mato á uno, mañana á otro, al día siguiente al tercero.....

Aquí se detuvo, porque le salió al paso una observación verdaderamente burlesca que le dijo al oído:

—Después de haber muerto á todos los hombres, to lavía no has hecho nada, porque aun te quedan todas las mujeres.

Tal era la situación de Rafael. Pocos amores han sufrido en el mundo un obstáculo tan terrible. La buena sociedad, teatro especial de sus brillantes hazañas, había tomado la cosa por su cuenta, y se oponía á tan desigual enlace, su pretexto de que iba á ser muy desgraciado.

Su celebridad de conquistador indomable le imponía el deber de sacrificar sus sentimientos de hombre. ¡Oh! algunas veces es muy cruel la celebridad.

No podía sumergirse en la oscuridad de una vida insignificante y en las dulzuras de un amor tranquilo y casero, sin dejar flotando en la luz un nombre risible.

Este Alejandro que había conquistado el Asia del gran mundo, había caído prisionero de una astuta florista.

Había caído como un inocente, en el lazo de una red, tejida sin duda alguna con flores, pero con flores artificiales.

Un ligero ruido que percibió en la puerta de su cuarto, lo sacó del abismo de sus reflexiones.

—¿Quién es? preguntó

Juan le contestó al otro lado de la puerta:

—Nadie.

—Entonces, ¿qué hacer ahí?

—Nada.

—Pues aconséjale á la puerta que no vuelva á distraerme, porque será para tí un mal negocio.

—Es que hay aquí tres cartas que quieren entrar.

—¡Qué entren! dijo Rafael: pero ten en cuenta que no quiero verte.

Las tres cartas, una detrás de otra, entraron silbando por debajo de la puerta.

Rafael las cogió, abrió una y leyó lo siguiente:

«Si yo supiese como se puede encerrar una carcajada dentro de un sobre, esta carta iría á su destino desternillándose de risa. No soy rencorosa, y además no tengo tiempo para serlo, porque lo necesito todo para reirme.

Mis dientes no son feos, y aprovecho esta ocasión para enseñarlos.»

Rafael estrujó la carta entre sus manos, y quiso continuar leyendo. Conoció la mano que la había escrito, pues aunque no tenía firma las armas del sello y la letra le dijeron que era de la marquesa.

La segunda carta decía así:

«Rafael: nos tiene usted muy divertidas, no hablamos más que de usted, y usted, tan modesto, huye y se esconde en el último rincón de su casa ¡Cualquiera diría que se avergüenza de su triunfo! En nombre de nuestra tierna amistad voy á pedirle un favor. Dígame como podré defenderle porque todo el mundo le tiene lástima. ¿Y por qué.....? Porque ha encontrado usted la eterna primavera de la isla de Calipso. Hijo de Ulises.....inocente Telémaco, venga usted á defenderse.....La florista será de muy buen efecto en los salones. Por de pronto, nuestros sombreros están de enhorabuena Ahora si que nos echará usted flores,»

Antes de concluir la lectura de esta segunda carta, la rasgó en mil pedazos. Era de Matilde.

La tercera estuvo á punto de sufrir la misma suerte sin ser leída; pero ¿quién rompe una carta sin abrirla siquiera?

Dióla muchas vueltas entre sus manos, y al fin la abrió. No se abre una carta para no

leerla; así es que desdoblándola, clavó en ella los ojos.

Lo primero que vió fué un suspiro.

«¡Ay !» Con estas dos letras empezaba la carta.

«¡Ay, Rafael! Yo oigo todo lo que se dice, pero no lo creo; ¿de dónde has sacado á esa mujer? ¿Sabes su historia.....? ¿Te basta á tí que sea bella.....? ¿La conoces? ¿Estás seguro de que la conoces? Siempre he creído que eras inocente; pero tanto, no lo hubiera creído nunca. ¡Que te engañen así!

«Necesito consolarme de tu inconstancia, y pienso que al fin esa mujer me libra de la debilidad de amarte..... No extraño que te engañen, puesto que yo también me he engañado.... Si me hubieras dado por rival á una reina, experimentaríá el dolor de unos celos horribles.... pero tu hermosa florista no me inspira resentimiento ninguno. Ella me vengará de tu inconstancia. Estoy tan segura de ello que casi la adoro.

«Que no me quieras á mí.pase; ¡pero que no te quieras á tí mismo !»

La firma era de Margarita.

Sin vacilar arrojó Rafael la carta al fuego de la chimenea, para que no quedara ni rastro de ella, porque esta carta llenaba el vaso de su ira.

No se trataba ya de un matrimonio ridículo, sino de un matrimonio poco honroso. La

murmuración llevaba su mordacidad hasta clavar sus dientes en la honra de María. Abandonarla era ya una cobardía, una infamia, y Rafael se sintió arrastrado hacia la florista con más violencia que nunca, por lo mismo que él era la causa de que se cebara en ella la maledicencia.

Se irguió con arrogancia, echó hacia atrás su noble cabeza, y con paso majestuoso y ademán decidido, arrojó su traje, cogió el sombrero y salió de casa.

Había tomado una resolución. Lo desafiaba el mundo, aceptaba el duelo.

La razón fría, calculadora, egoísta, tomando la voz de Esteban, le decía: «¡Detente!»

Su corazón latiendo con ímpetu lleno de noble orgullo le gritaba: «¡Adelante, adelante!»

IX

Salió precipitadamente de su casa, lanzándose de una á otra calle, con la mirada encendida, el rostro pálido, el sombrero echado hacia atrás, y el ademán resuelto.

La gente lo miraba al paso con esa curiosidad fría é impertinente con que en Madrid se mira todo.

Pero Rafael marchaba tan ciego con la resolución que acababa de tomar, que no veía ni observaba lo que pasaba á su alrededor.

De otro modo, su genio camorrista hubiera encontrado más de una ocasión en que desahogar el disgusto que llevaba en el alma.

Afortunadamente no reparó en las miradas burlonas de los transeuntes, como había reparado en la dureza de la cama, en el mal gusto del papel que tapizaba las paredes de su habitación, en la impertinencia del rayo del sol, en la alfombra, en el espejo y en su propia cara.

Con el aspecto de un hombre perfectamente distraído, llegó á la puerta de una casa cuya calle y cuyo número no es necesario para la buena inteligencia de nuestro relato; y después de saludar á la portera, entró: subió el primer tramo de escalera, y luego el segundo, y después el tercero, y últimamente el cuarto; se detuvo delante de una puerta, asió el cordón que descendía por la pared, y tiró de él suavemente; pero el cordón permaneció mudo, so pretexto de que no tenía campanilla. Sin embargo, esperó un momento, aprovechándolo en componer su semblante agitado, y en arreglar el lazo de su corbata.

Primero se abrió suavemente el ventanillo, después se abrió la puerta de par en par, con esa franqueza con que una madre abre los brazos para estrechar en ellos á su hijo.

Es preciso que los oídos tengan paladar, sin cuya circunstancia no habría voces dulces.

—¡Tan temprano!

La voz que prorrumpió en esa exclamación, al abrirse la puerta, era más dulce que la miel.

—Tal vez, dijo Rafael, cometo una imprudencia...

—No tal, contestó la misma voz, si es posible con más dulzura.

Marchaba la voz adelante de Rafael por un pasillo bastante oscuro, que desembocaba en una habitación pequeña, iluminada por el golpe de luz de una sola ventana.

Brillaba en este aposento un lujo admirable, pues resplandecía con el brillo de la más exquisita limpieza que es el fausto de los pobres.

Al entrar se padecía cierto deslumbramiento: todos los adornos eran de lana, y, sin embargo, la luz se reflejaba en ellos como si fueran de seda.

Seis sillas, una mesa, un sofá, un espejo, una cómoda, dos butacas, unas cortinas: hé aquí el inventario que podía hacerse á primera vista.

La pobreza, como el lujo, tiene también su coquetería. Se echaba de ver un buen gusto y una delicadeza tan naturales en todos los pormenores de esta pobre estancia, que hubiera podido tomarse por la residencia de una reina destronada que sabía llevar en su augusta frente la corona de la desgracia. Había una gracia verdaderamente infantil en todos los contornos de tan modesto cuadro.

Dos colores dominaban en los muebles y en las cortinas: el azul y el blanco. Parecía un capricho de la inocencia y de la esperanza.

En el inventario que hemos hecho á la primera ojeada, hemos dejado de incluir dos cosas alegres y dos cosas tristes.

Las dos cosas tristes eran un retrato de mujer, delicada miniatura que, cerrada en un marco negro, se destacaba sobre la pared, y una anciana, que hundida en un inmenso sillón de baqueta, lanzaba sus miradas inteligentes de un punto á otro, al mismo tiempo que extendía sus piés hacia un rayo del sol, que, precipitándose desde la ventana, se derramaba por el pavimento.

Las dos cosas alegres eran una jaula de alambre, pintada de verde, dentro de la cual se hallaba un canario de color de oro, y una mesita redonda, colocada en medio de la habitación, sobre la cual, en el más delicioso desorden, se veían delicados ramos de jazmines, rosas á medio abrir, dalias á medio hacer, hojas de todas especies, tallos de todas clases.

Encima de aquella mesa había toda una primavera de flores.

Sobre la cómoda se veía una urna que encerraba la imágen de la Virgen de la Soledad, con su manto negro, su túnica blanca y su diadema de estrellas.

La voz que guiaba á Rafael por el oscuro tránsito del pasillo, era la voz de María, voz armoniosa como los sonidos del arpa.

No hemos visto á la florista más que una vez muy de paso en la puerta de Santa María de la Almudena; pero conocemos su retrato, trazado á

grandes rasgos por el general y el vizconde, de la manera que vimos en casa de la marquesa. Ahora sólo debo añadir que María es alta, derecha y flexible como una palma.

Rafael iba todos los días.

Entró la florista delante del desventurado calavera, y se sentó delante de su mesita de labor, entregándose de nuevo á su tarea.

La reducida pensión que disfrutaba la anciana no era bastante para cubrir las más urgentes necesidades de la vida, pues apenas bastaba para pagar el alquiler del cuarto, y la nieta cubría las obligaciones de la casa haciendo flores con sus manos de princesa, y ambas vivían con el fruto de las flores.

Fijó la abuela sus ojos en Rafael, con una mirada semejante á una sonrisa.

Pasaron algunos minutos en silencio triste y embarazoso.

Los ojos de la anciana hacían preguntas inútiles, dirigiéndose alternativamente, ya á uno, ya á otro; pero Rafael parecía distraído, y María muda. Al fin dijo ésta:

—Rafael, está usted pálido.

La anciana movió la cabeza, como atestiguan-do las palabras de María.

—Sí, añadió Rafael con trágica expresión: debo estar pálido como el hombre que se encuentra al borde del abismo y siente el vértigo del vacío.

— ¡Dios mío! ¿Qué sucede? exclamó la florista, dejando caer una azucena que se abría entre sus manos como si sus dedos sonrosados fueran los dedos de la aurora.

— ¡Sucede, dijo Rafael, que voy á caer en el abismo de la desesperación, si no hay una mano que me sostenga! Si ustedes no acuden á mi socorro, soy hombre al agua.

Abrió la anciana desmesuradamente los ojos, al mismo tiempo que en el semblante de la nieta se pintaba la más viva inquietud,

— ¡Virgen santa! exclamó. ¡Si nos amenaza alguna nueva desdicha, dadnos valor para sufrirla!

— ¡Soy un imbécil! prorrumpió Rafael, viendo la aflicción resignada de María. No hagan ustedes caso de lo que he dicho. No era eso lo que quería decir. Mi lengua se anticipa siempre á mi pensamiento; parece que tiene un gusto particular en hacer que desatine. No hay nada de abismo, ni de desesperación; precisamente es todo lo contrario lo que yo quería decir.

Sonrióse María con aquella misma sonrisa que vió Rafael por primera vez en la puerta de Santa María de la Almudena, y él continuó diciendo:

— Vamos al caso: ustedes no me conocen bien todavía, y esta es mi desgracia. Es verdad que hasta hace poco tiempo yo tampoco me conocía; más ya puedo jurar solemnemente que soy otro. María es el ángel que ha abierto mis ojos

á la luz de la felicidad. Sin embargo, todavía soy un loco, un botarate, un insensato. Señora, añadió dirigiéndose á la anciana; yo no puedo vivir así: es preciso que siente la cabeza, que repose mi corazón en las tranquilas dulzuras del amor profundo y verdadero. Ahora bien: ¿quieren ustedes salvarme?

—¿Cómo? preguntó María.

—De un modo muy sencillo. Imagínese usted que soy un niño, que juego sobre el alero de un tejado, que mi cabeza se desvanece, que mis piés se escurren, que voy á caer..... ¿qué haría usted?

—¡Ah! exclamó María: ¿qué había de hacer? lanzarme en su socorro y tenderle mi mano.

Y añadiendo el ademán á la palabra, tendió á Rafael su mano. Apoderóse de ella el impetuoso amante, y arrastrando suavemente á María, se acercó á la anciana, y le dijo:

—Ésta es la mano que me salva del mundo y de mí mismo; pero yo no puedo retenerla por más tiempo entre las mías, si usted no nos hecha su bendición.

La anciana miró á su nieta con tristeza y dos lágrimas asomaron á sus ojos. La nieta inclinó la cabeza como si se la hiciera doblar el peso de su pensamiento, y dijo.

—¡Oh, es imposible!

—¡Imposible! exclamó Rafael atónito.

—¡Imposible! repitió ella. Justo es que pase por la pena de decirlo, porque este es el castigo de

mi debilidad. He consentido sus visitas, he admitido su amistad, sabiendo que nuestro amor es imposible.

Rafael se quedó inmóvil y mudo como una estatua. No acertaba á comprender lo que le sucedía. Era un golpe terrible, pues contaba con el amor de María. ¿A qué atribuir aquella negativa tan resuelta como inesperada? Lo había engañado su corazón.... María no le amaba.

Esta idea fué la primera que agitó su espíritu, pero no prorrumpió en quejas inútiles; guardó un triste silencio, que ella por su parte no se atrevió á interrumpir. Al cabo de algunos momentos se dirigió á María, diciéndole:

—No sé si tengo derecho á conocer el motivo que de esta manera disipa mis más risueñas esperanzas; más si no es un secreto que yo debo ignorar, acaso se mitigue lo acerbo de mi pena sabiéndolo.

María permaneció con la cabeza baja sin pronunciar ni una palabra, y él añadió:

—Le parece á usted demasiado cruel... lo que ha de decirme, y quiere que lo adivine. Sea, usted no me ama; he ahí todo.

—No es eso, exclamó ella con toda la ingenuidad de su corazón. El día que me falte la cariñosa sombra de mi santa abuela, me encerraré en un convento.

La abuela movió la cabeza, confirmando las palabras de su nieta.

—Sin duda alguna, añadió Rafael, semejante

resolución es digna de respeto; pero ¿es una vocación ó un sacrificio?

—Es un deber, contestó María.

—Un deber... y ¿quién lo impone...?

Miró María á la anciana, y esta bajó los ojos en señal afirmativa. Todavía, sin embargo, las palabras que iba á pronunciar no se atrevieron á salir de la boca de la florista. Rafael esperó algunos instantes.

—Caballero, dijo de pronto María. Mi resolución es irrevocable... Es el destino que me ha reservado la Divina Providencia, y debo someterme á sus altos designios... Hay una falta que expiar, y á mí me toca expiarla... Mi madre... mi buena madre fué engañada, cruelmente engañada.... Mi padre.... ¡ah....! mi padre.... ¡Dios mío! yo lo perdono con todo mi corazón.

En vano al hablar de esta manera luchaba por reprimir el llanto que reventaba en sus ojos. La abuela lloraba lágrimas silenciosas, que descendían por los surcos de sus mejillas como por caminos conocidos. Rafael dijo:

—Lo sé, ó mejor dicho, lo supe, y no volví á pensar en ello.

Y cayendo de rodillas delante de María, exclamó:

—Yo la amo á usted con toda mi alma. Pongo á Dios por testigo de la sinceridad de mi cariño.

María replicó:

—Si amarnos es la felicidad que Dios nos



guarda en la tierra, antes de ponerlo por testigo de nuestro afecto, es preciso estar seguros de que nos amamos. ¡Ay, Rafael! yo no sé por qué le tengo miedo á la felicidad. Si soy dichosa aquí en este valle de lágrimas, donde tantos padecen, donde no hay dicha cumplida, ¿qué podré ofrecer á Dios por los que me dieron el sér?

—Eso, replicó Rafael, es rebelarse contra los decretos de la Providencia, contra el mismo Dios, que ha puesto en mi alma extraviada el germen del amor que siento.

—No, insistió la jóven. Si usted me ama, los dos debemos hacer el sacrificio de nuestro amor. No debemos arrojarnos en brazos de la dicha que parece sonreirnos, con los ojos cerrados, como si nos arrojáramos á un abismo. Sí: el amor es la felicidad, es el sacrificio, es el martirio.

Rafael quiso insistir, pero no se atrevió; aquellas miradas tiernas, aquella voz dulce, aquellas palabras reposadas, lo subyugaban. Se sentía vencido en presencia de aquella resolución heroica. Su propósito era anonadar á la tenebrosa maledicencia con la luz de aquel rostro verdaderamente virginal; pero el mundo desaparecía ante sus ojos bajo los esplendores de aquella resignación y de aquella virtud que sólo Dios podía inspirar.

X.

Inadvertidamente había dejado Rafael abierta la puerta que daba á la escalera, y de pronto re-

sonó una voz bronca y entrecortada por el cansancio, que decía:

—¿Se puede saber si hay alguien en esta casa?

Rafael hizo un movimiento de sorpresa, y María enjugándose los ojos con las puntas de los dedos acudió á levantar la cortina que cerraba la comunicaci6n entre la sala y el pasillo.

!—Ajajá! dijo la voz. Ya veo. Esta es otra cosa. He subido ciento veinticuatro escalones. ¡Friolera! Llego al fin, tiro de un cord6n que calla como un muerto, y sin embargo, la puerta se abre de par en par, entro, y cuando me creía tan alto como el sol, me encuentro tan á oscuras como si hubiera caído en un pozo.

María levantó cuanto le fué posible la cortina que tenía suspendida, y la voz penetró en la sala bajo la forma del general, hermano de la viuda y tío de la sobrina.

Rafael, al ver al personaje que entraba, se puso pálido primero y despues encarnado; y el general reparando en la mesa cubierta de flores, dijo:

—Aquí está lo que yo busco.

María se inclinó cortesmente, diciéndole:

—Si usted tuviera la bondad de decirme lo que desea.....

—¡Hola! exclamó fijando su atenci6n en la florista. ¡Preciosa voz! de un timbre celestial. Lo que yo deseo es... Pero ¡calle! eres una hermosa niña. Cualquiera diría que..... ¡diablo!

¡Está aquí nuestro amigo Rafael! ... ¡Toma, toma.....! Que indiscretos somos los viejos! Perdón, señorita; voy á despachar al momento.

Al decir esto, se dejó caer en una silla.

—Es el caso, continuó diciendo, que tengo una hermana, que esta hermana tiene una hija, que esta hija tiene novio, que este novio ha pedido formalmente la mano de la niña, y van á casarse. Yo soy el padrino, y no sé quien me ha encaminado aquí, y vengo en busca de una corona de desposada. Creo que este pormenor del vestido de novia no es ya del mejor gusto.

Hablaba sin quitar los ojos de la florista, examinándola con la atención del que examina un retrato.

Comenzó María á escojer flores para formar el bosquejo de una corona, y el general, volviéndose á Rafael, le preguntó á media voz:

—Esta señorita es la que ... ?

—Sí, caballero, contestó Rafael, la misma.

El general volvió á fijar con más afán los ojos en María, diciendo:

—¡Bravo, bravo.....! Me gustan los hombres de valor. Y quedó pensativo.

Entre tanto la hermosa florista había formado una diadema y ciñendo con ella su frente pálida, dijo con verdadera inocencia.

—¿Qué tal?

Aquel adorno daba á su hermosa cabeza un realce encantador. Para que sus flores lucieran bien, irguió su cuello flexible y blanco como el

de un cisne, animó sus ojos con una mirada inmensa, dejando correr por sus labios una sonrisa de triunfo.

El general y Rafael quedaron absortos ante aquel relámpago de hermosura que alumbró sus ojos.

Aquella diadema tejida de rosas blancas formaba singular contraste con el traje negro de María.

—¡Señorita, señorita! exclamó el general... Tiene U. el don de despertar en mí profundos recuerdos. No sé por qué imagino que ha de ser U. el vivo retrato de su madre. Tendría mucho gusto en conocerla..... Supongo que vivirá U. con ella.

—Por ella sí, contestó María; con ella nó... Mi buena madre murió antes de que yo pudiera conocerla, antes de que yo pudiera estrecharla contra mi corazón y besar su frente. Pero aquí está mi segunda madre... mi santa abuela; ella sola sabe el triste origen de mi vida.

El general se acercó á la anciana, que permaneció muda, levantando los ojos al cielo.

—No habla, dijo Rafael; hace un año que su lengua está paralizada.

—¿Cómo te llamas...? preguntó el general, dirigiéndose á la florista.

—Me llamo, contestó ella, María de la Soledad.

—¿Tendrás ya quince años?

—Nó: he cumplido diez y ocho.

En aquel momento fijó el general la mirada en la miniatura que pendía en la pared, y con un movimiento brusco se arrojó sobre ella, la descolgó y se puso á contemplarla.

—Ese es, dijo María, el retrato de mi madre.

El general miraba el retrato, mejor dicho, lo devoraba golpeándose la frente. Después examinó el marco atentamente, y pasando el dedo por el borde tropezó con un pequeño botón de metal, lo oprimió con fuerza, y el marco se abrió por la mitad como la caja de un reloj, dejando ver una segunda miniatura.

—¡Esto es! exclamó.

Rafael no sabía qué pensar de lo que estaba pasando.

—¿Sabes tú la historia de tu madre?

—Sí, contestó María bajando los ojos.

—¿Quién te la ha contado?

—Mi abuela.

—¿Cuándo?

—Hace un año.

—¿Qué te ha contado?

—Yo creía que ella era mi madre, ... no había conocido otra; pero un día se sintió enferma; muy enferma, me llamó y me dijo: "María, yo no soy tu madre, yo no soy la que te dió el sér; he ocultado esto hasta hoy, y no debo callarlo: te estoy robando el cariño de mi hija, y eso no es bueno. ¡Ah, pobre hija mía!" En-

tonces sacó ese retrato y lo puso en mis manos, diciéndome: “Esa es tu madre, esa es mi hija!” Y me contó su triste historia. Aquel día lloré mucho, y recé mucho.

—¿No te habló nunca de tu padre?

—Nunca.

—Pues aquí lo tienes, añadió el general presentándole la segunda miniatura que contenía el marco.

Esta segunda imagen representaba á un jóven oficial.

—Ignoraba, dijo María, que el marco contuviera el retrato de mi padre.

—Yo sí lo sabía..... pero ¿qué haces ? No, no lo beses, añadió arrebatando el retrato de manos de la joven.

Rafael preguntó:

—¿Es original esto! ¿Cómo es U. dueño del secreto de esta familia?

—Los viejos, contestó el general, todo lo sabemos. ¡Hemos visto tanto...! Este caballero, añadió señalando con el dedo á la miniatura, era entonces comandante, y mandaba un destacamento en el Maestrazgo. Estábamos en lo más crudo de la guerra civil. No había cuartel; y caer prisionero era lo mismo que caer muerto. Entre todos los guerrilleros que nos llevaban á mal traer, se distinguía uno cuya audacia rayaba en lo imposible. Salió de Valencia una columna de nacionales, que creyendo sin duda que los carlistas huirían al ver

sus pomposos uniformes de papagayos, fueron á incorporarse con el ejército hambriento, desnudo y continuamente acosado por innumerables partidas que, ó caían del cielo, ó brotaban de la tierra. El famoso guerrillero necesitaba, por lo visto, fusiles y pertrechos de guerra, y salió al encuentro de la columna, como quien sale á recibir un convoy. Dicho y hecho: se presentó la partida, y allí fué Troya. ¡Yá se ve! aquellos badulaques no iban prevenidos, y todo fué asunto de media hora: se tiraron cuatro tiros, quedó el campo cubierto de fusiles y forniture, y los menos listos cayeron prisioneros, y allí mismo fueron fusilados. Casualmente este caballerito se hallaba destacado en el pueblo de donde era audaz guerrillero, y recibió una orden á *raja tabla* en la cual se le mandaba que fusilara en el acto al pariente más cercano del cabecilla, que encontrara en el pueblo.

—¡Eso es salvaje! exclamó Rafael sin poder contenerse.

—Así parece... siguió diciendo el general; pero Nogueras había establecido ya el precedente haciendo fusilar á la madre de Cabrera. Inmediatamente se hicieron escrupulosas pesquisas, y cayeron en nuestro poder dos parientes del cabecilla: su mujer y una hija...

—¿Y fueron fusiladas? preguntó Rafael indignado.

—Verá U.: el comandante quería cumplir

rigurosamente la orden que había recibido; pero se encontraba con una dificultad imprevista. Se le decía: “fusile U. en el acto al pariente más cercano del cabecilla, que encuentre en ese pueblo;” y encontró dos igualmente cercanos. ¡Vaya U. á averiguar si el parentesco de la mujer es más cercano que el de la hija, ó viceversa! El comandante no sabía qué hacer, y aunque con horror, le ocurrió la idea de fusilar á entrambas; pero á riesgo de su cabeza, decidió al fin no fusilar á ninguna, y eso que las dos le pedían la muerte de rodillas: la madre por salvar á la hija; la hija por salvar á la madre. Las dos mujeres enternecieron su corazón; la madre con sus lágrimas, la hija con sus lágrimas y con su belleza, pero en honor de la verdad, decidió el caso la belleza de la hija. El bribón del comandante se enamoró de la muchacha, y el bárbaro puso su brutal amor por precio, y la hija salvó á la madre á costa de su inocencia... ..

—¡Miserable! exclamó Rafael apretando los puños, mientras María luchaba para reprimir los sollozos que hervían en su pecho, y la anciana agitaba sus ojos espantados como si quisieran saltar de las órbitas, teniendo sobre las rodillas las manos cruzadas.

—¡Sí! exclamó el general; este, este es el in

Y alzando el puño, amenazaba al retrato, como si intentara aniquilarlo.

—Ello es, prosiguió diciendo, que el destacamento tuvo que salir á toda prisa á reunirse con los restos dispersos de la división que había sido destrozada por Cabrera. Sin embargo, la *Gaceta de Madrid* nos atribuyó una victoria completa: el mismo Cabrera se había escapado por el ojo de una aguja. Salió el destacamento, y el comandante dejó en poder de aquella infeliz criatura estos dos retratos encerrados en este mismo marco.

—Caballero, dijo Rafael; ¿vive ese hombre?

—Es posible, contestó el general. Lo buscaremos, y no será tan malvado que se niegue á dar un nombre á su hija.

Miró Rafael á María, y María bajo los ojos.

—Y bien, prosiguió diciendo el general; y si lo encontramos, ¿qué le decimos?

—Le dirémos, contestó Rafael, que aun puede reparar en parte el daño que ha causado.

—No, no, dijo María. Si vivesepa únicamente que mi madre espiró perdonándolo, que mi abuela lo perdona todos los días, y que yo lo perdono como mi madre y como mi abuela.

La anciana agitó la cabeza en ademán afirmativo, y el general puso en manos de María los retratos, cogió del brazo á Rafael, y lo sacó fuera de la habitación.

Cuando bajaban la escalera, preguntaba Rafael:

—¿Dónde vamos?

—Vamos, le contestó el general, á dar un golpe maestro.

XI.

La madre de Mercedes está loca de alegría. Su hija se casa. Va á ser suegra, y Esteban se golpeó la frente lleno de orgullosa satisfacción, exclamando:

—Aquí hay algo ... aquí hay mucho.

El general, por su parte, parecía dominado por una impaciencia repentina que no le deja dormir con tranquilidad ni comer con sosiego.

Su hermana lo sorprendió dando largos paseos por su estancia, y lo ha visto restregarse las manos con íntimo regocijo, y le ha oído decir entre dientes:

—¡Qué golpe! ¡qué golpe!

Y ella se ha guiñado el ojo á sí misma, exclamando en el fondo de su pensamiento:

—¡Golpe..... el mío!

Ya sabemos que el general había sido un calavera.

En los tiempos de su juventud estuvieron en moda las más atroces locuras, y no le quedó ninguna por hacer. También sabemos que á su vuelta de América se le creyó rico; pero esta creencia se disipó al cabo de algún tiempo,

y los pretendientes de la sobrina, atraídos por la fama de la riqueza del tío, emprendieron la retirada.

El tío había traído de América una buena fortuna, que debía heredar su única sobrina; pero temió que la codicia de la herencia hiciera su desgracia, y, llevado de su genio militar, preparó una emboscada.

Consistía la emboscada en ocultar su fortuna, y la ocultó con tanto empeño, que al poco tiempo se le consideró pobre, y la sobrina se quedó sin pretendientes.

Su idea era que encontrara un marido que la quisiera pobre.

Esteban había sospechado este secreto, y averiguando la verdad, buscó el tesoro del tío con la mano de Mercedes..... La pidió y la obtuvo.

El general no tuvo ya inconveniente en dejar traslucir que podía disponer de algunos millones, y se instaló en una magnífica casa, alhajando la planta baja para que sirviera de habitación á su hermana, que había de vivir, claro está, con su hija y con su yerno. El se reservó el piso principal, desplegando en el mueblaje un lujo extraordinario.

Semejante transformación despertó hacia Esteban una envidia casi universal. ¡Qué castamiento ! ¡Qué fortuna.....! Estas eran las aclamaciones que le seguían por todas partes.

Mas de un amante antiguo de la sobrina proximanamente millonaria, debió llamarse á sí mismo tonto muchas veces al día.

Esteban había dado un golpe maestro; su perspicacia estaba, por decirlo así, en boga, su crédito era inmenso, y su celebridad de hombre práctico y positivo subió de punto.

—¡Qué nariz.....! decían: ¡qué nariz! ¡Cómo ha sabido oler los millones del tío.....!

—¡Lo que es el talento! añadían otros. Esteban será millonario, y el tonto de Rafael... metido con la florista, será lo que quiera.

La boda estaba anunciada con toda la pompa de una solemne publicidad. La viuda había invitado á medio mundo á que fuera testigo del suceso. Los periódicos echaron al vuelo las campanas de su regocijo, deseando todas las felicidades imaginables á los futuros conyuges, celebraron el desinterés de Esteban, la belleza de Mercedes, la elegancia de la viuda, y la hábil maniobra del general ilustre. Por último publicaron el inventario del *trousseau*, advirtiendo que estaba de manifiesto en casa de la novia.

Llegó la noche del fausto día, y los salones del piso principal resplandecieron iluminados. Los coches hacían cola en la calle, y las notabilidades del gran mundo se colocaban bajo aquellos techos resplandecientes.

Delante de tan magnífica concurrencia firmaron los novios su.....felicidad.

De repente circuló entre los convidados el extraño rumor de que había otra boda que presenciar en aquellos mismos salones; mas la especie; repetida de boca en boca, vino á ser el tema de una broma general, sobre el que se hicieron diversas variaciones.

—Debe ser cierto, decían unos: el general no había de morirse sin hacer esa calaverada: él es el novio de la segunda boda.

—No, no, replicaban otros: la novia es la viuda; su hermano le ha comprado un marido.

—La sorpresa que nos espera, añadían algunos, es mucho más extraordinaria, y ha de causar gran sensación en el mundo: se casan los dos hermanos.

Esta ocurrencia, repetida de salón en salón en voz baja, producía ruidosas carcajadas que daban á la fiesta animación y alegría.

—¿Cómo, es posible eso? preguntó una niña que acababa de salir del colegio.

—Muy sencillamente, le contestaron. Se les ha dispensado el parentesco, en razón á la inocencia de los contrayentes. En tan tierna edad todo es dispensable.

Terminada la solemne ceremonia que unió para siempre á Esteban y á Mercedes por la divina virtud del sacramento, el general alzó la voz exclamando:

—Señores!

Un ligero murmullo se extendió por la con-

currencia; se apiñaron las cabezas, acudieron los convidados que invadían los salones inmediatos, y reinó profundo silencio.

—Señores, repitió el general: me habéis concedido el honor de honrar mi casa asistiendo á la boda de mi sobrina, que ha sabido inspirar al hombre que la ha elegido por esposa un amor generoso, desinteresado y tierno. ¡Dios los haga felices!

Un nuevo murmullo resonó, en señal de que el concurso unía sus votos á las palabras del orador. Este continuó diciendo:

—Ahora voy á presentaros otro ejemplo de amor generoso y de noble desinterés, que tendréis la bondad de acoger con el entusiasmo de vuestra natural benevolencia. Vais á otorgarme el honor de asistir á una segunda boda.

Un tercer murmullo estalló, anunciando la sensación que causaba en el auditorio semejante noticia. La broma iba á convertirse en veras. Los convidados cuchicheaban, formando el rumor del enjambre que vuela al rededor de la colmena.

El general se acercó á un magnífico cortinaje de terciopelo carmesí, detrás del que se ocultaba una puerta. Apartó la pesada cortina, la puerta se abrió, y en el dintel apareció María. Cogióla el general de la mano, y adelantándose hasta la mitad del salón, la presentó diciendo:

—Esta es la novia.

El concurso quedó mudo de asombro.

Nada más bello que la noble figura de María modestamente vestida y sencillamente adornada, en medio de tan brillante concurrencia.

Esteban palideció. Mercedes se quedó con la boca abierta, y á la triunfante viuda se le cayó el abanico de las manos.

No había duda: el general se casaba.

María, con los ojos bajos, era objeto de todas las miradas..... ¡Ella tan hermosa, y el tan viejo!

El general parecía engréido del efecto que producía, y paseando la mirada victoriosa por el concurso, dejaba ver una sonrisa maliciosa.

Acercó á la novia á la mesa donde el notario había colocado previamente la escritura del contrato, y María tomó la pluma y firmó.

Entonces el general se acercó á la puerta de un gabinete que el tapiz disimulaba; la puerta se abrió y apareció Rafael pálido, pero arrogante. El general se apoyó en su brazo, y dijo:

—Señores: este es el novio.

Esteban respiró. Mercedes cerró la boca para sonreirse, y la viuda más trnquila, dijo por lo bajo:

—¡Bah.....! Mi hermano está loco.

Firmó el novio y firmaron los testigos, de los cuales los dos eran personas oscuras: un

coronel retirado, á quien nadie conocía, y un médico de regimiento; el tercer testigo era el vizconde.

En medio de un gran silencio se celebró la ceremonia religiosa.

—Señores, exclamó el general: os doy gracias con todo mi corazón, pues habéis asistido al casamiento de mi hija.

—¡De su hija! exclamaron muchas voces.

—Sí, contestó: de mi hija y por consiguiente de mi heredera.

La sorpresa llegó á su colmo.

Poco después la marquesa pidió su coche, Margarita se retiró con jaqueca, y Matilde fué á saludar á María, la estrechó en sus brazos y la besó en la frente.

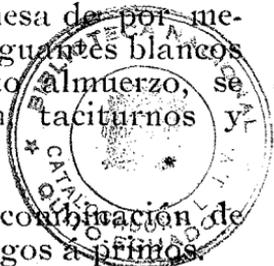
Por los corrillos se contaba la historia de la hermosa florista, y Refael fué el héroe de la fiesta.

XII

Frente á frente, con una mesa de por medio, en que dos criados con guantes blancos acababan de servir un exquisito almuerzo, se encuentran Rafael y Esteban taciturnos y pensativos.

Al fin el primero dijo:

—Ves tú por qué singular combinación de las cosas hemos pasado de amigos á primos.



— Es verdad, contestó Esteban.

— Ahí tienes una circunstancia que tú no habías previsto. ¡Tú, calculador infatigable, que todo quieres sugetarlo al compás de tu razón.....! ¡Quién te había de decir, geómetra insigne, que los millones del tío que tú buscabas en la mano de Mercedes, los había de encontrar yo en la puerta de Santa María de la Almudena bajo un manto con velo!

Esteban se encogió de hombros, y Rafael continuó:

— Confiesa que hay sobre los calculos humanos más hábilmente conducidos, una inteligencia superior que dirige las cosas por caminos desconocidos para la razón del hombre.

— ¡Oh! exclamó Esteban: no hablemos de eso. Conténtate con que confiese que he perdido el almuerzo que apostamos. Estoy dispuesto á pagarlo..... ¿qué más quieres?

— Quiero que veas en lo que te sucede la mano de la Providencia.

— ¡Preciosa mano! replicó Esteban, dejando caer el puño sobre la mesa. ¡La mano que así me quita la soberbia fortuna con que había soñado... ..! Si hubiera sabido tejer bien mi red, ahora me reiría.

— No blasfemes... ..Reconoce que sufres el castigo de tu soberbia.

Esteban soltó una carcajada.

— Ríete; pero ¿que dirías si la misma mano que te arrebató esos miserables millones te los devolviera?

—Diría que vamos que era una mano generosa.

—Pues bien: nuestro tío ha formalizado su testamento, partiendo la fortuna entre la sobrina y la hija. Sé franco ¿Esperabas tú esto?

—No, contestó.

—¿Por qué?

—Porque el tío está loco con su hija, y tonto contigo.

—Pues precisamente por eso lo ha hecho.

—¿Cómo?

—Su hija le ha obligado á hacerlo.

—¿Ella misma?

—Ella. Ahí tienes otra cosa que estaba fuera de tu previsión. Apoyó Esteban ambos codos sobre la mesa, escondió las mejillas en los huecos de la mano, y permaneció largo tiempo pensativo. Entre tanto pedía Rafael la cuenta que con propinas y todo importaba 520 reales. Habían almorzado como unos príncipes.

—Este almuerzo—dijo Rafael—debemos pagarlo á escote.....te tocan trece duros.

Esteban los puso sobre la mesa y salieron de la fonda cogidos del brazo.

— ¡Qué lástima de cabeza! exclamó Rafael pasando la mano por la naciente calva de su amigo.

— No tanta lástima—replicó Esteban—puesto que he comprendido la grandeza de este corazón.

Diciendo esto ponía la mano sobre el pecho de Rafael.

El vizconde los vió, se acercó á ellos y les dijo:

— He aquí el corazón y la cabeza.



